



Seduciendo a dios

El Ejército del futuro



Proscritos

© El Ejército del Futuro
© de esta edición: Proscritos LaEditorial
Apdo. correos 57
28250 Torrelodones. Madrid

www.proscritoseditorial.com


Diseño de cubierta: *Emerio Arena*
Fotografía portada: *David Luna www.davidluna.es*
Entramado informático: *www.laisla.com*

Este libro es una realidad virtual.

Primera edición: junio de 2008

ISBN: 978-84-936556-0-0
Depósito legal: Imprenta
Impreso en España por: Publidisa

*Puedes reproducirlo cuantas veces quieras,
puedes copiarlo, leerlo en voz alta o regalarlo.
Ha sido escrito para ser pasado de mano en mano.*



*A veces
me abriría las costillas
con mis propias manos
y dejaría que todo ese lodo de amor
os arrastrara.*

(Comandante Inar de Solange)



Agradecimientos:

A la red proscrita.
Este libro es hijo suyo.



Uno

Soy una Elegida.

Entre todas, yo.

Por alguna razón que ignoro y que no necesito conocer.

Aunque no sé quién me envía, no reconozco más padre que el que me dio los apellidos, ni me someto a ningún dios.

Me basta con saber que tengo una misión.

Como Jesucristo, Osama, o el Coyote. Nací con un destino y hacia él me dirijo: morir en la cruz, morir matando, o morir de hambre.

O quizá de un cáncer de pulmón.

Morir, en cualquier caso.

A lo largo de mi vida he ido sembrando tantas expectativas que no me queda más remedio que alcanzarlas, o mis discípulos descreerán de mí, todo sacrificio habrá sido en vano y mi fracaso será mi locura. La línea que separa el éxito de la demencia es tan fina que sé que puedo atravesarla en un descuido, ya lo he hecho antes, pero algún día quizá no haya retorno. Quizá me canse de luchar, de nadar en este océano interminable, de hablar y hablar y hablar, y trabajar y trabajar y trabajar para no conseguir nada; y ese día cerraré mis labios y me tumbaré en la cama hasta que me lleven a un lugar en el que pueda permanecer en mi universo, lejos del mundo que he venido a cambiar.

Y dos

Tengo ojos de hombre.

Esa es la marca.

Mi corazón y mi cuerpo son de mujer, pero veo a través de los ojos de un hombre. Mi ambición y mis impulsos sexuales son masculinos. Soy la última evolución de la raza mujer, aquella que está destinada a dominar un mundo en el que las evoluciones anteriores no funcionan.

Los hombres me hablan como si fuera uno de ellos, comparten sus problemas más íntimos conmigo, como si tuvieran de antemano la seguridad de que yo sabré entenderles. Los hombres, esos seres introvertidos a los que las mujeres acusan de poco comunicativos, se me abren como flores.

Conmigo hablan demasiado.

Sé lo que tengo que hacer para que cualquiera de ellos se confíe a mí. Y la maldita ambición, que es como un cáncer que se extenderá hasta matarme, no para de agujonearme para que no deje caer en saco roto esa habilidad.



Alá me ha puesto en tu camino

He pedido una cerveza al último camarero diligente de este Madrid añejo. Hoy apenas quedan profesionales, no digamos ya madrileños, sino españoles. Años atrás una *gata* como yo se desesperaba cuando pedía una caña en provincias: estaba acostumbrada a los mejores camareros del planeta. Aquellos que estaban pendientes de la puerta «Buenos días, señores, al fondo hay sitio ¿qué van a tomar? ¡marchando dos cañas y una de bravas!» Hoy cualquiera puede desesperarse en muchísimos bares de la capital del reino, los parroquianos asistimos a una desnaturalización de este noble y necesario oficio, desempeñado ahora por inmigrantes que no tienen ni puta idea.

No comprendo por qué los propietarios españoles de los bares no les enseñan que, cuando se queda la bandeja vacía, se aprovecha para recoger los restos de la consumición anterior; que conviene mirar a los ojos del cliente y sonreír, en lugar de atender las mesas con cara de raza inferior que no se atreve a levantar la mirada. Sería bueno para todos, para el cliente, que estaría mejor atendido, para el camarero, que dejaría de recibir quejas y quizá incluso llegase a hacerse una clientela fija con la que poder charlar, y para el dueño, que lo notaría en la caja.

Sin embargo todo el mundo parece creer que a un tipo que viene de una cultura diferente, basta con ponerle una bandeja en la mano y pagarle un sueldo a fin de mes para que sepa lo que tiene que hacer. *¿No ha cruzado medio mundo para estar aquí? Pues que aprenda.* La mayoría de los camareros inmigrantes no han recibido instrucción alguna, y clientes y camareros se odian con entusiasmo recíproco.

Algo parecido sucede con la inmigración femenina. Miles, millones de europeos tenemos trabajando en nuestras casas a mujeres de otros países. Mujeres que a lo mejor han dejado hijos y marido a miles de kilómetros, que están solas, que quizá no entiendan nada del mundo



que les rodea. A ellas les vendría bien que los jefes, de vez en cuando, tuvieran un resto de humanidad y se sentaran a charlar con ellas. Pero casi siempre estamos demasiado ocupados como para perder hablando ese precioso tiempo, que ayudaría tanto a la integración de la recién llegada.

Zaida viene unas horas tres días a la semana para que no muramos asfixiados por un caos de ropa sucia. Somos una familia de clase media occidental: padre, madre, la parejita y el adosado en un pueblo del extrarradio, a media hora de la capital. Antes venía una mujer colombiana todos los días, pero de un tiempo a esta parte he tenido que recortar gastos. Vivimos por encima de nuestras posibilidades, esta casa es demasiado grande, tanto que en seis años no hemos conseguido hacerla habitable por entero.

Zaida es marroquí, lleva catorce años en España, y seis meses conmigo. Ha trabajado en el servicio doméstico y en la cocina de un restaurante, se ha comprado un coche, un piso y hasta una termomix.

Cuando llegó a mi vida yo sospechaba que ella era otra señal que indicaba el camino, que ella podría tener claves que me hicieran comprender cuál era mi destino. Pero tenía miedo de las consecuencias y los primeros días evité hablar con ella. Toda la vida preparándome para cumplir la misión y, cuando llega el momento, meto la cabeza bajo el ala. Como si eso pudiera engañar a la puta voz: *habla con ella, habla con ella, habla con ella*. Una mañana, harta de que no me dejara trabajar, *habla con ella*, salí de mi despacho dispuesta a hacerme la encontradiza.

Zaida es una mujer que ilumina, la felicidad es el motor de su sonrisa. Sus ojos, increíbles y negros, no disimularon su alegría al verme entrar en la cocina. Reconozco esa mirada, hace muchos años que trabajan inmigrantes en mi casa: *otra que ha visto en mí al mesías*, pensé.

Y me prometí ser dura y no ceder por muy triste que fuera lo que me contara. Estaba decidida a que las historias pequeñas no me distrajeran de mi propósito de hacer Historia.

Pero Zaida comenzó a hablar sin freno, como si mirándola a los ojos yo hubiera abierto un grifo de agua encerrada durante años.

Para ser marroquí manejaba el español a una velocidad que hubiera resultado sorprendente en un nativo. Mi trabajo consiste en analizar las palabras y las imágenes, la información. Soy analista. Y, por su manera de narrar y relacionar ideas, supe que dentro de ella latía una escritora. Es otro de mis dones: sé qué deseos ocultos encierra cada persona, eso me permite ponerle en el camino.

No me contó su triste vida como hicieron todas las mujeres que han trabajado en mi casa, sino una conmovedora historia de alegre superación.

—¿Te gusta leer?

—No sé leer ni escribir. Nunca he ido al colegio

Me había preparado para que me cantara la triste canción de la inmigrante, y estaba dispuesta a escucharla, a asentir con la cabeza, a prodigar unas palabras de aliento y huir escaleras arriba. Pero Zaida era una escritora analfabeta. La voz trató de reventar las paredes de mi cabeza.

—Yo te enseñaré

Hecho. *Ya has comprometido mogollón de horas de mi tiempo*, me dijo mi yo jefe de producción, *de puta madre*.

Bien hecho, me dijo la voz que guía al mesías. Y la pequeña mujercita que en realidad soy, huyó escaleras arriba para que Zaida no le mostrara más señales en el camino.

En vano.

Una hora después oí sus pasos en la escalera y me cagué en todos los dioses de todas las putas religiones. *Escúchala*, me dijo la voz. Como si yo no escuchara a todo el mundo.

Entró a hablar con cualquier excusa tonta, pero no tardó en llegar a lo que quería contar: Su infancia en casa, viendo a todos los demás niños entrar en el colegio que había frente a su puerta, la muerte del padre que la condenó a una vida ignorante, su viaje a España, su primer y terrible matrimonio, la dura conquista por su libertad, su feliz segundo matrimonio, sus ganas de contar al mundo que integrarse es bueno.

Zaida me iluminaba.

—¿Contarías todo eso delante de una cámara?

—Yo estoy aquí para eso. Alá me ha puesto en tu camino.

Los diferentes

He quedado con Manuel en la calle Miguel Servet, junto a la glorieta de Embajadores, bulliciosa de bohemios —o gente que quiere parecerlo—, turistas inquietos, vecinos del barrio de toda la vida y muchísimos inmigrantes musulmanes. Es domingo soledado de otoño, día de Rastro, y los bares han sacado las terrazas a las aceras. Yo he tenido la suerte de encontrar una mesa libre. Manuel me manda un mensaje al móvil: *No me mates. Llego tarde.* Como de costumbre. Y yo, para no variar, he llegado con demasiado tiempo.

Este Madrid castizo y viejo me trae a la memoria episodios de la época más loca de mi vida, de cuando empezaba el día encendiendo un porro y salía de casa dispuesta a batir mis marcas, de mis pasos por estas calles adoquinadas a la vieja usanza. Sin embargo, la zona ha cambiado mucho desde entonces. Hace veinte años los españoles eran mayoría, y los gitanos ricos dueños de medio barrio.

Hoy, los españoles y los turistas inquietos toman la caña en las aceras soleadas y también en las umbrías, nada como el tradicional aperitivo madrileño de los domingos. Pero ¿qué hacen todos los hombres musulmanes que hay por todas partes? Algunos están apostados en árboles, apoyados en paredes, en pequeños grupos de cinco o seis. Otros deambulan arriba y abajo, intercambian miradas, gestos, alguna frase breve que ningún español podrá entender. En las calles aledañas al Rastro exhiben sus mercancías robadas: dos relojes, una cazadora y una insípida figurita de Lladró; una lámpara, una radio, un par de zapatos usados... Pero aquí no muestran nada. Sólo están. Quizá porque no tengan dinero para otra cosa y salgan a la calle para encontrarse con sus compatriotas, quizá porque en su piso vivan veinte personas y siempre se esté mejor al aire libre, quizá porque tengan que trapichear con todo.

Observo que los más sonrientes son los africanos altos, fuertes, no por negros menos musulmanes. Y me pregunto si sus sonrisas no se deberán a que las mujeres miran sus espaldas, sus culos poderosos. No les sucede lo mismo a los magrebíes, casi todos ellos encogidos sobre sí mismos, con cara de mal follados y muy, muy mal vestidos, que sólo pueden despertar conmiseración y recelo. Muchos de ellos tienen cara de que les debemos algo.

También hay jóvenes musulmanes atractivos, vestidos como cualquier universitario español, que es el aspecto que toman los cabecillas de las células dormidas cuando van a pasar a la acción. Se afeitan la barba, que era obligatoria en el campo de entrenamiento, y adoptan actitudes occidentales. Pasan desapercibidos en nuestras facultades, donde muchas veces estudian con las becas que todos pagamos, y en el vecindario, donde respetan escrupulosamente las reglas de la comunidad en la que viven.

La policía municipal, unos doce, ronda con el aire prepotente que los ejércitos privados estadounidenses gastan en Afganistán e Irak. Tienen que dar miedo a esa masa informe y mora. Porque ellos serán una docena y tendrán porras y pistolas, pero los musulmanes están organizados y sólo aguardan una orden para atacar. Cuatro policías se reparten las esquinas y los demás comienzan un paseo militar por las calles. Como quien se prepara para una redada.

Varios de ellos se dirigen hacia el bar La Mancha, justo enfrente de mí, cuya acera está llena de gente que toma una caña, todos son españoles. Excepto dos chavales con un inequívoco aspecto musulmán a pesar de las sudaderas de Nike y las gorras de la NBA. Son dos pardillos que no se enteran, no se dan cuenta de que si tuvieran una caña a medias en la mano, nadie miraría debajo de sus gorras. Los de su credo se agrupan setenta y cinco centímetros más abajo, y no se mezclan con los infieles que beben alcohol. Salvo que sean novatos vendiendo hachís. Para la policía es pan comido. Se trata de asustar a los chavales, quitarles el poco chocolate que llevan encima y pedirles el teléfono móvil. Uno de los chicos, que tendrá diecisiete años, sonrío y parece relajado, es el jefe. El otro rondará los quince, será dos o tres años mayor que mi hijo, que a estas horas estará viendo los Simpson mientras su padre llama a telepizza, el pupilo está pálido y no se atreve

a levantar la vista del suelo. Quizá no lleve ni una semana en el país. Despierta mi instinto maternal.

El truco de la policía es más viejo que el mear, desde que los camellos llevan teléfono móvil les sacan la información que les da la gana. *Enséñamelo o te llevo al talego*. El de diecisiete habla bien español, a juzgar por la naturalidad con la que se desenvuelve, no puedo oírle, probablemente haya nacido aquí.

Desde mi sitio puedo ver lo que sucede en toda la calle, y observo que muchos musulmanes se mueven arriba y abajo inquietos, intercambian miradas, frases breves y contundentes, algunos se detienen a mirar y comentan entre ellos la situación. No hace falta hablar veinte idiomas para darse cuenta de que la semilla del odio crece lógica en su interior.

La policía ya tiene lo que quiere. Da un capirotazo cariñoso al chaval y se alejan de allí, los adolescentes corren hasta un portal que está tres calles más arriba. A los diez minutos reaparecen con un tipo guapo y bien vestido, quizá sirio o libanés sonriente, de unos treinta años. Me mira cuando pasa a mi lado. Yo soy un espejo. Se pierden calle abajo.

Por delante de mí pasan mujeres de todo tipo. Asiáticas exuberantes, asiáticas feas, españolas yonquis, gitanas cuarentonas como yo que parecen mis abuelas, colombianas apretadas contra todos los diseños de las modas, negras espectaculares, españolas del montón, españolas peculiares, ecuatorianas gordas, peruanas con cara de chinas, musulmanas con pañuelo y ojos huidizos. A una con pinta de ecuatoriana teñida de rubio, le roban el móvil. El chico que habla con ella, con aspecto de estudiante árabe o muy andaluz, sale corriendo con una sonrisa detrás del ladrón, que continúa caminando tranquilamente. Llega a su altura, intercambia un par de frases con él en árabe y el otro, sin mediar palabra, devuelve el teléfono y sigue su camino. La umma¹.

¹ Comunidad musulmana mundial. El Islam no cree en el Estado, el Estado es un invento de occidente. También los judíos se consideran una comunidad mundial, no ciudadanos de determinados países.



Por la calle pasan muchos hombres con la mirada vacía. Hombres delgados que habitan en cuerpos agostados, hombres que sufren, hombres que trabajan de sol a sol lejos de los suyos, hombres que tienen prohibido todo cuanto ven alrededor. Hombres que no echan un polvo desde hace siglos, porque ni su físico, ni su posición económica, ni su posición social, ni su religión, se lo permiten.

De vez en cuando pasan jovencitas de bandera. Da gusto mirarlas. También miro a los hombres que, como yo, las miran.

Los hombres reprimidos las miran con deseo y odio.

Uno que no se pierde unas piernas o un buen trasero, me descubre observándole y se ruboriza, pero yo le sonrío. Mi sonrisa suele turbar a los hombres. Me conviene que una mujer atractiva sea suficiente para sacar a un hombre de sus pensamientos. Me he vestido para ocultar lo que habitualmente me complace enseñar, el camuflaje es útil para el trabajo que estoy desempeñando: observar. Hoy estoy observando aquí, mañana tocará un barrio más caro, pero igualmente castizo: Chamberí.



Quién quiere envejecer

Estoy disfrutando de la vistas en la plaza de Olavide con una cerveza en la mano, los niños juegan en el parque que hay en el centro. Siempre me ha gustado este rincón de Madrid, con sus edificios pintados en diferentes colores pastel y el estilo neoclásico barato de las casas de la antigua burguesía. Dos señoras se sientan a la mesa de al lado. Hablan mucho y muy alto, su presencia es ineludible como la de dos gallinas que cacarearan. Tendrán algo más de sesenta años, las dos se han arreglado con esmero aun a sabiendas de que ningún hombre las mirará. Se han dado las mismas mechas, escogidas entre un catálogo de cuatro colores discretos, el mismo peinado ahuecado, parecidos trajes de tienda de pret-a-porter: el uniforme oficial de todas las mujeres mayores de cincuenta y cinco años con rentas que redondeen la pensión de viudedad.

Hasta mí llega un penetrante olor a cosmético caro, a juventud de mentira, a mujeres que sólo ríen entre mujeres, a nietos besuqueados y tinte para las canas.

A mujeres que se maquillan para ser juzgadas por otras mujeres.

Abuelas endomingadas

Mujeres sin ganas de hombre.

Vida sin sexo.

¿Quién quiere llegar a vieja?

Casi todas las mujeres.

Por eso no pueden ser mesías.

Aunque me juro a mí misma que jamás negaré bajo un maquillaje lo que he vivido, comprendo que esas mujeres mantienen un mundo sobre sus espaldas como si no hubieran dejado lo mejor atrás. La juventud se hace más preciada cuanto más se aleja. De jóvenes éramos hermosos y ágiles, de jóvenes teníamos futuro.



Estas mujeres pertenecen a evoluciones anteriores a la mía, fueron educadas en la creencia de que el sexo era sucio y la decencia una cualidad imprescindible para sobrevivir. Su única misión era parir y criar hijos triunfantes. Hablan de una amiga que va por la vida con la cara lavada, comentan con tristeza: *la pobre no se cuida nada, si al menos se pintara un poquito...* Entre determinadas mujeres, no maquillar la vejez es casi una falta de educación.

Los días soleados, ejércitos de ancianos salen a la calle, renqueantes como las hormigas supervivientes al pisotón de un niño. Las hormigas siempre hacen lo que tienen que hacer, no es extraño que los chicos sientan una atracción irresistible por deshacer sus filas y favorecer la anarquía. Que estos viejos no se pueden permitir: horario de medicación, de fisioterapeuta, de paseo, de ver la tele, de posarse en los bancos del parque, de la calle, de la parada del autobús.

Los centros comerciales cobijan su soledad y sus enfermedades cuando llueve. No se escuchan los unos a los otros, porque cuanto más viejos somos, más egoístas nos hacemos, y no nos interesan las penurias de los demás, iguales a las nuestras, sino que nos escuchen, que nos hagan creer que todavía tenemos algo que contar, algo que enseñar.

Hombres y mujeres que arrastran livianas bolsas de la compra con cien gramos de jamón de york, una pera, una manzana y un filete de merluza congelado; seres humanos que hacen recuento de dolores al acostarse cada noche, que apagan la lamparita con la esperanza de que sus ojos no vuelvan a abrirse con la primera luz del día. Con la ilusión de que sus huesos no vuelvan a recordarles que siguen vivos, y de que el olor a muerto llegue a sus vecinos antes de que la descomposición haga vomitar a algún policía novato.

Son los supervivientes de sus generaciones, unos gracias a que nunca fumaron o lo dejaron hace años, otros a que sólo prueban el alcohol en Nochevieja, *ponle un sorbito de champán a la abuela, que un día es un día*; y todos, porque jamás se han drogado.

A excepción de mi tío Jeremías, que a sus setenta y cinco años sigue fumando porros y tomando botellines. Se pasea cada mañana por su barrio obrero de viviendas de protección oficial, construidas en los sesenta, y reparte tabaco entre quienes envidian su salud de



hierro y su libertad para hacer lo que le dé la gana. *Soy el diler de la tercera edad*, dice con su eterno pitillo en la boca.

En ocasiones me siento a fumarme un cigarro en algún banco de viejos. Y siempre ofrezco tabaco. Hablan de los que han muerto, hacen apuestas para ver quién será el siguiente.

Desean la muerte.

Y antes de regresar a sus casas correrán al bar de enfrente, urgidos por la próstata, y harán gárgaras con Coca-Cola, no les vaya a oler la nuera, la hija, la mujer, la hermana, el aliento a tabaco. Hombres a los que las mujeres no permiten quitar una última calada a la vida.

Cuando me miran las tetas, les sonrío.

Antes la vejez era más corta. Moríamos por menos motivo: una gripe, un mal aire. Antes, quienes llegaban a muy viejos eran considerados sabios, hoy cualquier idiota puede llegar a cumplir noventa años. La vejez, que debería ser un último y breve estadio del ser humano, pronto pasará a ser casi la mitad de nuestra vida.

Pronto sólo recordaremos haber sido viejos.

Enciendo un cigarrito y doy un trago a la cerveza.

Tener una misión y no tener padrino es una putada

A veces me siento como los espías de las películas que aceptan hacer un trabajo peligroso a sabiendas de que nadie responderá por ellos. Que nadie levantará el teléfono para mandar un helicóptero de rescate.

Ser mesías tiene sus chinitas en el zapato, especialmente cuando te ha tocado un cuerpo de mujer, que afortunadamente no es el de Hillary Clinton, futura primera mujer presidente de EEUU; pero tampoco es el de Halle Berry, la chica Bond. A Jesucristo le mataron en la flor de la vida, Osama tiene la clásica belleza mesiánica, más hermosa cuanto más se esconde, y el Coyote es un dibujo animado que no ha envejecido un ápice desde que yo era niña.

La misión me ha caído encima cuando dudaba entre ponerme a régimen o pasar de la talla 44 a la 46. Por el aquel de la salud, y de haberme criado cuando mi país nacía a la sociedad de consumo, he hecho mío un antiguo eslogan de una marca de bicicletas «quien mueve las piernas, mueve el corazón» y sudo en la bicicleta estática todos los días. Después, cocino como una madre, bebo como un cosaco, fumo como un carretero y me hago porros como un rey del pop. Es lo que tiene el ser el primer espécimen de la nueva evolución: el prototipo todavía necesita mejoras, me han quedado reminiscencias masculinas: las adicciones toxicológicas, por ejemplo, tan contrarias al instinto de conservación de la especie femenina. Supongo que dentro de algunas generaciones se habrá solucionado el problema y lo femenino y lo masculino convivirán en un solo cuerpo en armonía.

Mientras tanto, todas las mujeres de mi edad se tiñen el pelo de veinte colores, renuevan su vestuario cada vez que pueden, hacen gimnasia y pasan hambre, todo para parecer seis meses más jóvenes y seguir provocando la misma indiferencia en su pareja.

Quando yo era niña todo el mundo sabía que la mala leche devoraba la grasa, y los gorditos eran considerados un dechado de bondad y alegría, incapaces de un mal gesto. Aquellos que ayer eran recibidos con alborozo, hoy son señalados con el dedo acusador. Si seguimos por este camino, estar gordo acabará siendo un delito de salud contra el Estado; del mismo modo que los fumadores se están convirtiendo en ciudadanos sin derechos. Nos aproximamos al mundo feliz con pasos de gigante.

Desde el Estado, desde la publicidad de las grandes multinacionales nos instan a tener miedo: fumar puede matar, beber puede matar, drogarse puede matar, conducir puede matar, hablar por teléfono cuando conduces puede matar, pensar puede matar... ¿A qué tanto interés en que nos creamos inmortales?

TENEMOS QUE MORIR

TENEMOS QUE MORIR

TENEMOS QUE MORIR

Fumar puede relajar

Beber puede calentar el alma

Algunas drogas pueden ser vía de conocimiento

Conducir puede salvar vidas

Una llamada de teléfono puede salvar vidas

Desde todos los frentes nos intentan convencer de que la salud es una responsabilidad exclusivamente nuestra, del ciudadano que come transgénicos sin saberlo, que respira pesticidas y dióxido de carbono, bebe de aguas contaminadas y folla con preservativo para no coger el sida, esa enfermedad de laboratorio, como tantas otras.

En Occidente nos quieren hacer creer que ser inmortales depende de nosotros.

Mi trabajo consiste en convertir todo cuanto me rodea en información, soy un parásito de la realidad, y cuanto más información analizo, menos comprendo cómo las mujeres occidentales siguen siendo engañadas. No sé a quién se le ocurrió la idea de forrarse haciéndolas adelgazar, pero desde luego debía ser un mesías muy misógino. Veo a todas mis amigas matándose a dietas, aunque pierdan el lustre de la

sonrisa, el brillo de los ojos. Y no doy crédito. Como si los hombres fueran exigentes. Una cosa es que admiren un buen cuerpo, como quien se deleita con una puesta de sol, y otra que tomen medidas antes de empalmarse. En todas las ciudades del mundo hay prostitutas viejas, feas, sucias, yonquies, con sida. Si los hombres fueran tan exigentes como las mujeres occidentales creen, todas las putas serían modelos de pasarela.

Los hombres a los que no les gustan las mujeres dictan las modas. Y no me refiero a que no quieran tomarse un café con ellas, sino a que una mujer no se la pone dura. Las leales seguidores de estos mesías de las tendencias se dejan asesorar por ellos, sin darse cuenta de que quienes les recomiendan adelgazar prefieren echar un polvo con un maromo.

A veces tengo la sensación de que hombres y mujeres estamos volviéndonos locos.


Hay que predicar con el ejemplo y debo ser fiel a mis postulados, lo que no siempre resulta fácil. En los momentos de desaliento que todo mesías debe tener, echo de menos la piel y las formas de hace quince años y me voy a la peluquería dispuesta a hacer un sacrilegio: teñirme el pelo. Pero siempre vuelvo al redil a tiempo y cuando me preguntan qué voy a hacerme, respondo: *Cortar. Sólo cortar.*

Somos animales disfrazados de especie superior. Las mujeres se lavan con jabón de olor, se untan cremas y, por último, se perfuman para entrar a los hombres por la nariz. Y sin embargo, la mayoría de ellas no saben que el primer olor que un hombre reconoce en una mujer lavada, hidratada y perfumada que esté en la barra de un bar abarrotado, es el de su coño.

Afortunadamente, no se me ha concedido un olfato masculino.

A los veinte tenía un cuerpo útil. A mi paso, los operarios de la construcción, los mecánicos, los taxistas y hasta algún que otro militar, alfombraban la calle de poesía más o menos obscena. Si me despertaba con la autoestima desinflada, sólo tenía que ponerme la ropa adecuada y darme una vuelta por el barrio para que hombres de todo jaez me levantaran el ánimo.

Hoy parezco la prima recién llegada del pueblo treinta años después de que todo el mundo se haya marchado de allí. El whisky y



la buena mesa ocupan el mismo papel en mi alimentación que la panceta y el tocino en la de mi tatarabuena, y mi aspecto va delatando mis ancestros campesinos a medida que pasan los años. Pero sólo necesito una mirada y una sonrisa para que un hombre se fije en mí. Me bastan unas frases para que me recuerde siempre. Mis ojos de hombre me dan una perspectiva diferente, me permiten ser varias personas y mirar en el interior de los demás. Mi aura resplandece tanto que mis palabras les hacen felices: les hago reír, les hago pensar. Les muestro un camino: la vida sólo tiene sentido si nunca dejas de aprender y crecer.

Ya no necesito un cuerpo firme y duro.

Muy pronto, ni siquiera necesitaré éste.



Adivino el futuro

Jódete.

He trabajado poco las artes adivinatorias —no vaya a ser que vislumbre un futuro peor que la cruz y mande a tomar por saco el mesianismo éste—, por esa razón predigo el futuro a tontas y a locas, sin saberlo, sin ser arte ni parte. Y lo que es peor, no sé distinguir una premonición de una jugada de mi imaginación, esa puta que le da la vuelta a la realidad en cuanto me descuido.

Tan pronto sé positivamente que un amigo lejano llamará inesperadamente en media hora, como veo la muerte en la cara de los vivos.

A otros mesías les hablaba alguien que sólo ellos podían ver, y millones de personas siguen, no sólo creyéndose, sino matándose a pies juntillas por un quítame allá ese dios verdadero. Ojalá el dios de la religión auténtica se hubiera manifestado de alguna manera que yo hubiera sabido interpretar. No es lo mismo ser mesías por cuenta de otro que ser freelance y no rendir cuentas a nadie. Yo no tengo más que esa maldita voz que reconozco como mía desde siempre.

Me gustaría tener la osadía de llamar dios a mi pepito grillo, y escribir unos mandamientos claros y concisos o algo tan poético que se prestara a tantas interpretaciones como intérpretes; me gustaría tener la seguridad de que sólo soy el medio para los fines de un ser superior. Pero me cuesta creer que la voz que me ordena escribir un libro que devuelva la visión a los ciegos y resucite a los muertos, sea la misma que me anima a tomarme otra copa. En todas las culturas antiguas existía un chamán, casi siempre hombre, que entraba en contacto con la divinidad a través de la autopista de las drogas. Pero ni aun habiendo tenido un profesor de antropología religiosa especializado en chamanes, dioses y drogas, puedo creerme que la voz proceda de otro lugar que no sean las corrientes eléctricas de mi cerebro.





Esa voz que me dice: *cédele el paso, dale dinero, dale de comer, abrázalo, riete con su chiste malo, halágalo, ámalo.*

Y siempre sé lo que va a pasar cuando le ceda el paso, le dé el dinero y la comida, le abrace, me ría, lo halague y lo ame.

Puedo predecir los comportamientos humanos y las evoluciones de las guerras. La voz me ha dictado desde que era una niña pequeños y grandes relatos que fui escribiendo sin saber que, tarde o temprano, la ficción se convertiría en realidad tangible.

No puedo adivinar el número de la lotería, porque para eso tendría que haber vislumbrado antes las circunstancias de mi muerte y eso podría perjudicar mi tarea. Predecir el futuro siempre me ha dado mal rollo. Ahora ya soy demasiado mayor para profundizar en el asunto, y las equivocaciones me provocan una inseguridad terrible.



En el templo

Hace un año y medio, estaba leyendo el periódico en la cocina cuando llegó un camión de material de construcción. Empezó a descargar en la casa que hay frente a la mía. Yo no tenía más relación con los vecinos que la que da la proximidad de tener niños y vivir en la misma urbanización de adosados. Vi a Luis recibiendo con entusiasmo la llegada de los chapuzas y un pensamiento involuntario vino a mí: *pobrecito, se mete en obras que no va a disfrutar.*

Cogí el pensamiento con los dedos y lo puse sobre la mesa para interrogarle, pero no conseguí que me dijera de dónde venía. Desde entonces, cada mañana veía llegar la furgoneta de los operarios y a Luis salir a recibirles. Me preguntaba si yo no estaría perdiendo facultades. La muerte se deja ver en un flash que dura menos de un segundo, y ya no vuelve a manifestarse hasta que pasa a entregar el acuse de recibo.

Vovió a hacerme gestos burlones pocas semanas después, cuando Luis bromeaba con varios niños a la puerta de mi casa, mis hijos entre ellos: *pobre Luis, qué pocas ocasiones le quedan de jugar.* Pero él seguía saliendo cada mañana a recibir a los obreros y a mí me malhumoraba cruzármelo en la calle: era la prueba viviente de que mis facultades estaban mermando. Si las pocas y humildes armas de que disponía comenzaban a fallar, ya podía ir apagando y yéndome. Cuando ningún dios te reconforta ni te guía, las muecas de la muerte en la cara de los vivos son las únicas señales del camino.

La obra duró dos meses, en los que agonicé de preocupación. Incluso llegué a rondar varias iglesias sopesando la posibilidad de hablar con un sacerdote. No me servía cualquier cura de parroquia, necesitaba alguien de gran altura teológica y con mucha praxis de confesionario, pero no sabía a quién dirigirme.



Tres días después de que acabaran las obras de Luis, me encontraba en el centro del barrio de Salamanca, en la calle más elegante de Madrid: Serrano. A la izquierda tenía una iglesia, a la derecha, la Embajada Norteamericana. A un lado de la calle, El Todopoderoso, al otro las tanquetas del tío Sam. Me dije que en la zona más lujosa de Madrid, donde se instalaban los mejores diseñadores, joyeros, peluqueros y abogados, debían estar a la fuerza, los mejores curas. Un público tan selecto no merecía menos. Entré y me persigné por primera vez en treinta años.

Había cuatro mujeres muy mayores esperando para confesar. Detrás de mí entraron otras dos. No había ninguna de mi edad. Sentí sus miradas curiosas. Lamenté que la Iglesia no deje fumar en sus templos: Jesucristo se movía entre putas y gentes de mal vivir, los adictos deberían tener una alfombra roja, ceniceros y barra libre en los templos. Podría salir a fumar un cigarro, pero tenía miedo de que alguna de aquellas penitentes de costumbre aprovechara mi ausencia para colarse. De modo que me aguanté las ganas de humo y miré al crucificado muy a mi pesar.

Sus brazos desgarrados, la sangre de la corona de espinas, los clavos en los pies y las manos... Era un crucificado tan realista que estiré la espalda instintivamente para aliviar el dolor. La Iglesia tiene un problema de marketing. Intentar hacer proselitismo mostrando a un hombre muriendo en la cruz no es la manera de llegar al público del siglo veintiuno. Unos buenos video-juegos de Cristo matando herejes y ya verías como se acababa la crisis de fe.

Ahora que Osama blande la cimitarra del Islam, la gente está deseando creer en algo, y la Iglesia, que tiene montado el mejor chiringuito de la historia, no es capaz de venderles su fe. Sigue creyendo que hay que aterrorizar a la gente con el infierno y demonizar el sexo y a las mujeres.

El fundamentalismo cristiano es quien más puede beneficiarse del fundamentalismo islámico. Unos lapidan a las mujeres, otros las quemaron en la hoguera. La Iglesia viene esgrimiendo los mismos argumentos que hace siglos, cuando el pueblo, analfabeto y pobre, sólo sabía lo que le contaba el cura desde el púlpito. Si yo fuera el responsable de vocaciones del Vaticano, me pondría en manos de los





creativos de Play-Station y de los mejores webmasters². Porque en esta ocasión no serán sus cruzados los que ganen esta guerra, como tampoco la ganarán los musulmanes que explotan por los aires en busca de una inmortalidad placentera.

Mientras aguardaba mi turno, envidié los medios de los que dispone la Iglesia. Como mesías de tercera división, no puedo dejar de admirar lo que ha conseguido uno de los primeros terroristas de la historia, aquel que murió en la cruz para redimirnos a todos.

Jesucristo siempre me ha resultado simpático. A fin de cuentas, estoy bautizada en su fe y he hecho la digestión de su cuerpo. Por imperativo gubernamental y porque a mi padre le encantaba todo aquello que llevara aparejado un jolgorio. Pero me basta echar una mirada a su cruz ensangrentada para saber que no hemos venido a cumplir la misma misión. Una cosa es parir con dolor y otra redimir a la humanidad con tu sufrimiento.

Además, si la crucifixión hubiera sido un éxito, yo no estaría aquí.

Lo de poner la otra mejilla no ha cuajado con la fuerza que se esperó en su día. Fue hermoso creer que bastaría la muerte de un solo hombre para salvar al género humano. El martirio tiene poco predicamento en occidente, hoy en día es entre los musulmanes donde está de plena actualidad. Como para pedir a cualquier chaval de instituto que muera en la cruz por su prójimo. Prójimo, extraña palabra.

En el mundo musulmán muchos prefieren estar muertos a estar vivos y para algunos, ser admitido en los campos de entrenamiento es la mejor de las opciones posibles. En Afganistán, un tanto por ciento preocupante de los hombres jóvenes no ha vivido nunca con una mujer. Huérfanos del conflicto bélico con la Unión Soviética o por causa de algún señor de la guerra, han sido criados entre hombres, en las madrasas, han sido educados para odiar y matar. Y no sólo pasa en Afganistán... No sólo pasa en Asia ¿ en cuántos lugares de África las madres se ven obligadas a entregar a sus hijos a las madrasas para que coman tres veces al día? No, no podemos esperar que nuestros

² Webmasters: administradores de las páginas web.





chavales vayan a morir a las cruzadas en el nombre de un dios que ni siquiera tiene página web. Ni de coña. Cuando escribo estas líneas, todavía no ha tenido lugar el primer atentado en Londres, todavía la policía no ha matado a un hombre inocente.

Mis colegas de discusión, hombres todos ellos, me dicen que podemos permitirnos el lujo de asumir doscientos o trescientos muertos en cada atentado. No ven que el problema no es el terrorismo, sino la no integración de los inmigrantes. En algunos pueblos de Almería son muchas las mujeres que no se atreven a ponerse minifalda por miedo a los magrebíes. Las torres gemelas, Bali, Marruecos, Madrid o Londres, son las maniobras de distracción, el cebo. Mientras, el odio sigue arraigando en nuestra propia casa.

Somos las mujeres quienes más tenemos que perder.

Las de uno y otro lado.

Mientras yo esperaba que el confesionario quedara libre, Jesucristo se desangraba en su cruz. A sus pies, María y Magdalena, su madre y su amante, lloraban.

Yo no había venido a llorar a ningún mesías.

No sentía lástima por ellas, resumen de los errores que todas las mujeres hemos cometido a lo largo de la historia. Las mujeres de mi evolución no lloran a los pies de sus hombres.

Mueren por ellos.

María y Magdalena fracasaron: ni el amor de madre ni el amor de mujer salvaron al hombre que amaban. Una madre no puede controlar el caos del universo, ni una amante puede frenar una ambición tan grande como la de redimir a la humanidad de todos sus pecados. Pero ellas no aprendieron la lección. El sentimiento de culpa se instaló en ellas y se convirtió en algo genético que llegó a transmitirse de generación en generación. A lo largo de la historia, millones de mujeres se han sentido culpables de serlo.

Yo no había venido a llorar a los combatientes.

Yo había venido a combatir.

Jesucristo me resultaba simpático.

Pero yo tenía otra misión.

No necesitaba hablar con el confesor, no necesitaba intermediarios para hablar con el Uno y Trino que nunca se me había revelado.



No necesitaba nada más para saber que el dios al que nunca le habían gustado las mujeres, empezando por Eva, no pondría sus trompetas a mis órdenes, no derribaría muros, ni abriría mares, ni provocaría diluvios. No haría absolutamente nada por ayudarme.

Necesitamos un dios nuevo.

Mi presencia en la iglesia ya no tenía sentido, mis dudas habían sido despejadas. Me puse las gafas de sol, salí a la calle y, reconfortada por la luz del día y el sonido del tráfico, encendí un cigarro. A pesar de la nueva revelación que había tenido, seguía sin saber qué había pasado con mi capacidad para predecir la muerte de los demás. El sonido del teléfono móvil vino a sacarme de mis disquisiciones y terminó de devolverme a la realidad de los mortales.

—Candelas ¿Te has enterado de lo de Luis? —me dijo mi vecina, todavía impresionada por la noticia, en cuanto contesté al teléfono.

Tuve que contener un suspiro de alivio. No podía decirle: *Me enteré hace dos meses, maja*, de modo que me hice la despistada.

—¿Qué Luis?

—El marido de Rosa. Ha muerto esta noche de un infarto.

Los remordimientos son bagaje de los mesías,

la culpabilidad puede mover montañas.

Al alivio que me produjo saber que Luis *por fin* había muerto, le sobrevino una mala conciencia que me trepanaba como una barrena incansable. La gente muere cuando le llega la hora y yo no intervengo en el proceso, pero rehúyo los funerales de la gente a la que le vi *la cara*. Me entra un nosequé temblón cuando tengo que dar el pésame a sus familiares. Como si yo hubiera podido hacer algo por evitarlo. Muchas veces he tenido ganas de echarme a la cara al Único y Verdadero para preguntarle *¿a santo de qué? ¿Para qué coño sirve adivinar quién va a ser el siguiente?*

Nunca tuve nada en contra de Luis, y, si de mí hubiera dependido, todavía estaría vivo. Sin embargo, no podía dejar de sentirme culpable.

Pero en algún momento hay que silenciar la culpabilidad, amordazar la voz y mandarla a paseo. Para ella es muy fácil decir *haz algo*. Si hiciera caso de todo lo que me pide, necesitaría una legión de seguidores como no se ha conocido nunca en la historia. De modo que trato de darle esquinazo cuando puedo y me relajo. Sigo adelante con la misión, pero sin prisa, sin hacerme muchas ilusiones, que ya tengo cuarenta años, un poco mayor para creer en los milagros y andar haciendo proselitismo por ahí. Tener premoniciones titubeantes no está mal, pero en la época de la televisión por cable y los programas basura, necesitaría algo más efectivo para llamar la atención del gran público. Resucitar a los muertos en un programa prime-time, tener mi propia sintonía para que la gente se la bajara al móvil, curar con una imposición de manos wi-fi, ... Pero no, soy un experimento del que ningún ser superior se ha responsabilizado, un mesías de tercera regional, me han dado unos ojos de hombre, un cuerpo de mujer y

hala, a escribir la palabra del no-dios de todas las religiones, incluidas las ateas. A mostrar el nuevo camino.

Como si fuera tan fácil.

Y podría vivir como una reina si no fuera por la puta culpabilidad. No necesito grandes lujos para ser feliz.

Después de años trabajando como analista de documentación para productoras de documentales y revistas de política, pensamiento y literatura, decidí montar mi propia empresa de información en Internet. Me resultó muy fácil: llevaba mucho tiempo carteándome y hablando por teléfono con gente de todo el mundo: periodistas, directores de documentales, personal de oenegés, marines con ganas de hablar, directivos de multinacionales con mala conciencia... Pasar del correo tradicional al correo electrónico supuso recibir la información de manera instantánea, creé una página web que me permitía vender nuestros conocimientos en cualquier lugar del mundo.

Yo tenía mucha información que ningún medio tradicional querría comprar, pero que podía interesar mucho al ciudadano. Mi trabajo en la red me había obligado a entrar en contacto con la realidad de la globalización, con el futuro. Hablaba con cientos, miles de personas en todo el mundo, y sabía que las preocupaciones de todos los seres humanos son las mismas. Nadie quiere guerras. Nadie quiere pobreza, pero el miedo nos paraliza.

También yo tenía miedo.

Aquella información que sólo había visto yo y alguno de mis colaboradores, me asediaba. La voz la convertía en un ariete que golpeaba una y otra vez contra la puerta de mi castillo: *puedes hacer llegar esa información a muchísima gente. Hazlo, hazlo, hazlo, tú sabes cuál es el mensaje, tú lo sabes.*

Hoy ya lo sé.

Pero entonces la voz me ahogaba con sus exigencias y yo no sabía qué era lo que esperaba de mí. Si colgaba aquella información en la red, cualquiera podría encontrarme, venir a mi casa y prenderle fuego con mis hijos dentro. Había imágenes y textos para granjearse todo tipo de enemigos: católicos ultraconservadores, fundamentalistas islámicos, judíos sionistas, grandes empresas, multinacionales, las

explotadoras del agua, de los recursos energéticos... No encontraba la manera de dar salida a todo lo que sabía.

Desde que era una niña me he sentido escritora.

Escribir me permite no volverme loca. La voz me ha esclavizado desde que recuerdo, esa tirana me ha tenido gran parte de mi vida encorvada sobre el papel, ahora sobre el ordenador. En 1999 intenté domesticarla escribiendo una novela con todo lo que sabía. El resultado no acabó de gustarme y lo dejé durmiendo en el cajón de los justos.

Hace unos meses la voz se puso neurótica y volví a rescatar la novela. Han pasado siete años. Han volado las Torres Gemelas, se ha invadido Afganistán, Iraq, pronto entrará también Irán en la contienda. El personaje de mi novela es una Mesías virtual que aprovechará la red para extender una revolución global que acabará con el sistema.

Desde que me senté a reescribirla, la voz no ha dejado de dictarme, la pantalla del ordenador se llena de letras negras, pero yo no sé lo que estoy escribiendo, es ella quien escribe a través de mí. Menos mal que soy atea, si fuera creyente, no tendría ninguna duda de que el Innombrable me dicta, que estas son sus palabras y no las mías.

Que este libro que tienes entre las manos es **Palabra de Dios**.

Pero la voz no está satisfecha, quiere que convierta la ficción en realidad.

No tiene nunca en cuenta que, además de trabajar para ganar dinero, tengo un marido y dos hijos, una vida que tendría que sacrificar para cumplir con sus exigencias.

El becerro de oro

Mi padre murió hace tres años. Me dejó una herencia que podría permitirme vivir trabajando menos, dedicar más energía a mi libro y a las exigencias de la voz.

Pero desde que murió mi padre, Pablo, mi marido, ha ido mutando en un hombre que desconozco. Sale a trabajar cada mañana, pero no sé qué hace en realidad, casi nunca está en su negocio y su aportación económica ha ido disminuyendo en los últimos años hasta que hace cinco meses desapareció por completo. Si le pido explicaciones, me dice que él no tiene nada que explicar, que es un problema puntual de tesorería. Pero yo sé que miente.

Antes era hablador y ahora siempre está como distraído, le hablas y no se entera. Si yo empiezo a hablar de alguno de mis proyectos, me mira con desprecio y dice que no tengo ni idea. Sé que me oculta algo y que tarde o temprano, tendrá que explotar.

Y como él no trae dinero a casa, yo no puedo dejar mi trabajo en manos de mis colaboradores, como hacía antes cuando necesitaba tiempo para otras cosas. Entre el trabajo, los niños, la compra, los médicos, los dentistas, los entrenamientos de fútbol, el desayuno, la comida y la cena, el control de pantallas infantiles (una hora y media de consola, dos como mucho), no tengo tiempo para mí, ni para seguir escribiendo el libro sagrado. Y la voz me atosiga.

Aunque me falten horas al día, siempre la obedezco cuando me pide que aproveche mis contactos para apoyar a la gente en la que creo. Me puedo permitir el lujo de ayudar en lo que esté en mi mano a todo el que tenga talento para cambiar las cosas. Hago todo lo que puedo por promocionarlo: retocar el guión o el libro, invitarle a comer, buscarle productores, editores, prestarles dinero, presentarle chicas...A la corta, sólo produce satisfacciones personales, pero a la larga, la humanidad saldrá beneficiada de este esfuerzo.

Trabajar con la información de cientos, miles de documentalistas y analistas de todo el mundo, puede llegar a marear. Cuando yo empecé a pergeñar lo que ahora es mi empresa, en España casi nadie tenía ordenador en casa, e Internet era algo reservado casi exclusivamente a las grandes empresas y a la gente rara. Los internautas parecían seres de otro planeta. Y lo éramos. Todo habría sido muy diferente si la puñetera voz no me dijera una y otra vez: *no estamos aquí por dinero*.

Yo no estoy en el mundo por dinero.

Nunca me he preocupado por él. Me persigue. Haga lo que haga siempre tengo en el bolsillo. No uso monedero ni billetero, mi pasta son billetes arrugados, resudados en el bolsillo del pantalón. Quien me cobra tiene que plancharlos con la mano para asegurarse de que esa papiroflexia anarquista es dinero.

Dinero, dinero, dinero.

El puto dinero.

Todo el mundo corre tras él. Muy pocos sabemos que lo mejor es esperar sentado a que te alcance.

Hablan ahora mis ojos de hombre. El dinero es como una mujer: dale un beso fugaz en los labios y márchate, finge indiferencia. Entonces ella hará todo lo que pueda para entregarse a ti. Si persigues al dinero, tarde o temprano se volverá contra ti con toda su rabia.

Dinero, dinero, dinero.

Ahí está toda la trampa del sistema.

Antes los hombres traían el dinero a casa. La pasta era su hombría, lo que les concedía prerrogativas especiales, como llevarse el mayor trozo de carne a la boca o sentarse en el mejor sillón. Ahora las mujeres también lo ganamos.

Y sin embargo no es suficiente.

Vivir en el primer mundo cuesta demasiado. En unos años todos nos hemos cargado con unos gastos extraordinarios que antes no teníamos: teléfonos móviles, ordenadores, consolas, videojuegos, barritas adelgazantes, champú para que no se rice el pelo cuando se moje, galletitas para que al perro no le huela el aliento a perro. Los sueldos siguen siendo los mismos de cuando los teléfonos eran una cosa pesada e inamovible. Y somos muchos los europeos que tenemos

la sensación de que desde que hemos cambiado al euro, nuestro dinero ha encogido frente a los precios.

Si Pablo ingresara algo en casa, yo podría delegar más trabajo en mis colaboradores y dedicarme a escribir. O a dar paseos y filosofar sobre la vida con una copa de buen vino en la mano. O ir al gimnasio cada día, dejar de beber, de fumar, de liar porros, de follar. Podría hacer muchísimas cosas, y sin embargo, la única que me apetece es la que me complica enormemente la vida. Procesar y analizar información es el más adictivo de todos mis vicios, a medida que pasan los años, las piezas del gigantesco puzzle empiezan a encajar. Y la voz me empuja, me obliga a que haga algo con todo lo que sé. *Tienes la información, tienes la infraestructura en la red, tienes la idea, tienes la gente: hazlo.*

Podría darme por satisfecha con mi familia, mi trabajo, mi casa, el campo que hay junto a mi casa. Pero no.

Si salen unos niños famélicos en la tele, me siento culpable.

Si hay un terremoto en algún lugar del tercer mundo, me siento culpable.

Si paso con mi coche junto a la parada de autobús llena de inmigrantes derrengados de tanto trabajar, me siento culpable.

Si hay alguien desprotegido cerca de mí, me siento culpable.

Si hay alguien más feo, más tonto, más pobre, más enfermo, más solo, más necesitado, más triste que yo, me siento culpable.

Y la culpabilidad me va encerrando como a un toro, y yo intento distraerme de ella y reculo hacia el principio del callejón y me entretengo, pero sé que no hay otra salida que la plaza y que tarde o temprano desembocaré en ella. Que tarde o temprano tendré que llevar a cabo la misión que he venido a cumplir.

Señales en el camino

Zaida es una mujer extrovertida y popular, y no tardó en correrse la voz de que yo era una santa que impartía conocimiento al que estaba sediento de integrarse, de aprender. Pronto me encontré con más peticiones de las que podía atender. Pero no rechazaba hablar con nadie, porque eran información de primera mano que confirmaban mis teorías de años: entre los inmigrantes musulmanes hay muchos que desean formar parte de la comunidad en la que viven.

En Francia los inmigrantes más pobres están prendiendo fuego a los coches.

Llevo muchos años en la red, la gente con la que hablo no se conforma con las noticias de los massmedia. Están descontentos de los políticos, que se llenan la boca con la democracia y el bolsillo con nuestro dinero, inventores de problemas que no existen para distraer la atención de los problemas que ellos no pueden resolver. Necesitaría millones de personas para cambiar las cosas. Y esa es una de las razones de mi escepticismo: el esfuerzo individual no sirve de nada. Pero en la red hay millones de individuos. Sólo haría falta ponerles en contacto.

A medida que Zaida me va poniendo al corriente de más necesidades, la voz no para de repetirme que tengo la infraestructura necesaria para montar una red en Internet que ponga en contacto a inmigrantes que deseen integrarse con gente que quiera ayudarles. Tengo la idea desde hace años, pero hasta ahora me había limitado a desarrollarla sobre el papel porque, a pesar de que había leído mucho sobre musulmanas valientes, no había conocido a ninguna.

—Me da mucho miedo lo que está pasando en Francia, Candelas, con todos esos coches ardiendo.

Todos tenemos miedo, ellos y nosotros.

—Quiero ayudar, Candelas.

Sigo los debates sobre el estado de la nación desde hace mucho. Y ya he olvidado cuándo empecé a tener miedo de mis políticos. Unos gobiernos creen que a las ideas se las gana con armas, y otros, creen que basta sonreír para solucionar todos los problemas. Desde el 11-S tiemblo: quienes se supone que dirigen el país —da igual qué partido—, tienen mucha menos información que yo.

O la ocultan.

Todos ellos, mesías de pacotilla, olvidaron que su misión era trabajar para el pueblo el día que, al salir de casa, toparon con su cara y su promesa en una valla publicitaria. ¿Qué pensará un presidente cuando salga de su palacio blindado y el tráfico se detenga para él? ¿Tendrá una idea aproximada de lo que pasa por la cabeza de quien está sin papeles, perseguido y asustado?

La democracia debería ser la victoria de las ideas, no de las personas.

Todo el mundo quiere ser feliz. Unos, para conseguirlo, explotan por los aires. Otros, se presentan a unas elecciones. Los menos, escribimos Libros Sagrados. Y el resto de la humanidad se somete a nuestros designios.

Oigo a los políticos hablar de sus problemitas estatutarios o europeos, aquí predicán la ayuda al tercer mundo, en Bruselas se arrojan para prorrogar las subvenciones. Y no puedo evitar que, como autónomo, me hierva la sangre al ver tanta inoperancia empresarial, tanta burocracia absurda, inútil, dolorosa y cara. ¿Por qué tenemos que creer que es el menor de los males?

¿Por qué tenemos que creer que nadie puede hacerlo mejor que ellos? Cualquier pescadero con dos dedos de frente llega a mejores soluciones que un diputado que nos cuesta un dineral: él, su oficina oficial, su coche oficial, sus viajes oficiales, sus regalos oficiales, sus dietas oficiales, sus amantes oficiales, sus copas oficiales. Nosotros nos deslomamos para que ellos hagan poesía en el parlamento.

Hace tiempo que sólo veo los informativos de las distintas televisiones españolas una vez al mes. Desde hace cinco o seis meses tengo la sensación de que se repiten a sí mismos. Siempre las mismas noticias. El Estatut. ¿Qué es el Estatut?

Despierta pueblo. Hay millones de africanos en camino, tardarán dos años en cruzar África andando, pero llegarán. Y ningún estatut podrá detenerlos.

No puedo confiar en mis políticos.

¿Puedo confiar en mis conciudadanos, en la gente de a pie como yo, que somos los que morimos siempre en estas retóricas políticas?

Somos millones las personas que tenemos ojos, tenemos hijos, que sólo queremos vivir y dejar vivir. Hace mucho que me pregunto para qué servirán los políticos cuando todo el mundo sepa leer y escribir y manejar Internet, cuando todo el mundo vote dejar de pagarles su vida de ficción y ayudar con ese dinero al tercer mundo.

Un gobierno virtual nos saldría mucho más barato a los ciudadanos europeos: adiós estatutos, adiós estados, adiós Bruselas. Millones de personas dejarían de chupar de nuestro bote, que tanto trabajo nos cuesta. ¿Por qué hay que pagar escoltas, coches oficiales? ¿Por qué no trabajan anónimamente desde su casa sin costar a los ciudadanos más que su buen sueldo?

Yo estoy movilizando a millones de personas en todo el mundo y no le he costado nada a ningún Estado. Podemos hacerlo sin ellos, no debemos dejar que nos engañen más haciéndonos creer que son el mal imprescindible si queremos democracia. Nos dan a elegir: ellos u Osama.

Unos llevan tropas a Irak.

Otros las traen.

El frente está aquí.

En Occidente.

El campo de batalla es nuestra casa.

Y la guerra no se ganará en un desierto,

ni en las montañas de Afganistán,

Ni explotando por los aires en capitales occidentales, asiáticas o africanas.

Esta guerra sólo la ganará quien consiga arrastrar más gente a su palabra.

Por ahora va ganando Osama.

Bush necesita un ejército privado, muy caro, gastarse dinero en elecciones, subir los impuestos, pisar el cuello al pueblo para mante-

nerse en el poder, mantener una burocracia salvaje, eliminar servicios sociales.

En EEUU el Estado comenzó a ser desmantelado hace mucho tiempo. Durante la era Reagan se privatizaron empresas estatales poco rentables, como por ejemplo algunas líneas de autobuses que daban servicio a ciudadades pobres, como Nueva Orleans. Los compradores fueron los fabricantes de coches de Detroit. Las cerraron. De ese modo obligaban a todo el mundo a comprar coches.

Pero en el país del automóvil, no todo el mundo puede permitirse el lujo de tener uno. En la América del Norte más pobre, como Nueva Orleans, por ejemplo, es mucha la gente que no tiene medio de transporte propio. Por esa razón miles de personas se quedaron sin la posibilidad de huir cuando las inundaciones: no habían tenido dinero para comprar un coche a quienes cerraron las líneas de autobuses que habrían podido sacarles de aquel infierno.


Si el Estado, en lugar de responsabilizarse de los más débiles los abandona a su suerte ¿cabe sorprenderse de que los débiles se radicalicen y se pongan bajo la protección de organizaciones que llegan donde el Estado no? Organizaciones como los Hermanos Musulmanes, por ejemplo.

Osama sólo necesita hablar, un poco de Internet, un poco de cursillos de piloto y hala, a cambiar el mundo. El atentado de las Torres Gemelas es la mejor acción propagandística de la historia. La democracia ha muerto, viva Internet.

Osama lo sabe.

Yo también.

Llevo siguiéndole la pista hace mucho. Cinco o seis años antes de las Torres Gemelas, buscando información sobre un escritor egipcio, cayó en mis manos un pequeño artículo sobre él. El autor hablaba de Osama como de otro tarado de la aristocracia saudí, otro iluminado rico. Pero Osama, o quien piense por él, sabía hablar. Me bastan tres o cuatro frases para extraer metros de información de una persona. Es mi trabajo: saber lo que hay detrás de las palabras, parasitar nuestra única realidad. También había una foto. Me estremeció su mirada. Me reconocí en el espejo. Y envidié su fortuna. Recuerdo que pensé *así cualquiera, si mi padre fuera el contratista de la Meca...*



He pasado años escuchando sus arengas, he leído lo que dicen de él quienes le conocen, le he analizado en detalle. Es, fundamentalmente, un hombre virtual que sabe motivar. Despierta la ilusión entre los hombres y el deseo entre las mujeres.

Yo despierto la ilusión de las mujeres y el deseo de los hombres. Tengo el don de la palabra y la mirada, como cualquiera de los mesías que me precedieron; pero, además, tengo una buena boca y unas tetas de órdago.

Palabras que seducen

Hablo con gente de todo el mundo. Mucha se siente urgida a contarme su vida. Casi siempre hombres. Es difícil dejar de pensar en ello. Sobre todo si, cuando vas a a la compra, te das cuenta de que el pescadero, el frutero, el panadero, el de la caja, el que descarga, todos ellos tienen una mirada, una sonrisa para ti.

Mis palabras excitan a los hombres, aunque estemos hablando de política europea o de la situación de África. No me conocen, no me han visto nunca, pero casi todos insisten en conocerme, en tomar un café, algunos quieren invitarme a cenar y *luego ya veremos*.

Alguna vez oí decir a los hombres: *si yo tuviera tetas, sería una zorra*.

Yo soy esa zorra.

También leí en un magnífico libro de Martin Casariego: *La muy puta devolvía todas las miradas, parecía un espejo*.

Yo soy ese espejo.

Tengo corazón y cuerpo de mujer, y mirada de hombre. Cuando ellos me miran, les devuelvo una sonrisa que insinúa y desafía y una mirada de camarada de cantina. Pienso como ellos, no tienen escapatoria. Me resulta tan fácil...

Y al mismo tiempo me corroe una odiosa culpabilidad que está instalada en mi sistema inmunológico gracias a siglos de demonización del sexo. ¿Por qué he de sentirme culpable por despertar las sonrisas de los hombres? Si me sonríen, será porque les hago feliz. Hacer sonreír a los demás no debería ser malo.

Soy una mujer casada y eso es como decir que mis sonrisas tienen dueño.

Durante trece años no me ha importado, al contrario, me ha gustado tener amo, sentirme protegida. Hasta hace poco, cuando oía el coche de Pablo entrando en nuestro garaje, mi corazón sufría un leve

aleteo de felicidad. Durante trece años, todos y cada uno de los días, agradecí dormir y despertar entre sus brazos.

Conozco pocas parejas que se hayan querido como nosotros. Nos gustaba tanto estar juntos que, si Pablo tenía que salir a media mañana a visitar alguna obra que estuviera lejos, me llamaba para preguntarme si podía acompañarle. Y yo, salvo que tuviera que entregar algún informe urgente, me organizaba para estar lista cuando él pasara a recogerme.


Me gustaba ir a su lado y verle conducir tan seguro de sí mismo. Amaba sus manos de hombre sobre el volante, sus antebrazos viriles y fuertes, sus gafas de sol, su rictus de macho dispuesto a morir y matar por su hembra.

Pero de un tiempo a esta parte, los negocios no le van bien. A pesar de que he intentado hacerle hablar con todo tipo de artimañas, no he conseguido arrancarle una sola verdad. Si intento hablar con él del asunto, me mira como si estuviera loca, me deja con la palabra en los labios y se da media vuelta. Siempre con la misma frase: *yo no tengo que darte explicaciones.*

Mi hombre, el alma de todas las fiestas, el amante dispuesto, el amigo tronchante, el cómplice perfecto, se ha convertido en una piedra que se queda dormida en cuanto se sienta. Aunque no lo dice, sé que ha perdido la fe en sí mismo. Cada vez que intento ayudarlo, se parapeta tras su espeso muro desde el que ignora mis súplicas. De nada sirve que le asegure que si las cosas le van mal, yo le mantendré hasta que tenga claro qué quiere hacer; ni que le comente que me vendría de miedo que se hiciera cargo de los niños para que yo pudiera acabar mi libro.

Estamos atravesando una crisis que dura demasiado. Nos adoramos, y tenemos una vida sexual tan intensa que parece anular todo lo demás. Pero cuando cena y se levanta de la mesa antes de que nosotros acabemos, cuando se tumba en el sofá y se duerme, me digo que debo dejar de engañarme.

Y huyo de su tristeza y de la tristeza que me provoca este fin de fiesta refugiándome en mi trabajo. Ya no es el hombre apasionado que me hacía vibrar, ya no es el hombre válido para un mesías. Lo sé desde hace tiempo. Pero le quiero.



Se aburre conmigo. Mis arengas le suenan a cantinela dogmática. Mientras él me ignora, algunos hombres ansían una palabra mía. Algunos cruzan continentes y mares para que les hable a ellos en exclusiva, para conocer el sonido de mi verbo cuando lo acompaña mi mirada. Me turba que un hombre que sólo conoce lo que mis dedos escriben, haga semejantes escalas en su vida por mí. Pero más me turba que, cuando al fin me tiene ante sus ojos y oye mi voz de fumadora empedernida, su mirada me diga que se alegra de haber hecho el viaje. Y me empieza a pasar con mi marido lo que me pasaba con mis padres hace años: *si tú supieras*.

Las puertas del infierno (I)

La literatura es, ante todo, sufrimiento. Recordarlo es primordial en días como hoy. Nada es gratis. Nada.

Durante trece años de mi vida fui la persona más feliz del planeta con mi familia. Incluso cuando vivía en hospitales, incluso cuando tenía a cada niño ingresado en una clínica diferente, era feliz. Nuestros hijos nos tuvieron en vilo durante los primeros años de existencia, pero yo era capaz de soportarlo todo. Tenía algo que sólo unas pocas elegidas conocen: el amor absoluto de un hombre.

Pablo y yo nos divertíamos como locos, nos amábamos sin freno. Mucho después de que nuestros hijos nacieran, bastaba una mirada para que nos excitáramos. Por la mañana, o a la hora de la siesta y, por supuesto, por la noche; o nos poníamos tan cachondos por teléfono que él dejaba lo que tuviera entre manos para meterse en la cama conmigo.

Y todos los solteros decían: *si algún día me caso, quiero ser como vosotros, es salvaje esa complicidad.*

Y lo era.

También los solteros, qué majos, se dejaban caer por aquí a que les cocinara, les escuchara, les mimara, les curara pequeñas heriditas... Soy una mujer fuerte, tengo una casa acogedora y grande con chimenea en invierno y piscina en verano, aquí se come —se comía— muy bien. Había buena música, buenos libros, buena conversación, niños guapos e inteligentes. Los solteros se refugiaban aquí y les dábamos el calor, la música, la comida, el cariño, la palabra, la mirada, el mimo que les faltaba. No puedo ver sufrir a los demás.

Pero ahora que me gustaría meterme de lleno en la novela, no quiero cuidar de nadie. Estoy cansada de cuidar de todo el mundo, sólo necesito silencio, que me ignoren, que me dejen trabajar. Si Pablo admitiera que su negocio es una ruina, podría quedarse en casa y

liberarme de algo de trabajo. Zaida deja aspecto de orden tres días a la semana, pero aun así hay que hacer la compra, la comida, la cena, el desayuno y ocuparse de los niños. Cada día que pasa estoy más cansada. Necesitaría al menos trece horas diarias sin interrupciones para sacar todo este trabajo adelante, pero nadie parece entenderlo.

En Francia siguen ardiendo los coches. Los franceses, los argelinos, los subsaharianos, los marroquíes o los españoles, todos estamos asustados. Y la voz no deja de darme el coñazo, me tiene toda la noche navegando, analizando información.

Hoy me siento terriblemente cansada. Pablo y yo llevamos días sin cruzar una palabra. No tengo ganas de navegar. Enciendo el ordenador con la idea de contestar algún correo, pero no hay ninguno interesante. Manuel está conectado en el msn³:

candelas dice:

Pablo y yo estamos fatal, me ahogo en esta casa

Manuel dice:

Estás con la regla?

Candelas dice:

No, estoy harta. Me gustaría tener más tiempo para mí y para escribir no me dejan concentrarme ni diez minutos seguidos.

Me quiero separar, que se quede con los niños

Manuel dice:

Qué drástica

no sería mejor que echaras

un par de polvos por ahí?

Te relajarían

Candelas dice:

Qué más quisiera yo

Pero todos los hombres que me gustan

conocen a Pablo.

Son muchos años de fidelidad.

³ Sistema para hablar por el ordenador, como si fuera el teléfono pero escribiendo. Ahora ya se pueden tener conversaciones habladas e incluso video conversaciones. Y es gratis. Al menos en teoría.

Manuel dice:

**A mí me parece meritorio
trece años fiel.**

**Mira, no sé si debo decírtelo
sé que lo que te digo va a abrir las puertas del infierno
por qué no pruebas con el chat?**

candelas dice:

¿Crees que no tengo bastante
con diez horas de pantalla al día?
Sólo me faltaba, entrar en los
chats de contactos.

Y además, soy una señora
no una loca

Manuel dice:

**¿crees que
a los hombres
no les gustan
las señoras?**

*40 inteligente, divertida, culta, ingeniosa, atractiva y muy sexual.
Hace mucho tiempo que soy el hombre de mi casa, necesitaría un hombre
que me hiciera sentir mujer un rato.*

He puesto un anuncio en un portal de contactos.

He abierto las puertas del infierno.

No sé con cuantos hombres he hablado esta noche. Demasiados.

He visto amanecer al otro lado de la pantalla del ordenador, me he fumado el último cigarro, del que no he soportado más de tres caladas sin toser, y he apagado la máquina. Antes de acostarme, he dejado abierta la ventana del despacho para que se ventile. Ni siquiera yo puedo soportar ya este olor a bar.

Me acuesto junto a Pablo con cuidado de no despertarle, y busco refugio entre sus brazos. Pero sé que he abierto las puertas del infierno y ni él, ni yo, ni nadie podemos evitarlo. Podría levantarme, volver a encender el ordenador y borrar mi anuncio del portal de contactos.

Pero no lo haré.

Tengo ubicuidad mental, puedo jugar con muchos rivales a la vez. Tengo un mensaje que entregar y he encontrado el medio de hacerlo llegar a millones de personas.

Soy escritora.

Pedirme que renunciara sería decirle a la mejor soprano del mundo que sólo cantara en familia, obligar al campeón de cien metros lisos a contentarse con dar una vuelta a la manzana haciendo footing, exigir al león que no tenga hambre.

Me voy a la guerra y nadie podrá impedirlo.

Esa certeza me desvela a pesar de que estoy reventada y me duelen los ojos.

Pablo dejó de creer en sí mismo hace tiempo y ahora yo sólo puedo creer en mí. Antes éramos tan felices que parecía una mentira, y quizá lo fuera, pero a un personaje tan extraño como yo no le importa demasiado la diferencia entre ficción y realidad, y mi felicidad era tan real como los dedos que esto escriben. Será muy difícil volver a ser tan feliz tanto tiempo con un solo un hombre. Pablo me abraza dormido y me echo a llorar en silencio. Me duermo arrullada por mi propio llanto.

Una hora más tarde, suena el despertador.

Mi cuerpo, agostado por la falta de descanso, se arrastra para despertar al hijo mayor, el que ya va al instituto. Durante el desayuno trato de prestar atención a lo que me dice, pero las puertas del infierno reclaman mi atención. Enciendo el primer cigarro del día. Soy una madre asquerosa, no me espero a que desayunen para empezar a viciar el aire que respiran. Afortunadamente, en clase están a salvo de mí.

Las puertas del infierno (II)

En el silencio de la noche, recluto.

Todos los días, cuando los niños se acuestan y Pablo se mete su dosis diaria de televisión para quedarse dormido en el sofá, me encierro en mi despacho, mi templo sagrado. La madre plasta, la mujer que aburre con su cháchara, entra en el portal de contactos para encontrarse con los cientos de hombres que quieren conocerla.

40. Sólo para mentes inquietas. Me voy a la guerra, necesito que alguien me dé el reposo del guerrero.

Me escriben muchísimos hombres. Hay menos mujeres que hombres buscando sexo en la red. Cualquiera podría recibir cientos de mensajes. Las páginas de contactos me proporcionan las direcciones de correo electrónico que me faltaban para extender mi mensaje. La voz se ha adueñado de mi cerebro, ya no dudo, hago todo lo que me dice porque siempre tiene razón, siempre pasa lo que ella dice que va a pasar. Contesto a todos y cada uno de los mensajes, es una tarea ingente, pero mi trabajo consiste en analizar las palabras.

Y provocar con ellas.

Mi cerebro es muy veloz, soy un ajedrecista que puede jugar contra varios a la vez. A los mejores jugadores los agrego a mi msn. Si me dejan tres horas sin interrupciones, puedo mantener muchas conversaciones a la vez.

Cualquier mujer de la evolución anterior se asustaría ante semejante avalancha de mensajes. Ellos son demasiados hombres y yo una mujer pequeña. Pero no tengo miedo. He tenido que desarrollar un filtro para acceder a los contactos que me interesan, los que han de ser los oficiales de mi ejército virtual: los más inteligentes y los que más bases de datos tengan. De los soldados rasos necesito mucha menos información: me basta su dirección de correo electrónico, ni siquiera

necesito su nombre. Están acostumbrados a mandar correos a todos los anuncios de la red y a que nadie les conteste.

Yo sé lo que es escribir y que nadie te lea, que nadie repare en ti. Por eso leo todos y cada uno de los mensajes. Pinchan en mi anuncio buscando un polvo, pero casi todos ellos quieren algo bien distinto: hablar.

Las putas llevan diciéndolo todo la vida, pero no sé por qué, las mujeres decidimos hace tiempo que era un colectivo que no debía ser escuchado.

amorcito dice:

hola

inar dice:

hola

amorcito dice:

cómo estás?

inar dice:

bien ¿y tú?

amorcito dice:

bien

inar dice:

¿qué andas buscando por aquí?

amorcito dice:

qué buscas tú?

inar dice:

no busco, me encuentran

amorcito dice:

de dónde eres?

inar dice:

de Madrid

amorcito dice:

yo también

inar dice

¿cuántos años tienes?

amorcito dice:

29

Inar dice:

me gusta tu edad ¿sabes que soy mayor que tú?

amorcito dice:

Sí

Inar dice:

¿qué te ha gustado de mi anuncio?

amorcito dice:

**Tu edad
que seas inteligente
divertida y sexual**

Inar dice:

¿y por qué no estás buscando chavalas de 22?

amorcito dice:

**Me aburren
no me enseñan nada**

Inar dice:

¿quieres aprender?

amorcito dice:

**Sí eres abogada?
en tu perfil pone que lo eres**

Inar dice:

Bueno, no había una casilla para
agitadoras de masas

amorcito dice:

**agitadora de masas?
Interesante**

Inar dice:

¿quieres saber más?

amorcito dice:

si

Inar dice:

hola soy Inar de Solange
Comandante del Ejército del Futuro

Los hombres vienen a mí buscando sexo, pero al rato de estar hablando conmigo, se les olvida lo que estaban haciendo. Sienten

⊕

tal curiosidad que me escriben varias veces al día, y he tenido que racionarles el tiempo. Son disciplinados y comprenden que tienen que guardar turno. Aunque no deberían hacerlo. Podría tener más mujeres haciendo mi trabajo, al menos la primera criba, esa en la que lo único que se les dice es: *manda foto en la que te vea los ojos a : inardesolange@yahoo.es*.

A las cuentas que abro sólo para reclutamiento, me llega publicidad de bancos, agencias de viajes, productos financieros, cursos de inglés e inmobiliarias, empresas de trabajo basura y cierto grupo editorial. La gente que se anuncia en los contactos o que curiosear por ellos, acaba sistemáticamente en las bases de datos de quienes más dinero tienen. Es obvio que hay más gente que yo haciendo lo mismo. No soy la primera a la que se la ha ocurrido. Las empresas y yo tenemos el mismo público objetivo. La diferencia entre ellos y yo no sólo radica en que ellos utilizan los datos para obtener beneficio y yo sólo quiero repartir amor, sólo quiero entregar un mensaje, la gran diferencia entre nosotros es que a mí me esperan con los brazos abiertos.



Ensayo general

Si los mesías tenemos que superar pruebas, los discípulos ni te cuento. Tienes que confiar plenamente en ellos, sobre todo si no tienes un Infinito y Eterno a quien rezar. Esperaba de Manuel milagros imposibles, y ya ha conseguido unos cuantos de mediana envergadura.

Y yo había prometido no conmovirme hasta que lograra algo digno. Nunca asistía a sus actos porque sabía que había de fracasar muchas veces antes de lograrlo, y no quería ser testigo. No quería criticarlo. Quería que su propia voz le dictara lo que debía hacer.

Pero hoy estoy aquí y él ha organizado un evento en Lavapiés, bajo el nombre de uno de nuestros muchos alias: Los Hombres Valientes, quienes, como su propio nombre indica, son jóvenes sin miedo que hemos conocido a través de mi empresa de información o gracias al trabajo de Manuel.

Manuel y yo tenemos tantas ideas que él las ha ido guardando en diferentes carpetas. Muchas de ellas no han pasado de meras fantasías. Con el tiempo, algunas fueron haciéndose realidad. En esta ocasión es un cartel en el que mis palabras arengan, los dibujos de Manuel ilustran a los perezosos, y a los analfabetos, que en este barrio no son pocos. Un poema de Mayakowsky nos sirve para cubrir la retaguardia. Manuel lleva una vida muy intensa, pero siempre encuentra un hueco para soliviantar a la masa con mis ideítas. Se ha encargado de diseñar los carteles y las invitaciones y de llevarlo a la imprenta, yo he pagado las facturas. Los Hombres Valientes han pegado los carteles por Lavapiés, Atocha y Embajadores, y han repartido las invitaciones en varias bocas de Metro.

Soy muy madrileña y, cuando conocí a Manuel, no reparaba en los millones de carteles que todo tipo de gente pega por las paredes, las farolas, las paradas de autobús, las vallas de las obras. Pero él, recién





llegado de Córdoba, instalado entre Malasaña y Gran Vía, se fijaba en todos y cada uno de ellos. Doce años después, ahora que es tan gato como yo a pesar de su acento andaluz y su aspecto de fauno de puerta trasera de mezquita, puede dar forma a la información cartelera que ha ido recopilando todos estos años.

Manuel y yo somos complementarios. Tenemos el mismo sexo y hacemos una pareja artística impresionante. Yo paro las ideas, él las encarrila, yo soy teórica, él es experto en lucha callejera y propaganda. Todo esto que ahora estamos haciendo son sólo ensayos para cuando la voz me exija pasar del papel a la realidad.

Hoy en Lavapiés la voz está contenta, *estos son los primeros pasos de Ejército del Futuro*. Y me doy cuenta de que todo esto estaba escrito, de que estoy convirtiendo la ficción de mi libro en realidad.

En los carteles se invita a la gente a acudir a tres direcciones de tres edificios en ruinas, con la promesa de que sus puertas volverán a abrirse después de siglos. Se habla de derribar muros, de un viaje de ida sin vuelta, de recorrer los subsuelos de Madrid. Quién no quiere desaparecer un rato. Quién no quiere luchar un minuto por una causa perdida, dejar un recuerdo inolvidable, robar en una gran superficie, mear en las paredes del templo, echar un polvo como dios manda.

Hoy es el día de la concentración y en la calle hay mucho movimiento, pero ninguno queremos abandonarnos a la ilusión de que hayamos sido nosotros quienes han puesto en marcha a tanta gente.

El cartel tiene un texto poético plagado de inquietantes metáforas militares, para que pueda ser interpretado de muy distintas maneras. Alguien de seguridad municipal ha debido entender que Los Hombres Valientes es una organización de okupas que no reparan en sacudirse con la policía. El barrio está invadido de antidisturbios.

Los Hombres Valientes han pegado manifiestos en cada una de las tres puertas en las que se convoca a la gente, portales de edificios vacíos, pero la presencia policial en las bocacalles disuade al público curioso de acercarse a leerlos. Dos furgonetas antidisturbios, doce policías con uniforme de faena porra en mano, jóvenes, deseosos de sacudir al primero que les provoque.

Hay unas setenta personas alrededor de la puerta, en su mayoría más jóvenes que yo, aunque hay alguno más mayor. Gente con un



aspecto radical, o del barrio de toda la vida, jóvenes artistas, amas de casa y jubilados, y varios inmigrantes. Globalización.

—La policía no deja acercarse a la gente a la puerta —susurro al oído de Manuel.

Manuel tiene muchas tablas con la pasma.

Se acerca a la puerta prohibida, todos los policías, que están a uno y otro lado de la calle, equidistantes de nosotros a unos cinco metros, desenfundan la porra a la mitad y comienzan a caminar despacio y muy virilmente. Una delicia.

—¡Cuidado, tú! ¡Que te van a sacudir y no sabemos todavía por qué! —grito.

Los policías enfundan un poco la porra. Ser Omnipotente, cómo amo las palabras y su grandísimo poder omnímodo.

Manuel empieza a leer nuestro manifiesto en voz alta, *¡Más alto!*, dice la gente al escuchar las primeras palabras, que yo he escrito y que él lee con una cadencia intachable. El público aplaude enfebrorizado ante cada buena frase. Los policías se acercan con pasos lentos, seguros, contundentes y disciplinados, de hombres que no dudan, y cuando llegan a su altura, él se vuelve a ellos encogiéndose de hombros, fauno cordobés curtido en el asfalto madrileño.

—¿Esto qué es lo que es? ¿Vosotros sabéis de qué va esto?

Los policías le miran, sorprendidos.

—¿Aquí que va a pasar? —insiste—¿Merece la pena que me quede?

—¿Cómo que qué va a pasar? —interrumpe el jefe— ¿Por qué está usted aquí? —inquieta ya con cara de pocos amigos.

Siempre he sentido debilidad por los policías que son respetuosos antes de abrirte la cabeza. Manuel hunde la suya en la chamarra que lleva puesta, buscando algo en su interior. Me pongo alerta. Nunca ofrezcas la nuca a quien tiene el deber de aporrearla. El policía le mira nervioso, aguardando a ver qué saca del abrigo para tomar una decisión. Sus compañeros esperan en silencio, la gente se aproxima poco a poco sin llegar a cerrar el corrillo. Mantienen la distancia de seguridad que hay que respetar con los antidisturbios, que no son partidarios de hacer políticas de proximidad con el ciudadano.



—Anda, porque me he encontrado un cartel —dice con la voz perdida en el borrego del forro, buscando en su bolsillo

El jefe no le oye, sus dedos tamborilean sobre la cabeza de la porra. Los demás policías aguardan con la respiración contenida.

—Te lo han mandado por Internet ¿no?

No hemos convocado a nadie por Internet porque esto sólo es una travesura. Cuando la voz me pida que entremos en acción de verdad, podremos convocar a millones de personas, incontenibles por estos hombres de uniforme.

inar dice:

llevo muchísimo tiempo en la red
hablo con cientos, miles de personas

lescéptico dice:

occidentales todos claro

inar dice:

no, de todos los países razas y religiones

lescéptico dice:

¿en todas partes?

inar dice:

en todas

lescéptico dice:

¿y qué vas a hacer para unir las?

inar dice:

Tengo un arma de construcción masiva:

Mi Palabra ¿quieres que te envíe algo?

lescéptico dice:

sí

El policía aguarda una respuesta.

—No, hombre, por Internet no —dice Manuel sacando al fin el cartel de su bolsillo, desdoblándolo y abriéndolo ante el policía, que lo mira por encima de su hombro como si pudiera morderle. Los anti-disturbios y el Ejército saben cuánto daño puede hacer hacer un papel escrito. Por eso odian Internet: no pueden rompértelo en la cara.

—He venido porque este cartel me ha parecido flipante. ¿Has visto? ¿Tiene un poema de Mayakowski! ¿A ti no te gusta Ma-



yakowski? Por dios, lee qué maravilla de poema —estira los brazos fingiendo unos problemas de visión que no tiene y lee con magnífico ritmo:

Empleando nuestro lenguaje la rima es un barril
un barril de dinamita
la estrofa es la mecha
se consume la estrofa, estalla la rima
y la ciudad vuela como un verso
(Mayakowski 1926)

Si la policía tiene entre sus nóminas a poetas —igual que tiene a ladrones, psicótapas, chivatos, asesinos y gentes de mal vivir— los ha de mantener encerrados en oficinas, que es el lugar en el que un poeta se desnaturaliza. El público, nuestro público, asiste a la representación sin perderse ni una coma.

Mayakowski y la porra temblona.
Manuel El Grande.

La mayoría de los que están aquí no saben quien es Mayakowski, yo sí, pero no podría decir nada de él a bote pronto, porque yo soy el disco duro y Manuel el programa ejecutor. Él es quien lee poesía y ha escogido el poema *Yo leo teoría de los juegos*. Está tan convincente que siento ganas de aplaudirle a rabiar. Hacemos tan buen equipo que a veces se me saltan las lágrimas. Al móvil me llegan mensajes de las otras dos puertas: *Cuatro lecheras, dieciséis plás... Joder, qué de pasma y qué de peña*.

Cada vez hay más gente.

bigboss dice:

**podría reenviar la información que me mandes
a más de treinta mil personas
¿es suficiente?**

inar dice:

Bigboss,
eres un regalo para mis ojos.

Los policías enfundan las porras con aire de aburrimiento.
Poemas a ellos.

Los balcones hierven de vecinos y curiosos. El espectáculo siempre atrae a la masa. Sobre todo a la que está hasta los huevos.

Esa gente no sabe a qué ha venido aquí ni qué está mirando. No sabe quienes somos, no sabe qué queremos decir, quizá no sean capaces de entender que nos basta la palabra para movilizar a la sociedad. Pero no importa, este tipo de actos están hechos para levantar la moral de la tropa, no para hacer proselitismo. Para demostrarnos a nosotros mismos, a mí, que estoy preparada para provocar con mis palabras, para asumir la misión que he venido a cumplir. La voz está callada, eso es que anda satisfecha. La gente está tan harta como nosotros de las mentiras del sistema. De que unos se mueran de hambre mientras otros tiramos la comida, de que unos no tengan trabajo y otros se vean asfixiados por él, de que unos no puedan hacer pan y otros podamos elegir entre cientos de tipos. De que nos quieran hacer creer que no hay otra manera.

Estamos haciendo pasar un buen rato a la gente: al Real Madrid le cuesta millones contar con tanto antidisturbio. A nosotros sólo unas líneas.

Ni que fuéramos vascos.

Me acerco a los policías. Calibro que, excepto el jefe, todos son algunos añitos menores que yo, suficientemente jóvenes para mirarme como mujer antes que como enemigo. Tengo una buena boca, una mirada desafiante y un abrigo de mujer a base de bien, eso hace que miren a las tetas y no reparen en mis pies.

La mujercita que creen que soy les sonrío. Ellos no saben que están ante un comandante. Un soldado. Tengo aspecto de coquetuela incorregible, pero mis botas son militares. Sé lo que es una orden. Sé como funciona esto. Si humillas al jefe, los demás se batirán en retirada. Y una mujer no puede humillar a un hombre a hostias. El jefe es casi medio metro más alto que yo, lleva la cabeza afeitada y, por su musculatura, se adivina que es un adicto a las máquinas de pesas.

—¿Pero vosotros no sabéis de qué va esto? —pregunto con divertida sorpresa— Nosotros hemos venido por un cartel en la calle. Estábamos cenando en un restaurante de aquí al lado —el viejo truco de no somos como estos pelados —Vimos el cartel y nos hizo gracia. Éste —golpeo el papel que Manuel sostiene entre las manos con la

energía de un general que exige respuestas a sus subordinados— ¿a vosotros os han mandado aquí por un poema de Mayakowski? —se oye alguna risita entre el público. Algún enterado. La gente bulle adivinando que va a divertirse— ¿Al alcalde le asustan los poetas? Al alcalde no puede ser, es un hombre cultivado —más risas—. ¿Al jefe de policía le da miedo un poema? —a mis espaldas la gente ríe— Pero a ver, yo he venido aquí por el cartel ¿Qué significa este poema?

—¡Y yo que sé!

—¿Y no sientes curiosidad?

En la calle se hace un silencio expectante, yo he fumado lo suficiente como para aguantar la mirada de este hombre, que está muchos peldaños por debajo de mí. Yo soy algo inalcanzable para él, una zorra que habita en otro universo.

—Hago mi trabajo y no pregunto.

—Si yo tuviera tu trabajo, comenzaría a hacerme preguntas.

La multitud quiere espectáculo, por la calle se eleva un OOOOooooo desafiante que podría disparar los nervios de un policía poco templado. Me mira con odio intentando leer en mis ojos, que le sonrían con la inocencia de un ama de casa que ha salido a comprar un kilo de judías verdes, tres cuartos de cinta de lomo y medio de peras. De buena gana me daría un par de hostias, pero no le he dado todavía un motivo que pueda justificar el exceso delante de tanto testigo. Me mira como quien ha reconocido al enemigo que no puede detener.

—Por ejemplo ¿te has preguntado por qué está toda esta gente aquí? Nadie sabe a qué ha venido.

Me mira con los ojos entrecerrados, como si sus párpados fueran un chaleco antibalas que pudiera protegerle de mi sonrisa. Me vuelvo hacia el público.

—¿Alguien sabe a qué ha venido?

—Noooooooo —contestan todos muy divertidos a la vez.

Puedo oír que la respiración de mi contrincante se hace más dificultosa, eso me da alas.

—¿Te das cuenta? Un chalado ha escrito un cartel y ha pintado un dibujito. Y ha convocado a cientos de personas. También ha conseguido que el Ayuntamiento se gaste una pasta en policía. Y a quien haya planeado esto le ha salido casi gratis —en la calle se ha hecho un silen-



cio que me hace grande y poderosa— ¿Vas a esperar a que convoquen a la gente por Internet y sean millones, para hacerte preguntas?

Me gustaría poder ver las caras de quienes elevan un murmullo alrededor, pero no puedo apartar la vista de estos ojos que no entienden lo que estoy diciendo, que lo entenderán cuando sea demasiado tarde.

Yocontramundum dice:

**inar, la gente está harta de que la pisen.
Nos haces mucha falta tú
y todas las mujeres con un par de huevos
que puedas conocer**

—¿No serás tú la cabecilla de todo esto? —me dice haciendo un gesto como de llevarse la mano a las esposas.

Como si yo fuera una okupa cualquiera

—Huy, yo la cabecilla de esto, dice —digo echándome a reír— No, hijo, yo cabecilla, qué cosas. Yo soy una señora y he venido aquí a tomar una copa, cuando empiece el jaleo, avísame. Estaré ahí enfrente —digo señalando a un bar y cogiendo a Manuel del brazo.

Comenzamos a andar y nuestros hombres, dispersos entre el público, nos siguen.

En Madrid hay muchos bares en los que al dueño le resulta imprescindible que todos sus clientes conozcan sus inclinaciones sexuales. Este está decorado con muñecas barbies, en pelotas o con lencería fina, en las más variadas posturas de amor lésbico. La barra se va llenando de gente que se aburre en la calle.

Los Hombres Valientes y yo apuramos la primera copa de un trago, que nos relaja y nos lleva a pedir una segunda copa y bromear. Afuera cada vez hay más movimiento.

—No pueden ser okupas—nos informa la lesbiana dueña del bar—Ese edificio no tiene nada, sólo fachada.

Como si nosotros no lo supiéramos. Una y hora y media después de lo que anunciaban los carteles, la calle está de bote en bote, la gente ya empieza a conocer a otra gente y hablan entre ellos. Y la policía empieza a retirarse, dejarán una lechera por si las moscas, aunque parecen convencidos de que han sido víctimas de una burla.



Una burla muy cara.
Objetivo conseguido.

elreflexivo dice:

He leído lo que me enviaste

inar dice:

¿y?

elreflexivo dice:

dices las cosas de una manera que, joder

inar dice:

joder qué?

elreflexivo dice:

no sé, da miedo

inar dice:

¿por qué?

elreflexivo dice:

no sé, hace que me sienta culpable

hace que me entren ganas de hacer algo

da miedo pensar que es tan fácil y tan barato

—Porque no tendremos los huevos de salir gritando algo... —dice uno de mis hombres.

—¿Cómo qué?

—La gente lleva horas esperando que pase algo. Y no ha pasado nada.


Sus palabras me hacen reflexionar sobre el asunto. Si están esperando algo y no sucede nada, es que necesitan que de verdad suceda algo: nuestra revolución.

Pido la cuenta y pago. A los borrachos y drogadictos del EDF los invito yo. Del mismo modo que el gobierno británico mantuvo a Winston Churchill o Margaret Thatcher. Por poner unos ejemplos que no sean patrios.

Salimos a la calle. Tanta gente por la voz. Levanto el puño y grito todo lo alto que me permiten mis pulmones de fumadora:

—¡Esta democracia es una falacia!

Mis hombres, entrenados para la orden inteligente, se dispersan entre el público y corean al unísono la consigna, que se extiende



como un fuego entre el público. Sólo Manuel permanece a mi lado. El gentío de la calle, corea enfervorizada nuestro grito, que se ha contagiado a las calles de las otras dos puertas. Es flipante ver a tanta gente aburrida gritando una absurda consigna. El corazón me late tanto que temo que la cabeza me estalle de felicidad.

Quién tuviera los medios de la Iglesia.

Compañeros de viaje

Mientras regreso a casa, no puedo dejar de pensar en lo que ha sucedido.

Pongo la música a todo volumen y dejo que la autopista me lleve a la velocidad que el coche quiera, el motor ruge feliz de exhibir su potencia.

Yo lloro.

Me falta muy poco para terminar la novela de la Comandante Inar de Solange, mesías nacida para fundar una nueva religión sin líderes ni dioses en la que todos los credos tengan cabida.

Francia sigue ardiendo. Tengo la información, tengo los medios, tengo la gente. Puedo hacer que la ficción de la novela pase a la realidad del siglo XXI, que mi personaje de libro cobre vida virtual.

Mis palabras van a cambiar mi vida y la de todos los que me rodean.

Pablo.

Durante muchos años ha sido mi compañero, y ahora, cuando ya había perdido la esperanza de que yo cumpliera alguna de mis promesas, no está a mi altura. No quiere que le hable de lo que estoy haciendo, intuye que estoy pasando de las palabras a la acción. Y tiene miedo.

Escribe, escribe, escribe, solía decirme. *Mi mujer es escritora*, presumía.

A Pablo le habría gustado que fuera escritora de novelas de acción, o de amor. Profesional de un género.

Nunca entendió que la literatura es la más jodida de todas las tiranas, que la voz pasará por encima de quien se interponga en mi camino.

Hace tiempo que, cuando en una reunión yo comienzo a hablar y un silencio respetuoso se hace a mi alrededor, él me mira con rabia,



interrumpe para decir tonterías, me corta el ritmo de la narración y busca un enfrentamiento absurdo conmigo llevándome la contraria en asuntos de los que no tiene ni idea.

No sabe exactamente en qué estoy metida.

Sólo sabe que empieza a deberme demasiado dinero.

Desde que mi discurso comenzó a aburrirle, he dejado de darle explicaciones. El hombre de mi vida no puede acompañarme en este viaje y eso empaña la felicidad del momento. Pero no puedo tener piedad, la misión es lo primero.

Supongo que ese orgullo masculino es el que lleva a un hombre a matar a una mujer, a un presidente a mandar a sus soldados a la guerra.

Cuando Pablo y yo nos conocimos, yo era la artista loca y él el hombre hecho y derecho en el que yo podía reposar mi cabecita a pájaros. Los brazos en los que refugiarme, las piernas bajo las que esconderme cada noche.

Cuando entró en caída libre, yo esperaba haber sido su refugio, haberle abrigado con mi pecho, haberle protegido entre mis brazos. Le ofrecí mi ayuda, mi dinero, mi amor, pero él ya veía que estaba preparándose para este momento y supongo que tuvo miedo de no estar a la altura.

Ojalá hubiera tenido la hombría de decir: *estoy arruinado, déjame vivir a tu sombra una temporada. O estoy enganchado a la cocaína, ayúdame. O, tengo una amante, he dejado de quererte.*

Pero no habla.

Niega los problemas que bailan un tango guasón delante de nuestras narices.

Su sufrimiento me acosa como un perro hambriento. Y mi corazón de mujer, *pobrecito, estás acabando con él*, se avergüenza de mi mirada de hombre, *es un hombre acabado*. Pero la voz manda callar a ambos. *No hay tiempo para sentimentalismos*. El amor apasionado son unas gotas de éxtasis y litros de sufrimiento. No puedo hacer nada por él aunque le quiera. Mi camino está marcado antes de que él llegara a mi vida, antes que mis tetas. Acompañar al mesías implica un placer king size y ración de dolor extra. Qué más quisiera yo que poder aliviarlo.



inar dice:

hablas mucho, pero todavía no he visto tu foto

SEBAS dice:

ahí va

inar dice:

hum, es un primer plano parece que llevas uniforme
¿dónde trabajas?

SEBAS dice:

Militar

inar dice:

joder joder joder

SEBAS dice:

no te sientes como en casa?? Jejeje.

Soy de infantería de marina, armada

inar dice:

vaya vaya te estaba esperando marino

SEBAS dice:

no me digas? ya sabes q nosotros

tenemos una mujer en cada puerto no??

inar dice:

jeje

SEBAS dice:

somos malas parejas

inar dice:

yo tengo un hombre en cada barco

Pasando a la acción

Predicar dejó de ser suficiente hace mucho.

Y aunque la voz debería estar satisfecha con el esfuerzo que hago escribiendo lo que me dicta y las pequeñas algaradas callejeras, no tiene bastante. No le basta con que hable con todo el que quiera escuchar, ni con que sea muy cruda en cada informe que hago. La voz quiere que extienda su mensaje entre millones de personas, que muestre el camino para crear una red en la que los unos y los otros podamos conocernos. Porque a eso se reduce todo: amar es conocer y conocer es amar. Para perder el miedo al vecino, nada como invitarle a un café o una cerveza. Internet permitiría limar los primeros temores, en el chat no importa el color o la raza.

La voz quiere que ponga en marcha el Ejército del Futuro. EDF.

Los discursos de barra de bar han llegado a su fin. *Haz algo*, me decía la voz. *Hazlo, cuenta con nosotros*. me dijeron mis colaboradores cuando les presenté el ambicioso proyecto del EDF. Unos son ateos, otros católicos, alguno judío. *Cuenta conmigo, la causa es buena*, me dijo Samuel, el judío argentino que hace años es el webmaster de mis andanzas en la red. *Cuenta conmigo*, me dice Zaida, la musulmana. *Pero hija, ¿estás segura de que no te estás volviendo un poco loca?* me dice mi madre. *Adelante, tú puedes con todo* me dice mi amiga Carola desde la isla a la que se fue a vivir hace años, *tienes un par de huevos, lograrás lo que te propongas*.

Su fe en mí es viento en mis velas, pero al mismo tiempo supone una terrible responsabilidad: no hay lugar para el fracaso. Si te abandonas como líder, si asumes el rol del que no duda, no tienes margen de error.

No puedo andar sobre las aguas, ni separarlas, ni convertirlas en vino. Y a veces tengo dudas lacerantes. Me pregunto si no llevaré toda mi vida equivocándome, si mis delirios de grandeza no me habrán

conducido a un camino sin retorno. Entonces rescato mis viejos diarios de cuando tenía once, doce, trece, catorce, veinte... veintiséis, treinta y cuatro años... Si me estoy equivocando, el mío es el yerro más documentado de la historia.

La puta voz estaba ahí antes que mis tetas.

O me equivoco yo, o se equivoca la vida.

Aunque suelo ser fuerte, y tengo una extraordinaria capacidad para creerme las mentiras que me cuento a mí misma, hay momentos del mes en los que no soy inasequible al desaliento: los días previos a la regla. Todos y cada uno de los meses de mi vida la he recibido como a un huésped inoportuno e indeseable.

Y con toda seguridad, cuando se retire, me sentiré desgraciada como un páramo.

Mis horas más bajas coinciden con el síndrome premenstrual (esepeme). Por fortuna, mi lógica masculina me lleva a demorar todas las decisiones que tomo en esos días, porque sé que en cuanto la sangre baje, veré las cosas de otro color.

Pero a veces, a pesar de que sé que el esepeme anula mi mirada de hombre, no puedo evitar regodearme en el pesimismo más exacerbado. No todos son iguales, algunos meses me pasan desapercibidos y otros me atacan con tal virulencia que merodeo alrededor de mis seres queridos con cara de pocos amigos, buscando bronca.

Hoy estoy sufriendo uno de esos esepemes disuasorios. En días así, suelo avisar a mi familia y permanezco encerrada en el despacho el mayor tiempo posible. Pero parece que todo se me ha puesto de cara: he tenido una discusión telefónica con Pablo que debería haber sido la definitiva. Uno de los niños tenía mucha fiebre. No ha podido ir al colegio. Le pedí a su padre que lo llevara a urgencias, pero, como siempre, ha pretextado algo más importante que hacer. Vivimos de mi dinero, pero él no puede dejar de fingirse ocupado como cuando lo que ganaba nos mantenía. He perdido media mañana en el médico. Pensaba haber acabado un trabajo que me había dejado para última hora. Después traspapelé las notas que necesitaba para acabar un informe y he tardado más de una hora en encontrarlas, en el correo tradicional ha llegado la factura de los últimos ordenadores que acabo de comprar, junto con la carta de un cliente que me asegura que me

pagará tres meses más tarde de lo acordado. Y una de mis amigas ha llamado para contarme llorando que le ha pasado lo que yo le venía avisando desde hacía meses.

Necesito estar a solas con mis pensamientos. Debería dejarme de delirios de grandeza, de salvar a quien no quiere ser salvado, olvidarme del libro sagrado que tengo que escribir, quemar el ordenador y disfrutar de la buena vida que ya tengo.

Al otro lado del despacho, los árboles se mecen bajo el aire que precede a la lluvia, el cielo se va poblando de nubes preñadas que no tardarán en descargar sobre el pueblo. Cualquiera otra en mis circunstancias sería feliz, tengo más que la inmensa mayoría de los mortales. Y sin embargo, no es suficiente.

Haz algo.

Te van a dar por culo, voz de los cojones. Te van a dar por culo, porque voy a cerrar todo y me voy a quedar aquí en casita, a cocinar para la familia y los amigos, documentar a quien me pague y escribir comedias de amor. Se acabó, estoy hasta los huevos de ti.

Haz algo, haz algo, haz algo.

Cuando se pone tan pesada, sólo hay una manera de darle esquinazo. De modo que, me hago un porro y me siento en el ordenador, dispuesta a escribir que hago todo lo que ella quiere que haga. Así se entretiene y me deja en paz.

Pero antes abro mi buzón del portal de contactos. Ciento veintisiete mensajes nuevos. Ciento veintisiete hombres que quieren conocerme, la inmensidad de la tarea me da pereza. Cierro esa página y abro el correo de trabajo.

Tengo mensajes nuevos. El remitente de uno de ellos me hace temblar : agustin@LaCasa.net

La Casa.

Y su dueño, Simón.

El pescador de almas.

De vez en cuando les mando algún proyecto de gente en la que yo creo, pero a la que no puedo financiar o que necesita de protectores que no están al alcance de mi mano. Simón ha apadrinado a tres o cuatro de mis protegidos. Hace un año que les envié un proyecto de una directora venezolana.

Agustín me dice en su correo que están interesados en hablar conmigo sobre ese guión. Busco el nombre del amo de la empresa, Simón, en algún párrafo del texto, pero Agustín no se refiere a él en ningún momento. Afortunadamente para mí esepeme, tiene muy ocupadas las siguientes semanas, en las que yo no dejaré de comerme la cabeza, y quedamos en que volverá a llamarme.

Simón.

Hace cuatro años que no nos vemos. Quizá cinco.

No quiero pensarlo. No quiero pensarlo. No quiero pensarlo.

Pero no puedo dejar de pensar que nunca le pedí nada porque sabía que todavía no había llegado el momento.

Mi maestro.

Que plantó las semillas de lo que soy. Quién sino él me mostró el camino de la libertad.

Mi ambición.

Su poder.

Está escrito en mi novela que la Mesías y su Maestro volverían a encontrarse para una última lección.

La cabeza ha empezado a darme vueltas. Me sucede siempre que una premonición empieza a cumplirse. Necesito levantarme y agitar las manos para arrojar al mal fario lejos de mí. Cojo el teléfono y llamo a Manuel.

—Necesito verte.

inar dice:

mi ejército es virtual, más barato y más efectivo que el tuyo

SEBAS dice:

di di

inar dice:

más rápido más letal más inteligente

SEBAS dice:

mira q me esta empezando a molar jajaja

inar dice:

ya me has sacado mucha información

SEBAS dice:

***Yo soy UN SERVIDOR a la patria
a las mujeres etc etc lo que haga falta***

inar dice:

¿a la libertad?

SEBAS dice:

x supuesto y ante todo



Hombres de confianza

Manuel vive en una calle aldeaña a la Gran Vía, visitarle se ha convertido en los últimos tiempos en un paseo por un parque temático.

Del aparcamiento a su casa hay trescientos metros que hago siempre como si fuera un travelling, como si supiera que algún día tendré que rodar algo similar. Yo no miro. Almaceno información.

Dos tipos negro mate se emborrachan con vino de tetrabrik en un banco de la plaza de los antiguos cines Luna, parece que les han dado una paliza. Quizá sean musulmanes y hayan recibido un castigo por su comportamiento hereje, se les ve viejos y débiles, aunque probablemente no sean mayores que yo, o quizá la religión no tenga que ver y les hayan sacudido alguno de los proxenetas de la zona. La mafia de las prostitutas negras, jóvenes, carnosas y apetecibles, de culos que piden un macho a gritos, han ganado en el reparto de calles. Las africanas o latinoamericanas —con la cantidad de veces que he pasado por allí no recuerdo haber oído hablar a ninguna— pasean su palmito por la calle principal. Son mujeres muy diferentes a las modelos de pasarela que se pueden ver algunas noches en el Parque del Oeste, diosas de ébano africano que venden fantasías. Las del barrio de Manuel sólo ofrecen carne.

Para las españolas, yonquis y tristes, han dejado lugares próximos a las esquinas principales, y en los callejones menos visitados quedan todavía vestigios de lo que un día fue la prostitución en ese barrio: putas de las de toda la vida, cincuentonas y con zapatillas de andar por casa, porque ya no tienen edad ni juanetes que aguanten los tacones.

La calle de las putas negras es una calle animada por la que transitan oficinistas en busca de menú, colegiales con sus mochilas, amas de casa que han salido a comprar jamón york, jubilados que echan la primitiva por costumbre, magrebíes enjutos, subsaharianos sonrien-



tes, albañiles colombianos, ecuatorianos, polacos, búlgaros y rumanos. Hay mucha obra de remodelación en este barrio del centro de Madrid, que es lo más parecido a cualquier barrio chino de cualquier ciudad del mundo. Donde hay gente de la construcción siempre hay dinero, todos ganan: el concejal de urbanismo, la panadera andaluza, el pescadero peruano, los chinos —que han de valerse de sus hijos para entender a los clientes—, el restaurante árabe de la esquina, el restaurante cubano, las veteranas casas de comidas, las putas, que se arrimarán alguno. Hace unos años éste era uno de los barrios más deprimidos del centro, hoy se ve asediado por los edificios comerciales de la Gran Vía. También el colectivo gay está cambiando su fisonomía. La mayoría de los antiguos habitantes del barrio pronto no podrá permitirse seguir viviendo aquí, la especulación urbanística suele llevar aparejado un cambio de paisaje humano.

Frente a la casa de Manuel hay un convento siniestro y descuidado de pretendido aspecto gótico, que da de comer a todo el que haga cola a sus puertas. El catálogo de gente con hambre es extenso: nacionales, extranjeros, viejos, jóvenes, hombres, algunas mujeres, blancos, negros, magrebíes, aindiados...

Junto al portal de Manuel hay unas extrañas formas cúbicas de hormigón de medio metro de alto, que en su día debieron ser maceteros. Hace tiempo que pequeñas pandillas de alcohólicos que se agrupan por nacionalidades los utilizan como asiento y mingitorio

Hoy son ecuatorianos.

He asistido a peleas entre españoles, rumanos, gitanos, africanos e incluso marroquíes. Esas absurdas formas cúbicas parecen atraer a los peores elementos de la calle. Estos borrachos, inofensivos en solitario, cuando se juntan a beber después de haber comido sopa de monjas, liberan lo peor de sí mismos sabiendo que ninguno de ellos lo recordará después, y que podrán volver a juntarse a beber sin reproches. No es raro que estas fiestas que empiezan celebrando cada nuevo tetrabrik, acaben con la intervención de la policía.

El salón de Manuel es un magnífico observatorio de una realidad de la que yo me alejé cuando salí de Madrid. En mi pueblo no hay barrio de putas ni caldo misericordioso. Sí hay inmigrantes, pero son honrados trabajadores, limpia gente de orden.

Quando llego a casa de mi compinche, cómplice y confidente, el que ocupa el lugar de favorito desde que Pablo me negó, me abre la puerta de su casa con el teléfono en la mano, haciendo un gesto de disculpa. Y mientras espero a que él acabe de hablar, miro por la ventana y asisto a un cambio de guardia.

Hace mucho frío, en la calle corre un aire gélido. La prostituta que hay en el callejón, frente a este portal, lleva ahí toda la mañana y no se ha comido un sacy. Tiene cara de haber sido yonqui, está en los huesos y salta sobre uno y otro pie para entrar en calor. Me pregunto qué pensará una puta callejera que ha pasado el día al fresco, qué pasará por la cabeza de quien se ofrece a los hombres por una miseria y no despierta la atención de ninguno.

Cuál será su plan B para sobrevivir.

Del portal de al lado sale una mujer de similares características, pero con el pelo teñido de rubio barato, maquillaje chillón repintado sobre maquillaje viejo, un top negro deslucido, unos ridículos pantalones pirata atigrados que le cuelgan por todas partes.

Y una tartera.

La rubia se encamina hacia la morena, le tiende la tartera, que la otra abre con curiosidad y cierra con prisa, para que no se enfríe.

Lentejas humeantes.

Hecho el relevo de tartera, proceden al relevo de cuerpos, la recién llegada comienza a frotarse los brazos con las manos para entrar en calor, y la relevada se mete en el portal.

Manuel cuelga el teléfono y reclama mi atención.

—Bueno, a ver qué es eso tan importante

inar dice:

La integración depende de todos
no sólo del que llega.
El Estado no puede permitirse
pagar el esfuerzo, no pueden ponernos más impuestos.
Pero hay gente que tiene mucho dinero
los bancos
y el Real Madrid el Chelsea el Milan
los poderosos pagan
patrocinarán las ligas interraciales en los institutos
la gente del cine tendrá que dejar de hablar
y ponerse a trabajar
habrá rodajes en los institutos
cuaquier cosa que obligue a los chavales
a trabajar en equipo.
Las grandes empresas financiarán
donde el Estado no llegue

elreflexivo dice:

¿y cómo vas a conseguir que paguen?

inar dice:

Utilizando nuestra fuerza como consumidores,
dándoles miedo.
No nos dejan otra.

elreflexivo:

¿cómo?

inar dice:

por ejemplo, ¿te has sentido alguna vez estafado
por una compañía, tipo telefónica, por ejemplo?

elreflexivo:

**Telefónica es el mejor ejemplo,
todo el mundo se queja de ella**

inar dice:

pero nadie hace nada.
Si tienes avería, por ejemplo,
te garantizan que tardarán
48 horas en solucionar el problema.

Pero pueden pasar meses.
Se gastan millones en publicidad
diciéndote: pide YA la ADSL. Pero no te dicen
que irán a ponértela cuando les venga en gana.
No importa que seas un particular
o una empresa, a Telefónica,
como a tantos otros monstruos financieros,
no le importan los perjuicios
ocasionados a sus clientes.
El EDF podría poner de acuerdo
a millones de personas en todo el mundo
para que amenazaran con no pagar
una mensualidad de sus facturas
elreflexivo dice:
me gusta la idea.
¿qué puedo hacer?
inar dice:
reenviar lo que te mandemos a tus bases de datos

Manuel

Cocinar para otros es un acto de amor. Manuel vive solo. Cuando su madre viene a verle, le deja el congelador lleno de tupperes. También yo cocino para él con cierta frecuencia, no hay nada comparable a dar de comer al hambriento. No hay nada como tener megatonnes de amor para repartir.

Un mesías necesita confianza ciega. A medida que Pablo fue perdiendo la fe en mí y en sí mismo, la relación con Manuel, que se inició por motivos profesionales, fue creciendo como una planta mimada por el jardinero. Estamos tan compenetrados que a veces nuestras ramas se entrelazan y confunden, y no sabemos dónde empieza uno y dónde acaba el otro. En los momentos de desaliento, Manuel me apuntala.

Podemos pasar horas y horas hablando, buscando, profundizando; no en vano somos documentalistas de la vida, y nuestro trabajo consiste en formular preguntas y encontrar respuestas. Nuestro trabajo y nuestro vicio. La mayoría de los mortales pueden permitirse el lujo de salir de la oficina y aparcar las preocupaciones laborales hasta las ocho de la mañana del día siguiente. Nosotros no. No somos abogados, ni albañiles, ni cajeros de supermercado, ni banqueros. Nosotros procesamos todo lo que vemos, sentimos, leemos y oímos y lo convertimos en preguntas y, a veces, también en respuestas. En nuestras reuniones flota la complicidad que habría entre dos yonquis que se ocultaran de los demás para compartir un pico.

Manuel y yo fuimos compañeros de trabajo en tiempos, pero él se fue decantando hacia el cine de animación y ahora es diseñador gráfico en películas de dibujos animados. Cuando alguno de los dos encontramos algún talento necesitado de padrinos, trabajamos juntos para conseguirle una oportunidad.

Pablo lleva tiempo alejándose de mí y yo necesito la admiración de un hombre para no romperme. Y sólo sé hacer una cosa: entregarme, abrir los brazos y decir aquí estoy. Me desnudo y expongo mis miserias para convertirlas en información, en poder, en armas que me permitan dar el siguiente paso en mi vida.

Manuel es un hombre de aspecto viril, su pecho y sus brazos peludos me provocan seguridad, él es mi mano derecha, mi hombre de confianza, su inteligencia obliga a la mía a estar en guardia, su criterio es muy importante para mí, su atractivo nos conviene, sus ideas complementan las mías y viceversa, me hace pensar, me hace reír, tiene un personal sentido del humor que le permite no tomarse demasiado en serio. Él debería ser el pastor de mis ovejas cuando yo falte. Pero ya veremos.

Si he acudido a Manuel es porque se detendrá a pensar dos segundos antes de reírse abiertamente de mí, como habría hecho Pablo si le hubiera hecho partícipe de mis temores.

Hemos pasado la tarde oyendo música, fumando, rematando algunos aspectos de la novela, diseccionando la situación. Manuel se ha ofrecido a acompañarme hasta el aparcamiento, como siempre, y le he agradecido el gesto. Abajo está teniendo lugar una pelea entre borrachos españoles, que promete llegar a ser campal. Cuando salimos del portal, la policía está llegando. Los vecinos, cansados de broncas, les llaman en cuanto comienzan a alzar la voz, no esperan a que suenen los primeros golpes.

—Bueno, cuando vuelva, se habrá acabado la fiesta —comenta Manuel divertido.

Hace frío y en la calle sólo están quienes no tienen más remedio. En la plaza desabrida nos cruzamos con un par de grupos de africanos de miradas que dan miedo, porque igualmente pueden ser de odio que de inanición, y me alegro de no estar sola. No porque tenga nada contra ellos, sino porque a ellos les sobran los motivos para tener algo contra mí.

La escuela de la vida

Simón, el pescador de almas, llegó a mi vida con su red cuando yo acababa de cumplir dieciocho años.

Después de un año de pellas y porros en la plaza de Chueca, yo no había sacado suficiente nota en selectividad para estudiar la carrera que quería: publicidad. Y no tenía ganas de perder el tiempo estudiando algo que no me apetecía. Decidí ponerme a trabajar por el día, estudiar fotografía en una academia a última hora de la tarde y seguir cultivándome por mi cuenta.

Un conocido de mi padre me consiguió un trabajo de último mono en la productora de Simón.

El pescador de almas había estado casado cinco veces, tenía un hijo, y por su cuarenta cumpleaños se había regalado a sí mismo una vasectomía.

Andaba liado con varias mujeres mayores que yo que, cada una a su manera, trataban de lazarle. Supongo que les parecía un buen partido, un miope que *manejaba*. Era muy feo, pero tenía un cuerpo atlético que olía de maravilla y una inteligencia insultante: manejaba su verbo con la contundencia de un arma.

Simón dirigía una pequeña productora de documentales que comenzaba a hacer sus pinitos en el mundo del cine, y una editorial que publicaba revistas y libros de economía y política. Yo era el último mono de la empresa, una niña rebelde que había dejado el instituto porque la vida era demasiado divertida como para pasarla encerrada en un aula, y creía que el trabajo me proporcionaría un dinero que compraría mi libertad.

Trabajar en La Casa supuso para mí una auténtica revelación, mi primer contacto con el mundo real. Allí había un ambiente relajado que yo no había conocido antes. Yo provenía de una familia de padre, madre, hermanos y demás parientes; de un mundo en el que los co-

legios eran de monjas, el matrimonio para toda la vida y el sexo una cuestión de ámbito privado.

Pero en La Casa la mayoría estaban separados —al menos una vez— y se hablaba del amor y del sexo con una naturalidad aplastante. Al principio no podía evitar turbarme, preguntarme qué dirían mis padres si oyeran lo mismo que yo.

Cuando llegaba a casa cogía lo que acababa de aprender y lo ponía sobre la mesa, paralelo a lo que me habían enseñado.

Algo no coincidía.

Cosas sobre el sexo que nos enseñaron a los niños de la generación de los 60:

Que si te masturbas mucho te quedas ciego.

Que si follas sin estar casado vas al infierno.

Que los hombres follan con unas pero se casan con otras.

Que una mujer que se acuesta con muchos es una puta.

Que un hombre que se acuesta con muchas es un conquistador.

Que una mujer ha de reservarse para el padre de sus hijos.

Que los hombres siempre están pensando en lo mismo.

De toda esta lista, la única teoría que puede demostrarse científicamente, es la última.

A las adolescentes de mi generación, las madres, mujeres de un solo hombre, nos enseñaron que había que mantener a los chicos a distancia para que te respetaran y, aunque casi ninguna pensábamos esperar al matrimonio para probar el sexo, sí parecía haber una extraña consigna secreta: aguardar a que llegara el hombre adecuado. Las madres nos provocaban un cierto temor a dejar de ser respetadas por los hombres, cuando en realidad eran las propias mujeres las que perdían el respeto por aquellas que cometían un *desliz*. ¿Cuántas embarazadas solteras salieron de los pueblos de España en los años sesenta en busca del anonimato? Entonces la pérdida del virgo antes de la boda se convertía en un drama que manchaba la honra de toda la familia.

Antes de trabajar en la productora, yo ya había empezado a sospechar que no estaba capacitada para vivir conforme a la educación que las chicas de mi edad habíamos recibido. A mí me parecía aberrante

que mis amigas se hicieran las encontradizas para luego hacerse las estrechas, o impusieran el amor como condición para franquear el paso al sexo. Lo respetaba, si eso era lo que ellas sentían.

Pero no era lo que a mí me recorría: aquellas infinitas partículas efervescentes, que llevaban su chisporroteo como una fiesta por todo mi cuerpo, mis pezones, que se rizaban al mínimo roce con una piel masculina, mis labios, que se hinchaban si la persona adecuada me susurraba algo al oído.

A veces tenía miedo de desmayarme de deseo

Pero todas mis amigas, incluidas las más desinhibidas, se protegían de la sexualidad con diversos tipos de blindajes: aspecto intelectual, simpatía fraternal, frialdad distante... Había que mantener a los hombres a raya.

Ellas sabían parar los pies a los chicos, pero a mí me costaba un esfuerzo sobrehumano convertir mis sonrisas anhelantes en indiferencia. Lo único que quería era besar y ser besada, tocar y ser tocada, reconocerse en el cuerpo del otro, pero tenía miedo de las consecuencias que de ello se derivarían. Yo no quería ser diferente a mis amigas, no quería convertirme en *la fácil*, aquella a la que las otras aislarían como a un virus, de modo que me sacrificaba y no accedía a los torpes manoseos de los chicos. Y aun así, fui la primera de todas ellas, no sólo en acostarme con un hombre, sino también en probar con un segundo.

También las drogas despertaban mi atención sobremanera. Eran los primeros años de la movida madrileña, y las había por todas partes. Pero yo aprendía observando a los demás, salía mucho con una pandilla de hombres bastantes mayores que yo que habían empezado a drogarse mucho antes. Algunos se estaban convirtiendo en desechos humanos, otros lo controlaban. Y fue de estos últimos de quienes aprendí a nadar y guardar la ropa. En 1983 decidí dejar colgados mis estudios y ponerme a trabajar, con la intención de ganar dinero y marcharme de casa para ser libre y poder fumarme un porro en mi habitación antes de dormir.

Mis amigos eran más divertidos que mis antiguas compañeras de instituto. Además, todas las mujeres que se relacionaban con ellos tenían un pasado turbio y la mirada vidriosa. El contraste entre ellas

y yo era tan grande, que ellos me trataban como si fuera la primera flor que brota de la nieve, y andaban con miedo de pisarme. Fuera de ese círculo, yo no hablaba de sexo con nadie que realmente supiera de qué hablaba.

el potencial dice:

q estoy enamorado de una persona a la que hace un año que no veo y tengo q seguir luchando contra mis impulsos es un discurso muy cristiano lo se pero no puedo abandonar esa especie de fe que tengo en ese amor quizás te chocha lo q digo pero es lo q siento y pienso como lo ves?

inar dice:

importa mucho como lo vea yo?

el potencial dice:

ya se q no eres muy amiga de este tipo de discurso si la verdad tienes razon en esa pregunta

inar dice:

joder al prójimo como a ti mismo cojonudo, me encanta (...)

inar dice:

entonces ¿qué te pasó conmigo el otro día? no hablamos de sexo no te enseñé las tetas no te frotaste contra mí no fue lo fácil

el potencial dice:

contigo senti deseo sin saber pq no fue lo facil esta claro



Depredadores

El sueldo con el que entré en la productora era una miseria, pero me sentía recompensada por lo mucho que estaba aprendiendo. Las oficinas estaban a veinte kilómetros de Madrid, y nos organizábamos para ir y venir en varios coches. A mí me gustaba ir en el de Simón. Tenía una conversación amena y trasgresora, hablaba de cosas que los adultos que yo conocía nunca tratarían en presencia de jovencitas. Sus comentarios sobre política y sexo iban sedimentando dentro de mí, me mostraban unos horizontes lejanos que hasta entonces yo sólo había podido intuir.

Como yo era la última en llegar a la empresa y la más joven, me correspondía ir en el asiento de atrás. A veces me abstraía de la cháchara de mis compañeros y pegaba el perfil de mi cara a la ventanilla, para mirarme en el espejo retrovisor. Nuestras miradas se encontraban en él.

Él buscaba mis ojos, me sonreía cuando quienes nos acompañaban en el coche eran los mozos de almacén o los técnicos, que al final de la jornada sudaban rancio. Para sobrevivir a aquel olor de tigres encerrados, velaba mis pituitarias a todo lo que no fuera el olor de Simón, dulce y cremoso, y le devolvía una mirada agradecida en el espejo. A cambio, él me hacía reír.

Si a mí se me ha dado el don de ver la muerte en las caras, a él le fue concedido un aroma indefinible que hacía cerrar los ojos como el de la tierra mojada, atraía como el de un libro nuevo y reconfortaba como el olor a pan. En ocasiones, yo abría una carpeta que había pasado antes por sus manos y el effluvio de Simón se me colgaba del cuello, obligándome a hundir la nariz en el papel.

Mantenia una excelente relación con sus exmujeres, con las que se iba de vez en cuando a la cama, y eso despertaba mi curiosidad. Nunca había visto algo semejante. Se había acostado con casi todas





las menores de cuarenta años que trabajaban o colaboraban con la empresa, y ellas me lo contaban, no sin antes hacerme jurar que no se lo diría a las demás, aunque todas lo sabían.

Tanto unas como otras debían creer que yo era demasiado niña, demasiado inocente e inexperta como para poder sacar provecho de lo que me contaban, y, a poco interés que yo mostrara, me relataban las hazañas del Gran Conquistador: poetisas, actrices, pintoras, guionistas, modelos, maquilladoras, doctoras, académicas, ministras y hasta alguna princesa, habían pasado por sus brazos. Me lo pintaban como si hubiera algún extraño privilegio en acostarse con él.

Aquellas que nunca habían sido objeto de sus requiebros, ponían el acento en la resistencia de las amantes a dejarle marchar. Cuando hablaban de ello, se cerraban la chaqueta con una mano por instinto, como si temieran que él estuviera al acecho.

Ellas hablaban y hablaban, convertían en un héroe al hombre que buscaba mi mirada en el retrovisor.

Yo no decía nada.

No sé por qué se fijó en mí.

Supongo que mi edad era dato suficiente para que su instinto cazador se despertara. Yo era un conejito blanco frente al perro de presa, aunque sabía que él sólo quería jugar. La primera vez que encontré su mirada en el retrovisor, me sobresalté. Y olió mi miedo. Pero no temía que saltara sobre mí y me devorara. Me preocupaba que siguiera olfateando a mi alrededor y comprendiera que mi suave piel no era la de un conejito, sino la de una cachorrita de su misma especie.

Nuestros encuentros en el espejo le franquearon el camino. Comenzó a hablar conmigo, a interesarse por mis asuntos personales, por mis sueños. En el pequeño universo del que yo venía, mis aspiraciones solían resultar motivo de chanza, «la delirios» me llamaban en mi casa. Mis padres habían tenido una infancia de posguerra y estaban teniendo una madurez burguesa, lograda a base de ideas geniales y trabajo duro, mi padre había empezado a trabajar muy joven como representante de una marca de dulces, y había acabado teniendo su propia fábrica de caramelos. Mis aspiraciones escapaban a su conocimiento de lo terrenal. La madre de mi madre había hecho decenas de kilómetros en medio de la nieve para vender pescado podrido y dar de



comer a sus hijos. Había luchado por sacar a su familia de la miseria. Su hija y su marido, mis padres, no podían tomarme en serio.

—Siempre se te ve contenta ¿Te gusta tu trabajo? —me dijo Simón un día que tuve que llevarle unos papeles a su despacho.

—Es perfecto para mí.

—Ah, sí ¿por qué? —sonrió divertido. Yo le hacía siempre muchísima gracia.

—Porque aprendo mucho.

—¿Te está siendo útil lo que aprendes?

—Sí, porque tengo que llevar un mensaje a un montón de gente.

Él enarcó las cejas, cogió el paquete de Marlboro y me ofreció un cigarro, que acepté. Él encendió otro.

—¿Qué mensaje?

—Todavía no lo sé —contesté encogiéndome de hombros— De momento, escribo y escribo y hago millones de fotos. Quiero ser escritora y directora de cine.

No sé de dónde saqué valor para hablar tan descaradamente de mis más secretos planes, pero lo hice muy segura de mí misma y aguardé su reacción. Simón no se echó a reír, no hizo ningún comentario jocoso, asintió con la cabeza.

—¿Tienes conocimientos de fotografía?

—Voy por las noches a una academia.

—Tendrás que dejarme ver tus fotos.

Quizá él no lo supiera, pero que no hiciera chiste de mis palabras me impresionó sobremanera. Salí de su despacho diciéndome que no estaba loca, que mis delirios de grandeza no eran tales.

Cuando aquel día regresé a casa y me senté a cenar con mis padres, sentí un vértigo temblón al comprender que ellos no sabían de qué hablábamos cuando hablábamos de mi futuro.

inar dice:

el tuyo no es el único ejército, cariño

SEBAS dice:

ok no eres española

inar dice:

gata, de Madrid

SEBAS dice:

***yo tb soy madrileño
se de una comandante inar de solange
escritora y soldado??***

inar dice:

la palabra es la más letal
de todas las armas
deberías saberlo

SEBAS dice:

Cierto

inar dice:

eres militar
teoría de juegos y demás

SEBAS dice:

informacion y desinformacion no?

inar dice:

yessssssssssssssss matrix

SEBAS dice:

***ahora m apetece mas aun conocerte
seras una mujer interesante alla x donde la mire***

inar dice:

dime en qué consiste tu trabajo

SEBAS dice:

deteccion y no puedo decir mas

inar dice:

detección de qué?
de mujeres peligrosas,
por ejemplo?

SEBAS dice:

tb jejeje

inar dice:

ojito conmigo

firμες, please

SEBAS dice:

me paso la vida firmes

en el amplio sentido de la palabra

inar dice

trepado todo el rato?

SEBAS dice:

como buen militar y buen marino

Arrepiéntete

Llegó un día en el que hubo demasiados coches para regresar, mis compañeros se fueron con un guionista que les dejaba más cerca de su casa, y Simón y yo nos quedamos solos. Por primera vez ocupé el asiento del copiloto.

Me preguntó por mi vida amorosa con inequívoca galantería. A mí me turbaba hablar de esos asuntos con alguien que podría ser mi padre, de modo que opté por ovillarme contra la puerta y perder la vista en el atasco de la Nacional II. Su mirada juguetona me excitaba, pero su sonrisa de hombre que sabía lo que hacía me ponía en guardia. Algo dentro de mí olía el peligro y me ponía alerta. Y, pensando que una pazguata como yo no le interesaría, le informé de que mi currículum amoroso era breve y traumático. Sobraban los dedos de una mano para contar las veces que había echado un polvo. Sin embargo, aunque traté de dibujarme poco menos que como una analfabeta sexual, como una desengañada que había decidido retirarse a la vida sin ruido de un monasterio, él me miró con sonrisa de pedrador:

—¿Te apetece que retoce un rato?

En el universo del que yo venía, los señores de su edad eran honrados padres de familia, probos empleados o insignes empresarios, que entregaban todo el dinero en casa y no hacían proposiciones indecentes a párvulas de la vida. Me habían educado para que desconfiara de hombres como él, que venía a ser la versión adulta del desconocido que te invita a caramelos. Todas las mujeres que yo conocía se habrían asustado, algunas quizá incluso habrían hecho una mueca de asco. Los hombres le habrían desafiado. Ellos y ellas me habrían cogido por los hombros y me habrían alejado de él, me habrían puesto a salvo.

Una voz ancestral, austera, de generaciones de mujeres que lucharon por conservar lo poco que tenían, de mujeres que nunca

podieron aspirar a más, me decía que debía odiarle y sellar los oídos a sus malas ideas.

Que él era veintitrés años mayor que yo.

Que además era mi jefe.

Que estaba mal que él me propusiera esas cosas.

Que estaba mal que yo siguiera allí con las bragas mojadas y la cabeza caliente, pensando en lo que me acababa de decir.

La voz ancestral, el instinto de conservación de la especie y el amor de mis padres, me cerraron las piernas.

—No.

—Bueno, otro día será —sonrió él sin inmutarse.

Retozar.

¿No era eso lo que hacían los animales?

Lo había dicho bien claro *¿te apetece que retocemos un rato?*, con el mismo tono que me habría preguntado si me apetecía una cerveza. Se trataba de retozar, de echar un polvo, nada más. Y nada menos. Para una casi virgen como yo, un polvo no era cuestión baladí. El sexo era para él un asunto intrascendente: después de mi negativa, seguía charlando sobre su último proyecto profesional con toda tranquilidad. Mientras, yo no dejaba de sentirme puta y más puta de coño mojado y remordimiento de conciencia.

Su proposición me había excitado por sorpresa como a una perra. Aunque yo no quisiera, aunque estuviera mal. *Lujuria*, recuerdo que esa palabra me martillaba el cerebro. Estaba muy cachonda y me avergonzaba de ello.

Qué diría mi familia si pudiera verme allí, húmeda y acorralada por los remordimientos. Qué dirían los amigos de mi padre, que se emborrachaban en grupo para fantasear con lo felices que serían si fueran libres. Qué dirían las amigas de mi madre, que hacían apartes en la cocina para lamentarse de sus hijos y sus maridos. Qué diría mi abuela, que observaba, cerraba la boca y me analizaba como si yo fuera algo inasible.

Qué dirían mis antiguas compañeras de colegio de monjas, qué dirían mis amigas, las borrachas del instituto, qué dirían mis cómplices de porros. Qué diría toda la gente que yo conocía, que se bautizaba, hacía la comunión, se casaba por la Iglesia y algún día recibiría cristiana sepultura.

Y yo quería hacer lo que aquellos que se habrían llevado las manos a la cabeza esperaban de mí. Pero entonces no sabía que Simón podía oler todos los mensajes que mi cuerpo le estaba enviando muy a mi pesar.

el potencial dice:
que quieres de mi
?

inar dice:
yo no quería nada
fuiste tú el que me dijiste
que estabas harto de estar muerto

el potencial dice:
si pero bueno al final
siempre vuelvo a mi estado
de muerto viviente

inar dice:
por eso, que sé lo que me espera
derrochar energía, ingenio, seducción
para que un día me borres
y te sientas muy orgulloso de ti mismo
por haber resistido

el potencial dice:
no es eso jo

inar dice:
sí, sí es eso
la fe necesita vencer tentaciones
y yo soy un gran desafío

el potencial dice:
bueno como quieras llamarlo

inar dice:
por eso estás aquí otra vez

el potencial dice:
pues si

inar dice:
para probarte

el potencial dice:
lo eres jajaja
no sabes nada tu eh

inar dice:
latín

el potencial dice:

como se nota que conoces la dramaturgia

inar dice:

y a los hombres

el potencial dice:

ya me has encasillado como un personaje

inar dice:

verás hay muy pocos modelos de hombres y tú, casualmente,
es el que me vuelve loquita

el potencial dice:

*bueno eso lo dices para q me sienta alagado y
vuelva a ser tentado*

inar dice:

¿por qué querría halagarte? ¿con qué finalidad?

el potencial dice:

*es cierto halagar ups
no des la vuelta a la tortilla*

inar dice:

trabajaría tu vanidad para conseguir qué?

el potencial dice:

*no se sabe
no puedo saber lo q tu quieres*

inar dice:

sé lo que no quiero, y no quiero nada con curillas

Caer en la tentación

Con aquel maldito verbo, *retozar*, plantó la semilla de la curiosidad en mí. Quizá él no pensara en el asunto más que cuando se cruzaba conmigo, pero yo dedicaba muchas horas a fantasear. Me levantaba cada mañana preguntándome qué momento del día aprovecharía para proponérmelo de nuevo, anticipándome al deseo que me provocaría. Buscaba su mirada en el retrovisor mientras mis compañeros hablaban, segura de que tarde o temprano se cruzaría con la mía.

La naturalidad con la que abordaba la posibilidad de que *retozáramos*, provocaba que yo me hiciera muchas preguntas. Simón parecía saberlo todo sobre la vida y el amor, y de hecho, era el hombre más amado que yo había conocido. Él, que se saltaba las convenciones sociales, era un triunfador. Vivía en un piso de lujo, tenía un buen coche, se permitía cenar en restaurantes caros, se acostaba con mujeres hermosas, se relacionaba con la inteligencia del país, amaba su trabajo y, sobre todo, parecía muy feliz consigo mismo. Era alguien de quien aprender.

Pocos días después volvimos a coincidir solos en el coche.

—¡Hombre! ¿Me toca otra vez con la niña? —sonrió antes de abrir las puertas.

Yo suplicaba en silencio que porfavorporfavor no me dijera nada, que porfavorporfavor, no se quedara callado. No tardó ni dos kilómetros en volver a la carga.

—¿Te apetece hoy que retocemos?

—No.

—¿No te gusta esto? —puso una mano sobre mi muslo y fue ascendiendo por él como una araña sinuosa y experta, sin duda le llegaba el calor de infierno que salía de entre mis piernas.

—No es que no me guste... —contesté yo apartando su mano antes de que llegara a terreno sagrado.

—¿Entonces?

—Es que no puedo.

—¿Por qué?

—Porque no.

Yo todavía confiaba en que él se comportaría como un adulto respetuoso de las convenciones sociales, esperaba que no me dejara hacer estupideces, ni dar más disgustos a mis padres.

—¿Te apetece que te haga una proposición deshonesta?

—Que nooo, pesado.

Mis noes debían sonarle a *qué más quisiera yo*.

Si alguien llegaba a enterarse, podía ser una hecatombe para mí. Pensé en la reacción mis padres, mis familiares, mis amigas... Nadie entendería que me acostara con un viejo que además de ser mi jefe, era feo.

Abrazaba la esperanza de que acabaría cansándose de negativas, pero continuó inasequible al desaliento. Y me tentaba el desafío. Mis ojos de hombre querían recoger el guante, mi cuerpo de mujer entraba en ebullición en cuanto intuía su presencia, mi educación me condenaba al martirio del deseo insatisfecho. Me excitaban sus proposiciones como a una buena samaritana la llamada de un hambriento. Sabía que no podría negarle mi carne muchas veces más.

Él no desaprovechó ocasión de insistir. Comprendí que tarde o temprano acabaría cediendo, que no podría seguir sujetando yo sola aquel muro de virtud. Aquel día estaba al límite de mi resistencia y me dolía la espalda de tratar de engañar al cuerpo.

—¿Aceptarías una proposición deshonesta?

Deseaba besar esa sonrisa de zorro, pero suspiré y pegué la cara al paisaje que me ofrecía la ventanilla. Sentí su mano sobre mi muslo. Y me pregunté por qué no acabar de una vez, para qué demorarlo más, si los dos lo estábamos deseando.

—¿No me dices nada?—preguntó esperanzado por mi silencio.

Además, siempre había la posibilidad de que, una vez conseguido el objetivo, se olvidara de mí y yo pudiera dejar de pensar en él obsesivamente. No podía soportarlo más. A la mierda todo lo que me habían enseñado, a la mierda el puto muro.

Di orden de que sonaran las trompetas.

—Quien calla otorga —contesté poniendo mi mano sobre su
bragueta.
La espalda dejó de dolerme en el acto.

Verdades absolutas

Los hombres siempre están pensando en lo mismo, se quejan las mujeres de la antigua evolución.

Trata de enseñarles que eso no nos perjudica en absoluto, cuéntales que si sabes lo que desea un hombre, tu vida y la suya será mucho más agradable, que el sexo sirve para conseguir cosas. Que los hombres tienen que follar con cierta frecuencia. Un hombre necesita descargar su preciosa lechecita con regularidad, un hombre que no la mete porque no puede es un hombre inseguro; un hombre inseguro es una bomba de relojería.

Puede refugiarse en el alcohol, encontrar a dios, dejar el alcohol, presentarse a las elecciones de Estados Unidos, ganarlas y hacerle la guerra al mundo. O atarse un cinturón de explosivos a la cintura y volar por los aires con congéneres de todas las razas.

Que el sexo sirve para conseguir cosas materiales, es público y notorio. Pero el sexo ayuda a conseguir cosas que no se compran con dinero.

La felicidad, por ejemplo.

O al menos, la autoestima suficiente para sobrevivir.

Un hombre que ha de salir al mundo a batirse el cobre cada mañana, un hombre que ruge cuando están en peligro sus cachorros, un hombre que tiene que demostrar algo; que quizá tenga un jefe cabrón, un cochecito medio y un sueldo para ir tirando. O tal vez no, tal vez sea un rico magnate que salga un rato cada mañana a gestionar sus inmensas inversiones. O un poeta que se haya empeñado en vivir de la poesía. Ese hombre rico, pobre, guapo o feo, se siente un ganador cada vez que se mira en el espejo después de un buen polvo.

Y en la autopista, en el atasco, encontraremos a ese hombre, que para no aburrirse, se recrea en el revolcón —siempre están pensando en lo mismo—. Y llegará al trabajo deseando ganar dinero para tener

a su hembra contenta y puta. O en la capital estará ese multimillonario al que le llegará el olor de tus partes cuando se detenga frente al escaparate de una joyería. O el poeta. Del que sólo se puede esperar un segundo buen polvo, porque de los poetas ya se sabe que no hay que esperar nada más.

El buen sexo da seguridad y estabilidad a una pareja. El hombre necesita sentirse seguro, ser un macho es muy difícil: no pueden procrear, tienen que estar demostrando continuamente que son muy fuertes, dejar huella de su existencia les resulta más difícil... Si él está seguro de sí mismo a lo mejor apoya a su mujer para que se presente a las elecciones de Estados Unidos, ella las gana y cambia el mundo.

Ellos han solucionado siempre sus conflictos con armas.

Las mujeres de la nueva evolución han nacido equipadas con un arma fuera de serie e instrucciones de manejo. Esta arma es mucho más barata que todas las anteriormente conocidas, salva más vidas y mata menos.

ingenieroespacial dice:

Ya sé dónde está tu truco

inar dice:

¿dónde?

ingenieroespacial dice:

Sabes lo que necesitan los hombres
porque piensas como ellos.

Había otro mundo ahí fuera

La vida no era tan sencilla como me la habían pintado: estudias una carrera o buscas un trabajo, te casas y tienes hijos.

El pequeño y perfecto universo que mis padres habían construido alrededor de sus hijos ya no era suficiente. Ni mis amigas estudiantes, que no sabían lo que era levantarse a las seis de la mañana, cumplir una agotadora jornada, quizá un rodaje de doce horas, acostarte con el jefe al acabar el laburo y salir pitando al centro de Madrid para asistir a clases de fotografía hasta bien entrada la noche. Ellas no sabían lo que era abrirse de piernas, sentir a un hombre dentro de ti que sólo quiere eso de ti. No conocían las reglas elementales.

El mundo al que me asomaba con Simón era mucho más grande. En su casa podía leer sin que nadie me molestara, ver las películas en vídeo a mis anchas, rebobinarlas, ponerlas escena por escena, atender a las explicaciones que él me iba dando, coger libros, subrayarlos, hacer preguntas.

En su casa yo podía ser yo.

Cuando estábamos juntos, el tiempo tomaba una dimensión que hasta entonces había sido desconocida para mí. Lo clandestino de nuestra relación y el más que probable final abrupto que podía perverse, hacían que cada minuto tuviera tal intensidad que pareciera un mes. Él hablaba y yo aprendía arrobada, yo hablaba y él se partía de risa.

Nos acostábamos juntos a diario, siempre encontrábamos un momento para reunirnos en su casa y echar un polvo. En las épocas en las que no había mucho trabajo y salíamos a las tres, yo pasaba casi todas las tardes con él en su casa. Era lo bueno de los rodajes: no había horario y mi familia no tenía manera de controlar dónde y con quién estaba.



Yo era el juguete de Simón y a mí me divertía serlo. El amor nunca medió entre nosotros. Quizá porque yo ponía en práctica con otros lo que aprendía con él, quizá porque nunca dimos ninguna importancia a nuestra relación, o porque nunca esperamos ni exigimos que el otro nos fuera fiel.

Yo me sabía instrumento en sus manos, guitarra que se deja templar por dedos expertos.

Él me utilizaba a mí y yo le utilizaba a él; como dos vampiros que intercambiaran sangre por placer. Yo le hacía sentirse vivo, él me enseñaba a utilizar mis armas.


A mí me habían educado para ser una chica decente, pero mi cuerpo y mis circunstancias decían que mi camino era otro. Mi familia esperaba un comportamiento semejante al de las demás chicas de mi edad: una carrera, alegres fines de semana y novio formal. Pero yo no podía evitar perder la vista en horizontes más lejanos. Mis delirios de grandeza chocaban sistemáticamente con la visión práctica del mundo de mi madre, con el ensimismamiento de mi padre, que vivía como si no fuera con él, con mi círculo social.

Simón desnudaba la realidad para mí, me hacía partícipe de las conclusiones a las que le llevaba la experiencia de una vida mucho más grande que la de las personas que me rodeaban. En su día a día había escritores, directores de cine, fotógrafos, pintores, políticos..., gente tan alejada del mundo que yo estaba acostumbrada a frecuentar, como cercana a la vida que yo soñaba para mí. En su ambiente, el talento y la ambición no se castigaban.

Yo llevaba una triple vida en paralelo: en casa se creían que había dejado de fumar porros y me había alejado de los hombres peligrosos, allí era la buena hija que había vuelto al redil, que se levantaba antes del amanecer, trabajaba y regresaba en la noche, después de las clases. La hija que estaba expiando los errores pasados machacándose, labrándose un futuro serio.

Para mis amigas del instituto, con las que quedaba los fines de semana para ir a pillar hachís —ellas no se atrevían solas—, era una chalada que se subía al coche del camello, se enrollaba con quien se le antojaba y, además, era la amante de un hombre mayor. Para ellas era un personaje de novela.





Para Simón era un bonito cuerpo que follar con entusiasmo, el coñito que su polla redentora había salvado de la mediocridad. El papel en blanco en el que podría dejar su huella.

Aquella fue una de las épocas más instructivas de mi vida. No sólo aprendí sobre el sexo y los hombres lo que muchas de mis amigas todavía hoy no saben. También aprendí a acomodarme el traje de la ambición, esa loca que va de mano con la voz: *haz algo*.

SEBAS dice:

*la experiencia con mujeres en nuestro ejercito
no ha sido muy buena*

inar dice:

en el vuestro no,
desde luego en el mío es un éxito hombres y mujeres juntos

SEBAS dice:

aquí prefieren oficinas tirarse a los jefes y poco currar

inar dice:

aquí se pueden tirar a quien quieran
eso no cambiará las cosas
porque cada uno aporta lo que sabe

SEBAS dice:

*ya pero en combate no me vale alguien
q no me puede cubrir la espalda*

inar dice:

por supuesto

SEBAS dice:

*y aquí te pasas la vida
llevando su cargo xq no pueden con el macuto,
ni el fusil ni con un mortero ni na de na
y parece q la regla sea una epidemia q impide hasta andar*

inar dice:

es absurdo que estemos ahí
para eso estáis los hombres

SEBAS dice:

*salvo 4 excepciones
q sienten el ejercito
como tu y como yo*

inar dice:

nosotras somos estrategas la guerra,
la vida es ajedrez peones, alfiles, reyes
las mujeres no pueden ser peones

SEBAS dice:

*si, no lo dudo pero hay q valer para todo
o para casi todo*

inar dice:

sólo falta valor nada más
verás yo no puedo con un mortero
pero puedo hacer que cien mil hombres
disparen los suyos
mi misión no es ir a la guerra
sino arengar a la tropa

SEBAS dice:

***si, pero tb teneis a mujeres q reciben esas arengas
no??***

inar dice:

claro nuestra arma es la palabra
cualquiera
puede cogerla
y disparar

SEBAS dice:

y ellas no pueden en el campo igual q un hombre?

inar dice:

al campo van los peones, los que han de morir
deberías saberlo

SEBAS dice:

***pero en mi ejercito
tb hay peones mujeres.....
y deberian valer de peones
como el resto, no?***

inar dice:

NO tus peones hombres
no tienen ni la mitad de poder que ellas
no pueden ser madres
ellas sí

SEBAS dice:

hablamos de otro combate

inar dice:

no

SEBAS dice:

o yo al menos

inar dice:

hablamos del mismo
cuando yo he intentado irme a la guerra
todos se han puesto en contra:
marido hijos, hermanos, madre
eso me ha hecho pensar mucho
las mujeres no tenemos
quien nos escriba al frente

SEBAS dice:

los hijos tampoco?

inar dice:

los hijos los que menos
ningún hijo quiere que su madre se signifique así
aunque me hablen a todas horas del ak 47

La traición a los ancestros

Yo no podía salir de casa sin dar un beso a mi padre.

Si alguno de sus hijos nos olvidábamos de hacerlo, nos lo echaría en cara al día siguiente. Costumbres de infancia de guerra: nunca sabes dónde caerá la bomba.

El beso de despedida solía ser un ritual despistado, pero en ocasiones me llegaba cargado de amor paternal, un beso de padre que despide a la niña buena que ha quedado con su amiga para ir al cine. Y la niña buena, que había quedado con un hombre mayor que su madre para follar y beber whisky, llegaba a Simón con el beso paterno grabado a fuego.

Le hablaba de remordimientos de conciencia.

Y él se reía de mí.

—Nadie va enterarse.

—Lo sé yo, y eso es suficiente.

—¿Tú te arrepientes de estar aquí, conmigo?

—No.

—Entonces ¿por qué Pepito Grillo no te deja tranquila?

—Porque no me han educado para esto, porque ninguna de mis amigas hace lo mismo que yo.

—¿Y no será porque eres diferente a las demás? El grupo es necesario en la adolescencia, tú estás un paso por delante, ya eres una adulta.

—Pero yo no quiero ser diferente...

—¿Por qué no? ¿No te gusta esto? —dijo besándome donde se unen cuello y hombro.

Estábamos en su cama, fumando el cigarrito de después.

—Sí, pero a ellas les parece casi un delito.

—Por eso ellas permanecen en la ignorancia y tú te estás convirtiendo en un pozo de sabiduría. Mientras ellas sufren por los chicos

de su edad, tú haces con ellos lo que quieres. Estás aprendiendo muy rápido.

—Pero ¿qué es lo que estoy aprendiendo? Las chicas de mi edad me miran como a un monstruo, y los chicos como si fuera una superdotada. Cuando me enrollo con alguno y me despido sin pedirles el teléfono, alucinan, cuando se dan cuenta de que sólo he querido pasar un buen rato, se vuelven locos por mí. Dicen que el amor no tiene edad, pero esto ni siquiera es amor —me mortificaba yo por el placer de escuchar su respuesta.

—El amor, el amor...¿Tenemos tú y yo la culpa de no habernos enamorado?

—Supongo que no.

—Y sin embargo nuestros cuerpos se desean y los dos somos libres. Por eso los chicos quieren volver a verte: porque se enamoran de tu libertad. Porque eres una fantasía hecha realidad. Tú y yo sólo estamos retozando —abría las manos como si me estuviera ofreciendo la solución a todos mis problemas—. Y tú estás aprendiendo muchísimo.

—Dile eso a mi padre.

—No, a tu padre no le gustaría —admitía con una mueca burlesca— Cuando uno accede a una información que los demás no tienen, es normal pensar que uno se equivoca. Pero ¿te dice tu cuerpo que te estás equivocando?

—No.

—¿Eres feliz?

—Mucho.

—Entonces ¿por qué ese sentimiento de culpa? ¿A quién estamos haciendo daño?

—A mis padres...

—¿A tus padres? ¿Qué daño puede hacerles que tú seas feliz? Sólo la ignorancia.

No me gustaba que llamara ignorantes a mis padres. Porque era lo que yo pensaba de ellos. *Si vosotros supierais.*

—Y cierto egoísmo —añadió—. Que mi hija no corra ningún riesgo para que yo esté tranquilo, que a mi hija no la toque otro hombre porque es mía, que mi hija no aprenda, que mi hija no tenga lo mejor, que mi hija no aspire a nada grande. Para que yo la tenga bien sujeta.

Pero tu cuerpo y tu vida te pertenecen, lo que tú y yo hacemos sólo nos concierne a nosotros dos, los prejuicios morales de los otros no deben cortarte las alas.

—Si yo estoy de acuerdo contigo... Pero nadie lo entendería —decía yo moviendo la cabeza de un lado a otro— Ni siquiera mis amigas, que vomitan sólo de pensarlo. Les parece una aberración que esté ahora mismo aquí, en tu cama, charlando contigo en pelotas.

—¿Y tú quién crees que tiene razón?

Yo no sabía quién tenía razón, ni creía que la razón tuviera nada que ver en ello. Empezaba a comprender que la diferencia entre ellas y yo no radicaba en que yo tuviera un amante mayor, sino en que yo me sentía libre. Simón me miraba con las cejas enarcadas, esperando una respuesta.

—Lo que creo es que nadie puede juzgarme.

—Por eso sólo puedes regirte por tu propio criterio. ¿Tú crees que está mal lo que hacemos?

No.

Ya no lo creía.

Pero a veces tenía miedo de que el secreto saltara a la palestra y cantara su canción desnuda. Si llegaba ese momento, todos tratarían de que dejara de ver a Simón por todos los medios a su alcance, mis padres los primeros. Mi propio criterio podía ponerme de patitas en la calle, y con lo que Simón me pagaba no tenía ni para el alquiler.

Él solía decirme que no me preocupara, que si llegaba la ocasión, me echaría un capote. Pero yo no sabía en qué podría concretarse esa ayuda: ¿una habitación en su casa? ¿pasar de la situación de amante a compañera sentimental o hija adoptiva? ¿una subida salarial? ¿un apartamento de alquiler? Y no hacía preguntas. Porque no sabía si catorce días más tarde no estaría enrolándome en un barco de GreenPeace como pelapatatas, emigrando a Latinoamérica o fumando hachís en el moro.

inar dice:

yo estuve 13 años casada
follábamos casi todos los días

SEBAS dice:

q suerte

inar dice:

algunos días incluso dos veces o tres
lo echo de menos
ser soltero es un coñazo

SEBAS dice:

yo casi follo todas las semanas

jajaja

inar dice:

pues ser soltero es peor:
hay que salir, conocer gente o quedar para follarse
y adiós muy buenas
y encima cuando se dan cuenta de quien soy
ya no repiten
se acojonan y me escriben durante horas,
pero nada de follarse más.

SEBAS dice:

jajaja

pues nada a ver cuando qdamos

yo soy ombre de accion

inar dice:

yo sí que soy mujer de acción

SEBAS dice:

pues nada

q haces mañana x la tarde??

Jajaja

inar dice:

nada lo que tú quieras

SEBAS dice:

desde las 14 horas soy tuyo

inar dice:

¿y qué haremos?

SEBAS dice:

follar, no?

Jajaj

inar dice:

sólo?

SEBAS dice:

accion accion accion

y hablar x supuesto

y comer para coger fuerzas

inar dice:

para follar, buen plan,

lástima que estoy acabando con la regla

SEBAS dice:

la sangre no me asusta

inar dice:

me encanta eso

SEBAS dice:

estoy acostumbrado

inar dice:

no te tires el rollo

SEBAS dice:

no me lo tiro

inar dice:

seguro que he visto más sangre yo que tú

he vivido un año en La Paz

SEBAS dice:

puede ser ingresada?? o curando??

inar dice:

yo no, mi hija, yo observando, ese es mi curro

un año viendo morir niños muchos viejos

mujeres heridas de bala, meningitis, cáncer...

¿dónde has estado tú?

SEBAS dice:

buen curro lo digo de coña

inar dice:

es bueno, aprendes mucho

SEBAS dice:

*no es muy agradable si
pero..... marca*

inar dice:

te hace fuerte y sólo sobreviven los más fuertes

SEBAS dice:

no lo dudas entonces?? qdamos mañana??

inar dice:

sí ¿dónde?

SEBAS dice:

donde te viene bien

inar dice

me da igual no tengo hijos mañana
y soy libre de horarios hasta las ocho de la tarde

SEBAS dice:

soy capaz de ir hasta tu casa

inar dice:

nada de casas

SEBAS dice:

*ok no problem
hotel?*

inar dice:

sí ¿cuál?

SEBAS dice:

el q quieras tienes coche??

inar dice:

claro

SEBAS dice:

*yo mañana tengo q hacer unas cosas
di donde y alli estare*

El prójimo desconocido

Al principio nos encerrábamos en su casa —donde el portero me dedicaba unas miradas que daban miedo—, para no correr el riesgo de ser vistos en público, pero a medida que yo fui asumiendo nuestra relación con naturalidad, empezamos a salir. Íbamos a cenar a restaurantes en los que a Simón le divertía que me tomaran por su hija, me llevaba a sitios caros en los que las pocas chicas de mi edad que había, estaban acompañadas por sus padres.

En aquella época yo tenía un rotundo y pequeño cuerpo de mujer, cara de niña y ojos de loba; era imán de muchas miradas de deseo. Que se convertía en envidia cuando Simón hacía algún gesto que delatara la carnalidad de nuestras relaciones. Mientras creían la farsa del padre y la hija, los hombres me miraban a hurtadillas, pero en el momento en el que un beso en el cuello, o un mordisquito en el reverso de la mano delataban que yo no venía de su semen, me miraban sin disimulo. Como si necesitasen probar que también ellos podrían exhibirme como un trofeo si quisieran. Incluso los camareros me trataban con cierto descaro. Todos daban por hecho que yo era una mujerzuela fácil.

Me preguntaba qué sucedería si una noche llegábamos a uno de esos restaurantes y nos encontráramos con mis padres, que no eran tontos, e iban a sacar las conclusiones acertadas, les contásemos la milonga que les contásemos. Mi pobre padre. Mi pobre madre. A quien yo temía agazapada tras la puerta, aguardando el momento en el que llegara a casa para llevarme a rastras a la cocina susurrando *ven aquí, zorrón, que me vas a matar*.

Los hombres admiraban a Simón.

Le respetaban.

Le envidiaban.



Y era hermoso leer en sus miradas la historia que habían creado alrededor de nuestra casi incestuosa relación. Sus ojos me decían que ellos sabrían tratar a una golfa como yo y que, a cambio, yo les haría muy felices.

A eso se reduce mi puto deseo: a hacer felices a los demás.

Pero ni ellos ni Simón pensaban que, si se descubriera que él y yo éramos amantes, nadie reservaría el mismo trato para él que para mí. Ni mi familia, ni mis amigos, ni mi entorno estaban preparados para asumir que yo pudiera separar amor de sexo como si tuviera un scalpelo en el corazón. Me tomarían por una pobre niña engañada o una mala puta, una mujer de poco fiar en cualquier caso; tendría que pasar por un infierno familiar y social. Mientras, Simón tendría nuevas razones para sentirse más poderoso que los demás.

Y yo quería ese poder.



inar dice:

Me gusta mucho que seas diez años más joven que yo

amorcito dice:

**también a mí me pone que seas mayor que yo
puedes enseñarme**

Si te fijas,

el ser humano lo hace todo al revés

cuando eres joven te gustan las mujeres mayores

inaccesibles

cuando eres viejo las jóvenes,

que ni te miran

inar dice:

a mí no me pasa eso

cuando me gustaban los mayores iba con mayores.

Ahora me gustan los hombres como tú.

A los cuarenta os volvéis cobardes

Eres perfecto para mí

El prójimo conocido

Las compañeras de instituto,
las amigas de noches de ligue, las confidentes de la infancia. Todas me miraban con ojos asustados cuando comenzaba a confesarme a ellas. Por más que yo traté de convertir a sus ojos mi historia en una bonita aventura de libertad, ellas sólo vieron el abismo que nos separaría para siempre.

Lo que yo hacía estaba mal.
Aunque disfrutara con ello.
Aunque me hiciera feliz.
Aunque hiciera feliz a Simón.
Aunque me hiciera más sabia.
Aunque los dos fuéramos libres.

Una cosa era enrollarse con un desconocido de tu edad borracha perdida, y otra muy distinta ser amante de tu jefe, que podría ser tu padre, a plena luz del día, con las persianas levantadas. Con un tipo con cinco exmujeres y excompañeras sentimentales, que tenía otras mujeres, no me daba nada a cambio y era feo. Si Simón hubiera aparecido una tarde en un descapotable y se hubiera parecido a Robert Redford, habría habido gran despliegue de colores para sentarse a su lado. Pero, por motivos de seguridad, nunca llegaron a conocerle, aunque algunas habían visto su rostro en la prensa.

—Pero ¿te ha regalado algo? —amiga 1, suspicaz.

—No.

—Hija, la invita a comer a restaurantes caros —amiga 2, conciliadora.

—Yo por un plato de comida no me acuesto con un viejo —amiga 1 con cara de asco.

—Ni yo tampoco, no seáis idiotas.

—Entonces ¿por qué te acuestas con él? —amiga 2 en tono comprensivo.

—Porque me gusta.

—Si te gustara de verdad, le serías fiel. Y el sábado pasado te enrollaste con Roberto, te recuerdo —amiga 1, celosa, porque ella vio a Roberto primero.

—¿Y eso que tiene que ver? El sábado pasado estaba cariñosa, pasamos un buen rato, eso fue todo. Ni siquiera le di mi número de teléfono.

—Pues ya verás cuando se entere el viejo —amiga 1 deseándolo— Te pone de patitas en la calle.

—No es mi dueño y no me va a echar, porque le encanta follar conmigo y no le importa lo que haga cuando no estoy con él.

—Pero, aquí entre nosotras, ¿de verdad que no te da asco? —amiga 2, que no da crédito a lo que oye.

—Lo que me da asco son las espinillas de Juanito, maja

—Mira, mejor —amiga 1 a amiga 2, que se ha puesto roja porque está por los huesos de Juanito— Así puedes tener la seguridad de que no te lo va a levantar la Mata Hari ésta.

—No es Mata Hari, es Lolita, boba —amiga 2, más leída que amiga 1— Candelas nunca me haría eso ¿verdad Candelas?

—Bueno, mientras Juanito tenga esas espinillas, puedes estar tranquila.

—Si dejaras al viejo, estaría más tranquila todavía —amiga 2 sonriendo como una monja.

—Déjala, a nosotras nos viene bien que le gusten los viejos

—Yo todavía podría entender lo del viejo —amiga 2 erre que erre, mano de hierro en guante de seda— Pero no se puede estar con varios hombres a la vez.

—Sí se puede —yo, radiante— Esa es la gracia, que nos engañan. ¡Sí se puede!

—Desde luego —amiga 1 bostezando para dar la conversación por terminada—, el viejo ése te ha hecho un lavado de cerebro.

—No, me ha enseñado a ser libre, eso es todo.

—Ay, dios mío —amiga 2 suspirando, cansada ya del tema— Cuánta literatura tienes en la cabeza. Al menos, le habrás pedido que te publique un libro o unas fotos.

—No.

—¿No? Eso no te lo crees ni tú, maja —amiga 1 rabiosa— ¿Por qué no?

—Porque no es el momento.

—Hija, cada día hablas más raro.

Le había enseñado a Simón unos textos y unas fotografías, y él me había dicho que tenía talento. Sabía que esperaba que cualquier día pusiera morritos y le presionara para que diera un empujoncito a mi carrera, a mi misión. Pero yo no tenía ninguna intención de hacerlo. De manera inconsciente intuía que estaba al principio del camino, que lo que hoy eran hojas de palma, mañana serían coronas de espino. Que Simón era demasiado importante para desperdiciarlo tan pronto. Tenía que transmitir un mensaje, sí, pero todavía no sabía cuál era ni cómo debía hacerlo.

—¿Tú crees que vendrán estos? —amiga 1, cambiando radicalmente de tercio.

—Roberto sí.

—¿Y tú cómo lo sabes? —amiga 1 al borde de la histeria.

—Me ha llamado.

—¿No decías que no le habías dado tu número de teléfono? —amiga 1 poniéndose en jarras antes de remangarse las mangas para tirarme del pelo.

—Se lo di yo —levanta tímida y arrepentida la mano amiga 2.

Amiga 1 furiosa mirándome.

—Tú verás lo que haces.

inar dice:

estoy solita, solita
con mi buen rollo y mi verbo

SEBAS dice:

intentare sonreir a las camaras

inar dice:

mis cámaras llevan focos

SEBAS dice:

no me referia a las tuyas

inar dice:

a las tuyas? buah

llevamos años dejando pistas y nasti
los servicios secretos no funcionan nada bien
es imposible: demasiada gente
demasiada información

SEBAS dice:

no me incluyas yo soy un guerrero

La vida es la guerra

Tengo la vida que he elegido, y no puedo echarle la culpa a ningún dios.

Sé lo que desean los otros, y sé cómo hacer que crean en sí mismos. La necesidad de escribir lo que veo, de enseñar a los demás lo que sé, estaba ahí antes que Simón, y quizá por eso me sometí a la voluntad del maestro. Yo supe en todo momento cuál era la naturaleza de nuestra relación, era consciente de que estaba teniendo una educación extraordinaria, que estaba aprendiendo lo que a las demás chicas de mi edad les estaba vedado saber. Que estaba adquiriendo experiencia, profundizando en mi instrucción, entrenándome. Saldría a la guerra mucho más preparada que los demás.

Con él me atrevía a hablar lo que no tenía valor de preguntar a nadie más, Simón me enseñó a mirar a mis actos y reconocerlos como míos, a creer en mí misma, a quererme, a fabricar autoestima. Para mí era un privilegio ser su pupila. Amplió mis horizontes de manera significativa, me enseñó a cuestionarme todo lo que yo daba por válido. Me hizo ver que mis padres, mi entorno, mi mundo, no me engañaban a propósito: no se puede ambicionar lo que se ignora.

Los pocos amigos suyos que llegaron a conocerme eran escritores, directores de cine, políticos, corresponsales de guerra, gente con mundo y conversación. Mientras mis amigas se preguntaban qué se ponían para salir, yo me echaba por encima cualquier cosa —segura como estaba de que acabaría quitándomelo— y salía a crecer de la mano del hombre más sabio que conocía.

Simón me hablaba sin rodeos. Como todos quienes me conocían, veía en mí un algo de inocencia que le llevaba a abrirse conmigo. Era muy fácil, aunque entonces yo no sabía que el sistema para lograrlo era hacer lo único que estaba haciendo: decir lo que pensaba sin ambages, exponerme como el primer soldado que sale de la trinchera.

La que todo lo sabe

Aunque Simón seguía viéndose con más mujeres, me dedicaba demasiado tiempo y sus amantes habituales empezaron a sospechar. Tarde o temprano, acababan llamando o pasando por la productora y sometiendo a Rita a un interrogatorio, más o menos sutil, para tratar de obtener información sobre la mujer que tenía a Simón engatusado.

Una mañana entré en el despacho de Rita y la encontré cogiendo un bombón de una caja que era casi tan grande como la mesa.

—¿Quieres? —me dijo con la boca llena.

—¿Y esto?

—Me lo ha traído Cayetana.

—¿La fotógrafa?

—Sí. Parece que hace meses que Simón no la llama —me dijo mirándome como si diera por hecho que yo sabía de qué me estaba hablando. Pero me hice la loca.

—¿Y por eso te trae bombones a ti?

—Me soborna para que hable —dijo encogiéndose de hombros y seleccionando otro chocolate.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¿Yo? —chupándose los restos de chocolate de los dedos. Los bombones estaban un poco blandos y pensé que Cayetana debía haber ardido de ira— ¿Qué le voy a decir? Pues la verdad, querida: que debe estar liado con alguna que no tiene teléfono, porque aquí no llama nunca.

—Jo, Rita qué lista, pareces detective.

—Pero escucha, que esto es lo mejor ¿Y si no llama porque es alguien de La Casa?

—¿De La Casa? ¿Quién?

—Clara no es. También ella ha comentado que debe estar encoñado con alguna, porque ya casi nunca se queda a dormir en su casa.

Charito se fue a vivir a Lugo, Marta y él no han vuelto a tener nada desde que ella se casó, las demás están demasiado viejas o no le gustan. Sólo quedas tú.

—Ah, sí es verdad. No me había dado cuenta. Muy ricos estos bombones —sonreí burlona cogiendo uno.

—Tú sí que eres lista. Todas vienen aquí piando, pero tú te haces la tonta.

—Me parece que trabajas demasiado, Rita, y ves visiones. ¿No será que él está tan colado por ella que ella no necesite ni llamarle?

—No lo había pensado —dijo sorprendida en falta.

—Pues piensa en ello. Si está tan encoñado, quizá la llame él a todas horas ¿no?

—Me habría enterado. Siempre me pide que le haga todas las llamadas.

—¿Estás segura de que son *todas*? Él puede llamar a quien quiera desde su despacho sin que tú te enteres ¿o no? Por ejemplo, de lo de la ministra te has enterado a toro pasado.

—Sí —dijo mostrándose dubitativa un segundo y volviendo a sonreír con malicia— Pero eso fue un caso de fuerza mayor, por el cargo de ella. Tú eres muy lista. Puedes negarlo si quieres, haces bien. Y no seré yo quien te delate ¿Quién sabe? A lo mejor dentro de poco eres mi jefa.

—Sí, cuando me toque la lotería y monte mi propia productora.

inar dice:

tú llegas con tu fusil
yo llego con mi buen rollo
me entero de todo antes que tú

SEBAS dice:

Seguro

inar dice:

y ¿qué es la información?

SEBAS dice:

Poder

inar dice:

pues yo soy una grandísima fuente de información y no le cuesto
nada a ningún estado
los militares teneis que reciclaros,
el estado ha muerto
tenéis que trabajar para el pueblo

SEBAS dice:

***y mañana cuando entres en la habitacion del hotel,
ue hago??
te beso despacio poniendote cara a la pared??
o enciendo la luz y charlamos??***

Jajaja

inar dice:

follamos primero
luego hablamos
necesito descargar tensión

SEBAS dice:

ya me hacias dudar

Mesías en prácticas

Simón buscaba mi mirada en el espejo retrovisor y yo le sonreía cómplice, ajena a la conversación de Marcelo, el mozo de almacén que estaba a mi lado, y Lidia, su novia, que iba en el asiento del copiloto para reafirmar su superioridad jerárquica sobre mí.

Rita estaría de baja unos días y ella había venido a sustituirla. Lidia levantaba un metro cuarenta y ocho de desconfianza, era eficiente y avispada, tenía el culo muy por debajo del centro de gravedad y desde el primer día consideró a todo el mundo un pervertido. Excepto a mí. Como yo era más joven que ella y el secreto que ocultaba me hacía parecer más inocente de lo que era, Lidia se confiaba a mí, y a cambio yo le dejaba creer que estaba un escalafón por encima. Le hacía feliz tratarme como si ella fuera la secretaria de dirección y no una sustituta, y yo la dejaba hacer. Parte de mi misión es hacer felices a los demás.

Ella no sabía que el garaje de mis padres era como el apartamento que ella pagaría durante veinte años. Ni que yo nunca tendría que preocuparme por una hipoteca, como corresponde a mi categoría de elegida. No me gustaba comentar que mi padre había hecho una pequeña fortuna patentando diferentes chucherías y financiando su producción: caramelos con palo y pito, piruletas gigantes de dos colores, chupachús con picapica, picapica que explotaba en la boca...Y dejaba que Lidia creyera que yo era una pobre diabla.

—Oye Fotocopias ¿aquí no hay mucho mamoneo?

—¿Mamoneo?

—Sí, ya sabes, mamoneo: Todo el mundo está separao y arrejuntao y liados unos con otros.

—¿Como una comuna?

—No sé. Que digo yo que esta gente me parece muy golfa. ¿A ti no?

También a mí me habían intimidado los primeros cafés en los que todo el mundo se relajaba y hablaba de su vida y de sexo sin tapujos. Sin llegar a los extremos de Lidia, yo había pasado alguna vez por el mismo puente.

—Ya sé con quién se lo hace el amo —me dijo una mañana cuando entraba en su despacho — Se lo hace con la rubia.

—¿Con Clara?

—Sí, con ésa —dijo ufana como un perrito que aguardara un premio.

—Vaya cosa que has averiguado, claro que se lo hace con ella, es su mujer.

—¿Pero no estaban separaos?

—Sí, pero se han separado como amigos.

—Ah. Como amigos —pensó en voz alta con los ojos semicerrados— Como amigos que follan.

—Sí —contesté yo terminando de recoger los papeles de la fotocopidora.

—Jopetas, Fotocopias, Marcelo no me había dicho nada de esto.

—¿De qué?

—De esta guarrería de empresa.

—¿A ti no te gusta leer el Hola?

—Sí.

—Pues esto es igual.

—No, no. Esto no es igual ¡Esto es la vida real!

—Tú misma lo has dicho. Me voy, que el jefe está esperando.

Rita sabía tratar a las mujeres de Simón con la delicadeza que las circunstancias requerían. Ella intuía cuando una de ellas no era bienvenida y cuando él ansiaba su llamada. Rita se había especializado en las «clínex,» como las llamaba, las chicas de usar y tirar que nunca acababan de irse.

—Ay, qué tontas son. Él sólo las llama cuando no encuentra un pañuelo para sonarse los mocos —decía con aire de superioridad.

Creía conocer a Simón mejor que nadie. Había empezado a trabajar con él cuando tenía veinticuatro años, y llevaba quince al servicio de aquel hombre que nunca le había hecho un requiebro. A veces se comportaba como si fuera su mujer, como si todas fueran prescin-

dibles, excepto ella. Era una maestra atendiendo a las novias con las que Simón no quería hablar. Las escuchaba, les daba la razón, echaba más leña al fuego, las compadecía, les preguntaba, les aconsejaba, y les prometía apuntar su nombre con mayúsculas en la libreta en la que anotaba las llamadas del Gran Conquistador.

—No has apuntado nada —observé un día que asistí a una de esas conversaciones.

—Hace un año y medio que él no quiere saber nada de ella, ni siquiera cuándo o cuántas veces llama —suspiró jugueteando con un lápiz entre los dedos, preparando el ataque que iba a venir a continuación— Te lo digo yo: está enamorado. Para estar encoñado, le está durando mucho —dijo mirándome como si yo fuera una botella a descorchar—. Y tiene que ser alguien muy especial, porque tiene a todas abandonadas. Tiene que ser una tía muy lista, una que ha sabido atarle corto.

Rita utilizaba el halago como mira telescópica que le ayudaba a fijar el blanco. Tenía sonrisas y palabras amables para todos. En nuestro mundo de excéntricos era la única persona que parecía normal, su perpetua y alegre solicitud, su ropa anodina e impecable la hacían parecer inofensiva, y lograba transmitir cierta seguridad cuando más lo necesitabas. Había comprendido que el punto flaco de la gente creativa era la vanidad, y en ella hundía sus dientes. Todo el mundo, tarde o temprano, se confiaba a ella. Disfrutaba tanto oyendo un chisme, que, poco antes de marcharme de la productora, por cumplir mi misión de hacer felices a los demás, le dije que tenía razón: que me había acostado con todos los hombres que sospechaba.

Lidia no se parecía a Rita. Era más eficiente, pero resultaba una pésima relaciones públicas. Nadie le había explicado que a Simón le llamarían varias mujeres con las que él no tenía ningún interés en hablar. Rita conocía las voces: *No está ¿de parte de quién?*, pero Lidia, que creía que estaba en una oficina decente, provocó una avalancha de esperanzas: *un momento, por favor(...)* *¿Oiga? Está reunido. Más tarde la llamará él, ¿de acuerdo?*. Simón tuvo que hacerle una lista de las mujeres con las que no quería hablar bajo ningún concepto.

Uno de los raros días en los que él compartía el rato del café con nosotros, cansado de oír a Lidia quejarse de lo poco que Marcelo trabajaba en el piso los domingos, le dijo en broma.

—Pero bueno, al menos ya tenéis un sitio en el que echar un polvo ¿no?

Ella acababa de llegar de su barrio obrero, de la calle en la que vivían todos los que habían emigrado de su pueblo, con su título de taquimecanógrafa bajo el brazo y su recia moral castellana. Le miró con ojos desorbitados, como si le costara entenderlo.

—Anda éste, ¿tú te has creído que soy un melón y que me voy a dejar catar antes de la boda?

Yo no podía evitar sentir una lástima infinita por ella, por su vida de horizontes tan pequeños, por la mezquindad de sus ambiciones, por su renuncia a disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. Por su renuncia a las grandes.

—Al Marcelo lo voy a sacar yo aquí de las orejas, Fotocopias —me llamaba así, aunque yo en teoría ya era ayudante de montaje— ¿Sabías que hasta la vieja está separada?

—Sí, sí lo sabía —dije con una mueca. No me gustaba que hablara de la jefa de montaje, Amparo, con aquella falta de respeto.

—Con lo decente que parecía.

—Bueno, el marido era un cabrón que se lo gastaba todo en mujeres.

—Pamplinas. Que cuando una manzana podrida entra en el cesto... Es este mundillo, que es un asco. Hoy le ha llamado una que me ha dicho que le diga al amo... —buscó la libreta sobre la mesa y leyó literal— «que sé que anda con una chavalina». Qué tío más asqueroso, joder —dijo con un escalofrío. —Pobre mujer.

—¿Quién?

—Ay Fotocopias, que no te enteras ¿quién va a ser? La chavala.

—A lo mejor le saca una pasta.

—Eso seguro. Menuda lagarta.

inar dice:

¿ya estás jugando al ajedrez
mientras hablas conmigo?

amorcito dice:

**estoy solo contigo
el problema contigo es que escribes bien
y cuando lees,
te da la impresión de no necesitar contestar a cada
momento**

inar dice:

Por eso te quiero
porque siempre tienes las mejores respuestas
eres conciso
contundente
poético

Amorcito dice:

Y negativo

inar dice:

Eso es lo que más cachonda me pone

Amorcito dice:

**A mí me pone cachondo ponerte cachonda
(esa es mi poesía?)**

inar dice:

Ése es tu handicap
me pones muy muy muy cachonda
Pero no te acuestas conmigo.

Amorcito dice:

**Hemos follado alguna que otra vez ¿no?
Ya sabes que yo soy cobarde, y que nunca lo hago
dos veces con la misma mujer. Contigo ya me he
saltado todas las normas.**

Manumitiendo a quien no quiere ser libre

Lidia y Marcelo se habían hecho novios a los trece años, habían planeado casarse antes de saber quiénes eran y qué esperaban de la vida. En el ambiente del que provenían, una soltera era una fracasada. Y Lidia, fea, de cuerpo deforme y voz marcial, se aferró a su noviazgo infantil, y no permitió que ni ella ni Marcelo se preguntasen si realmente querían vivir juntos para el resto de su vida.

Él había empezado a trabajar a los catorce años como mozo de almacén y probablemente su carrera alcanzaría la cima cuando Pepe o el jefe de cualquier otro almacén se jubilara. Él era feliz entre los palés y los cachivaches de atrezzo, no le importaba tener piso y no vivir en él. Ella había decidido que no se mudarían hasta que estuviera completamente amueblado. La virginidad no era lo único que Lidia quería llevarse al matrimonio. No dejaría a Marcelo entrar en ella antes de que la cocina estuviera alicatada hasta el techo y hubieran terminado de pagar los plazos del tresillo. En aquella relación, Lidia era la corriente y Marcelo el tronco que se dejaría arrastrar, siempre y cuando le respetaran las retransmisiones de fútbol, que eran sagradas. Su novia era más inteligente que él y en muchas ocasiones Marcelo se quedaba callado porque no sabía qué decir. Lidia era la primera de su familia en acabar el bachillerato, sabía mecanografía y por las noches acudía a una academia a estudiar secretariado e inglés.

Aunque le faltaba educación, era espabilada y muy eficiente, en cuanto tuviera experiencia y se refinara un poco, lograría su sueño de ser secretaria de dirección de una gran empresa. Nunca tendría suficiente, siempre querría un piso más caro, un coche más grande, para poder veranear en el pueblo como una triunfadora. No resultaba difícil imaginarla diez años después, con ese eterno rictus que afea a tantas mujeres mal casadas cuando descubren demasiado tarde su equivocación. Mujeres que en lugar de alzar el vuelo, dedican el resto

de su vida a amargar a su marido, a sus hijos, a sus vecinas... mujeres que convierten la vida en un lugar irrespirable.

Saltaba a la vista que Marcelo no podía hacer feliz a Lidia, quien le hablaba como si fuera la parte tonta que firmaba el contrato. El triste futuro que les aguardaba se me presentaba muy claro.

Después de aquella poco afortunada intervención de Simón a la hora del café, yo no podía dejar de pensar en Lidia. A sus veinte años ya sabía dónde iba a vivir el resto de su vida, con quién, y cuánto dinero necesitaría para pagarlo. Yo me sentía como la esclava manumitida que viera la posibilidad de cortar las cadenas, con las que Lidia se aseguraba un futuro miserable. Mientras ella y Marcelo pasaban de largo por todos los bares del barrio para ahorrar para el piso; mientras ella le dejaba frotarse, pero no meter mano; mientras se ahorraban placeres para cuando estuvieran casados y cargados de deudas, yo disfrutaba de la vida.

Estaba aprendiendo mucho en la productora, sobre todo desde que me llevaban de vez en cuando a los rodajes, y tenía muchas ideas para el futuro; salía con mis amigos cuando me apetecía, y me metía en la cama de un hombre que se preocupaba por enseñarme el abecé de la vida. Ante mí se abría un horizonte tan amplio que creí que podría iluminar a Lidia. Pero sabía que no podría hablar desde mi experiencia, que tendría que dar mil y un rodeos para que me viera como un mesías y no como a una furcia de gratis.

Entonces era demasiado joven y todavía no había aprendido a amordazar la voz que me decía una y otra vez: *haz algo, va camino de ser muy desgraciada y hacer muy desgraciados a los demás. Tienes que hacer algo.*

Pero ¿qué podía hacer yo, excepto esperar a que se acabara la baja de Rita y se marchara? Aguanté mordiéndome la lengua. Pero, cuando Rita llamó para decir que el médico le había dado diez días más de baja, no me contuve; hacer fotocopias era aburrido y no pude quedarme callada.

—¿Lo que dijiste el otro día era verdad?

—Lo qué.

—Lo de que no vas a dejar que Marcelo te cate antes de la boda.

—Anda, toma que es verdad.

—¿Y no prefieres probar antes?

—No.

—¿Y si no te gusta?

—Si no me gusta el qué, Fotocopias.

—Marcelo. En la cama, digo.

—En la cama igual da un hombre que otro, todos son unos cerdos —dijo con cara de asco—. Y si no me gusta, hago como mi madre, me abro de piernas, espero a que se alivie y en paz.

Al principio pensé que hablaba en broma, pero se quedó mirándome como si yo fuera una pobre tonta a la que hubiera que explicar todo.

—Tú hazme caso, Fotocopias: todos son unos guarros —sentenció volviendo a su trabajo—. *Prometo y prometo hasta que la meto, y después de metido, nada de lo prometido.*

—Pero hoy en día todo el mundo tiene relaciones prematrimoniales —argumenté.

Dejó el papel que tenía en la mano y me miró por encima de las gafas que no tenía.

—Yo no. Y el Marcelo tampoco. A ver si te está sentando mal el puterío que hay aquí.

—Pero ¿a ti no te gusta que Marcelo te bese y te toque?

—Eso sólo le gusta a los putones, maja, que para eso están. Ay, ¿qué sabrás tú de la vida, Fotocopias? Tanto libro que lees y lo poco que sabes.

—¿Y si luego no os gustáis? El sexo es algo maravilloso, Lidia, no puedes casarte sin saber si tu marido es capaz de hacerte feliz y si tú querrás hacerle feliz durante TODA LA VIDA.

Se quedó mirándome como si fuera un joyero que analizara un falso pero bien imitado diamante.

—Yo creía que aquí todas eran unas guarronas menos tú. Ojito con andarte cerca de mi Marcelo.

Simón lloró de la risa cuando le conté mi frustrante operación en pro de una institución matrimonial bien informada.

—¿Pretendías convertir a Lidia al amor libre?

—No, pretendía que entendiera que el sexo no es una obligación como fregar los platos —comenté todavía sorprendida por mi fracaso.

—No se puede liberar a quien no desea ser liberado. No todos hemos nacido para ser libres.

—Estoy segura de que si Lidia pudiera disfrutar del sexo, como yo... ¿No será mejor que lo descubra ahora?

—Lidia no siente ninguna curiosidad por el sexo, para ella es algo asqueroso.

—Porque no sabe lo que es, por ignorancia. Pero ¿no crees que si Lidia conociera un hombre que la enseñara, podría tener un futuro mejor?

—¿Y de dónde íbamos a sacar un alma tan caritativa? —preguntó con sorna. Yo le miré mimosa.— Alto ahí, si quieres hacer buenas acciones, no cuentes conmigo. Lidia no tiene ningún atractivo.

—¿Si estuviera buena, te acostarías con ella si yo te lo pidiera?

—Si estuviera buena, no haría falta que lo pidieras. Deja que se case con su hipoteca y con su Marcelo y ven a hacer caridad conmigo, anda.

inar dice:

Nos gustamos
Nos enriquecemos
Nos reímos
Nos deseamos
¿o no?

amorcito dice:

**Puede ser
me remito a lo práctico
por lo menos nos toleramos**

inar dice:

Me da igual el sexo
Pero necesito que me abrases

Amorcito dice:

**Bueno, si te abrazo,
seguramente te tendría que follar
o por lo menos me entrarían ganas.**

inar dice:

¿y?

Amorcito dice:

Pues nada más que eso.

inar dice:

Y nada menos

Amorcito dice:

exacto

Humillaciones y viejos amigos

Teníamos una cena con los colaboradores externos para celebrar el éxito de una de las últimas producciones, pero a ninguno de los dos nos apetecía ir. Simón me apremiaba para que me duchase mientras comenzaba a vestirse. Había dicho en casa que me quedaba a dormir con una de las montadoras, y a ella le había dicho que pasaría la noche en el piso de un noviete.

—Venga, nena, que además tengo que pedirte un taxi para que te vayas por tu cuenta. Métete en la ducha.

—No voy a ducharme. Voy a llevarme tu olor puesto —dije oliéndome el brazo— No me apetece ir en taaaaxi.

—Pues vente conmigo, a ver cómo les explicas a todos que lleguemos juntos.

—Ay, vale, llama a un taxi.

—Deja aquí la mochila ¿no? Ya era hora de que te quedaras a dormir una noche.

Él sacó el coche del garaje y yo aguardé en la calle a que llegara el taxi, que me sacó de aquel barrio de mansiones fortificadas y pisos de lujo con jardín y piscina.

Simón llegó diez minutos antes que yo, y hablaba con una mujer menuda de aspecto intelectual. Era una de las más famosas agentes de artistas del país y llevaba al director y a una de las actrices de la película que estábamos celebrando, por lo que se sentía a la misma altura jerárquica que Simón, muy por encima de mí, y ni siquiera se molestó en devolverme el saludo. Mientras esperábamos a los que faltaban, tomamos una caña en la barra de aquel buen restaurante aledaño a la Gran Vía, regido y frecuentado por actores mal pagados y parados del mundo del cine. En el comedor nos aguardaba una mesa para trece. Simón escogió una cabecera y ella se situó a su lado, pero

cuando Carlos, la mano derecha de Simón fue a sentarse al otro lado, el jefe me llamó.

—Que se ponga aquí la niña, quiero que observe y aprenda.

De mis compañeros, sólo Rita —que no estaba invitada a la cena—, sospechaba que entre Simón y yo había algo. Pero Daniela Mendoza llevaba un detector de mujerzuelas, e intentó leer mis intenciones desde el primer momento. Me calibró con su inteligente mirada y me miró como lo que le parecí ser: un trozo de carne joven y sabrosa, una insultante luz que hacía resaltar sus arrugas, su piel que comenzaba a caerse, las venillas de su nariz. Tenía una conversación interesante, Simón no apartaba los ojos de ella. Ni sus piernas de las mías.

A lo largo de la cena, Daniela se fue animando y, relajada por mi exclusión de la charla, se apuntó a tomar una última copa. Casi todo el mundo se fue —había rodaje a las seis de la mañana— y nos quedamos Carlos, Simón, Daniela y yo. Carlos y yo íbamos detrás, en silencio, mirándonos los pies, Daniela y Simón caminaban delante de nosotros, ella se arrimaba a él como una hembra en celo a un macho alfa.

Carlos se sintió muy mareado nada más llegar al bar y decidió irse a casa en cuanto abandonamos el aire fresco de la calle. Daniela me miró confiando en que yo también me retiraría, pero yo pedí un whisky y me fui a jugar a la máquina de pin-ball. Cuando se me acababan las monedas me acercaba a Simón con la mano extendida y él, sin mediar palabra, ponía más en mi mano. Daniela estaba demasiado pendiente de él o demasiado borracha para reparar en mi presencia. Pero yo podía ver el despliegue de sus colores. Se estaba gustando como un torero, se enorgullecía de la faena que estaba realizando. Nada para la autoestima como un coqueteo efectivo. Y sentí mucha lástima por tanto esfuerzo inútil. Mientras ella utilizaba sus dotes de seducción, yo me reía con un borracho de mi edad que se había instalado junto al pin-ball.

—¿Cómo es que vienes de copas con tus padres?

—Ella no es mi madre. Es una pesada que le tira los tejos a mi padre.

Daniela vino a avisarme de que se iban con cara de leona vencedora, que se trocó en gata mojada cuando vio que yo les acompañaría.



—¿Por qué no te quedas a acabar la partida con tu amigo?

—Porque le dejo jugar, el pobre lleva todo el rato esperando —dije ignorando su mirada suplicante.

Salimos a la calle. Hacía frío y ella buscó calor en el cuerpo de él, que le pasó el brazo por los hombros. Casi todos los bares estaban ya cerrados, aunque todavía quedaba gente de vida golfa deambulando por la calle de las putas yonquis y la plaza de los marroquíes que pasaban chocolate, goma, hash, tate, susurraban cuando pasábamos junto a ellos. Daniela parecía asustada, lo que le proporcionaba la excusa perfecta para apretarse todavía más contra Simón. A mí no me daban miedo. Antes de tener camello fijo les había frecuentado mucho, y sabía que estaban ellos más asustados que nosotros.

Desde que habían llegado de su pueblo, no habían hecho otra cosa que formar parte del paisaje, como una farola, todo el día en la plaza, aguardando la llegada del cliente, vigilando por si aparecía la pasma, ya hiciera un frío congelapelotas o un calor pegajoso. Qué pensarían durante todas aquellas horas. Casi ninguno de ellos hablaba español: controlaban los números —por el aquél del negocio—, y un par de frases hechas. La celeridad con la que habían de desarrollarse las transacciones comerciales con sus clientes españoles, impedía el intercambio cultural.

Yo iba unos cuantos metros por detrás de Simón y Daniela, aprendiendo a levantar falsas esperanzas, cuando un todoterreno irrumpió en la calle a una velocidad amenazadora. Reconocí el sonido del Nissan Patrol de Carlito. Simón y Daniela se volvieron sorprendidos por el estruendo del coche y por el demencial volumen al que sonaban los Chichos en su radiocasete. Ella se protegió contra Simón cuando el coche se detuvo a mi altura.

Carlito siempre se hacía acompañar por un par de yonquies desahuciados: un hombre para que le hiciera los recados y una tía para que se la chupara cuando se aburría. Solía comentar que las mejores eran las que ya habían perdido todos los dientes. Todo el mundo le tenía miedo.

Era pelirrojo, no se sabía donde acababa su corta melena y donde empezaba el bigote de revolucionario mejicano que gastaba; era ancho y tirando a bajo, hacía pesas y exhibía sus músculos con camisetas de



tirantes. Tenía la mirada de quienes han tenido que abrirse camino sin compasión, como si cada cadena de oro que llevaba al cuello fuera el recuerdo de una batalla.

No sé si Simón palideció, porque yo estaba mirando a la ventanilla, que bajaba automáticamente, un lujo en aquella época. Los yonquis estaban de nuestro lado, y Carlito les dio unos capirotaos para que se apartaran y le dejaran verme.

—¡Terremoto! ¡Terremoto! ¿Eres tú? —gritó por encima de la música— ¡Baja eso, hostia, que no oigo! —gritó a sus esclavos, que obedecieron en el acto

—Carlito: Terremoto sólo hay una

Puso el freno de mano, abrió la portezuela y saltó del coche a paso ligero para llegar hasta mí y levantarme en el aire. Yo era una mujer chiquita, y a los hombres les daba mucho gusto separarme del suelo con su abrazo. Para apretarse bien contra mis tetas, supongo. Carlito me abrazó tan fuerte, tan largo y tan variado, que hubo un momento en el que mi cabeza estuvo bajo su cazadora de cuero negro y sus pelos del sobaco me rozaron la nariz. Olía a macho.

—Joder, Terremoto, joder. ¿Cómo estás? Joder —decía mirándome como si yo fuera un milagro— ¡Decidle hola a la Terremoto, cabrones! —exigió a sus yonquies— A ver si tomáis ejemplo. Cómo me alegro de verte, tía —sonrió revolviéndome el pelo— Qué bien te veo, qué guapa estás.

Simón había comenzado a dar unos pasos hacia mí cuando el Patrol se había detenido a mi altura, pero se había clavado en el sitio cuando vio que el conductor y yo nos conocíamos. Carlito, siempre al acecho, se volvió hacia él amenazante.

—¿Tú qué miras?

—Es mi padre, Carlito, no pasa nada.

—¿Es tu padre?

Tras el todoterreno ya aguardaban dos coches más. Uno de los yonquis vomitaba por la otra ventanilla. Pronto habría tantos coches que los últimos no verían a Carlito, y por tanto no podrían saber que era mejor dejar que el rey de la selva se detuviera cuándo, dónde, y cómo le viniera en gana. Los conductores impacientes comenzarían a pitar y se armaría la gorda.

Porque a Carlito no le pitaba ni dios.

—¿Es usted su padre? Venga a mis brazos, hombre.

Simón se dejó abrazar, obediente. Toda su cultura, todo su dinero y todo su poder no le habrían servido de nada si Carlito hubiera sabido que estaba abrazando al hombre que me la metía.

Daniela se acercó a nosotros con paso vacilante. Estaba aterrada.

—No me digas más, esta es tu madre. A mis brazos —también Daniela se vio abrazada por Carlito—. Les doy mi más sincera enhorabuena. Tienen ustedes una hija excepcional. Y está limpia de drogas, se lo aseguro —añadió permitiéndose la confianza de dar unas palmaditas de camaradería a Simón— ¿Quieren que les acerque a algún sitio?

—No, gracias —sonrió Simón— Vamos disfrutando del paseo.

—Carlito, estás bloqueando la calle —apunté con una sonrisa cargada de intención, dándole a entender que despejara cuanto antes.

—Pero qué lista es la jodía —se enorgulleció dándome un beso en la frente—. Siempre sabe lo que tiene que decir. Me gusta presumir de ser su amigo.

Ya había seis coches tras el suyo y uno de ellos comenzó a tocar el claxon. Carlito me miró divertido.

—Ese no sabe la suerte que tiene de que la Terremoto esté hoy aquí. Me voy.

Me abrazó con ansia y me susurró al oído: «Si vienes a tomar el sábado el aperitivo al Samy, te hago un regalito. Hace mucho que no vienes a verme». Regresó al coche, arrancó y los Chichos atronaron la noche, desapareció a la misma velocidad que había venido. Simón y Daniela me miraban urgiéndome una explicación. Él sonrió y meneó la cabeza a uno y otro lado.

—Pero ¿a ti no te da miedo esa gente? —preguntó asustada Daniela.

—No. Me quieren.

—Esa gente no quiere a nadie —dijo en tono de regañina.

—A mí sí. Creen que soy un ser puro, que nadie me debe corromper.

—¿Qué dice? —le preguntó a Simón, que me miraba arrobado.

—Lo de las drogas nos ha pillado mayores, Daniela —le contestó a ella dirigiéndome una lúbrica mirada— ¿Te acerco a casa, niña?

—Bueno.

Casualmente los dos habían metido el coche en el mismo aparcamiento, había varios estrenos en la Gran Vía y no había habido manera de aparcar en la calle. La plaza que había sobre el aparcamiento era amplia y nos permitía andar juntos, Simón iba entre nosotras dos.

—¿Y luego? ¿Qué vamos a hacer los mayores después de que las niñas se vayan a la cama? —preguntó Daniela colgándose del brazo de Simón con una voz melosa y temblona, que hizo que me sintiera como la peor de las mujeres de la tierra.

—Dormir, por supuesto —contestó él metiéndome la mano por dentro del pantalón para tocarme el culo.

Me escurrí antes de que ella se diera cuenta de aquel gesto, no veía la necesidad de ser cruel. Prefería que creyera que él estaba demasiado cansado para aventuritas, no quería insultarla con mi juventud. A fin de cuentas, no era mérito mío, algún día yo tendría la misma edad que ella y sufriría de resultar indiferente.

Nuestros pasos resonaban en el aparcamiento vacío. Los de ella tenían algo de triste letanía. Había bebido más de la cuenta y tenía que hacer esfuerzos para mantener las formas y no echarse a llorar. Salió del aparcamiento antes que nosotros y nos esperó en la calle. Cuando estuvimos a su altura, bajó la ventanilla del copiloto e hizo señas a Simón, que bajó la suya con un suspiro.

—¿Quieres que salgamos el sábado?

—No puedo, me voy de viaje —mintió él.

—¿Te llamo el jueves?

Los dos sabíamos que pasaríamos el jueves como el lunes, el martes, el miércoles, el viernes: follando.

—Mejor te llamo yo ¿vale?

—Pero por favor, no te olvides de llamarme —dijo en tono suplicante.

Recuerdo que tuve ganas de gritarle, *idiota, por qué te humillas*. Sentí rabia y al mismo tiempo una gran lástima. Si hubiera estado en mi mano, Simón esa noche se habría acostado con ella y no conmigo.

Pero no tenía ninguna oportunidad.

Yo era la elegida.

Aquella noche Simón me folló como un animal.

Cuando saciábamos por segunda vez en el día la necesidad de fumar después de un polvo, sació su curiosidad, que había tenido que esperar turno.

—¿Se puede saber quién era ese energúmeno que te ha asaltado en la calle?

—Carlito. Un amigo.

—Pero ¿tú has visto la pinta que tiene?

—La de la gente que tiene que dar miedo para sobrevivir —contesté encogiéndome de hombros.

—¿Cómo le conociste?

—Por un camello que trabaja para él: Macario. Él piensa que yo soy un espíritu puro que no debe corromperse. Es uno de los tíos más inteligentes que conozco, así, como tú.

—Vaya hombre, gracias.

—No en serio, que es un tío con el que te puedes tirar horas hablando. Cuando Carlito me conoció, me dijo que no volviera a pillarle a los callejeros, que fuera a verle a él para me lo diera bueno, sin adular.

—¿Y te lo has hecho con él?

—¿Con Carlito? Qué va. Para él soy como la virgen María, la virgen niña o algo así. Él tiene más tías de las que necesita. No deja que nadie me ponga la mano encima.

—Atiza, nos ha salido tierno el camello.

—Pues no sabes cómo me llama cuando se pone cariñoso —dije echándome a reír.

—¿Cómo?

—La princesita de las uñas sucias.

—Demasiado sweet para mí... —dijo pensativo mirándome las uñas para comprobar que la poesía de Macario era realista— Y cuándo ibas con esa gente, ¿ibas drogada?

—Claro.

—Menos mal que te he dado en qué ocuparte, nena. De buena te has librado.

—No. Ellos cuidaban de mí: no me dejaban beber más cuando me pasaba, no dejaban que me metiera pasotes, no dejaban que nadie me tocara...

—¿Y nadie te tocó?

—Sólo quien yo quise. Carlito decía que volaría la tapa de los sesos al primero que me invitara a caballo, aunque no hacía falta, porque yo no tenía intención de meterme jaco, pero a él le hacía feliz protegerme. Ellos me cuidaban. Todo el mundo cuida de mí ¿no te has dado cuenta? ¿o a ti no te gusta cuidarme? —susurré mimosa mordisqueando sus labios.

—Muchísimo.

—Pues que sepas que hoy he cuidado yo de ti: si le llego a decir al Carlito lo que estás haciendo conmigo, te mata. Literal.

inar dice:

¿mañana no trabajas?

abdellah dice:

NO Y TU

inar dice:

yo sí tengo que ir a recoger a un escritor
que viene de libia

abdellah dice:

TRABAJAS CON ESCRITORES LIBIOS

inar dice:

es español no es libio
se va a Argel y nos vamos a ver
entre avión y avión

abdellah dice:

LIBIA Y ARGEL
DONDE VIVE?

inar dice:

vive moviéndose por oriente próximo
y escribe para mí

abdellah dice:

Y DONDE LE HAS CONOCIDO?

inar dice:

no le he visto nunca
es amigo de Luz mi ayudante
está asustado

abdellah dice:

¿POR QE?

inar dice:

tiene miedo de lo que está pasando
tiene miedo de que le maten
sólo por ser occidental

abdellah dice:

POR QE?

inar dice:

él está en países musulmanes y...
has leído algo sobre el cómic de Mahoma?

abdellah dice:

EL QE HAN HECHO LOS DANESSES?
LO HE LEIDO EN INTIRNET.

inar dice:

pues mi amigo dice que por los países árabes en los que trabaja
la gente se ha enfadado mucho
por eso tiene miedo por un dibujito tonto que enfada a mucha
gente

abdellah dice:

SI EXACTO PORQE MUHAMAD
ES UN PROFETA MUY MUY RESPETADO

inar dice:

ya lo sé
pero pero también Jesús es muy respetado
y un católico hoy no mataría a un musulmán
por hacer una broma sobre él
mahoma y jesús, alá y dios y yahvé
son lo mismo
la voz que nos habla en la cabeza a todos

abdellah dice:

DIOS ES LO QUE TIENE TODO EL MUNDO EN LA
CABEZA. NO SE PUEDE PILIAR CONTRA LOS OTROS
DIOSES. LO IMPORTANTE ES SER BUENA JENTE CON
LOS DEMÁS

inar dice:

sí como tú y como yo

abdellah dice:

LA RELIGIÓN NO ES MALA. ES MALA LA JENTE QUE LA
UTILIZA PARA ATAR AL PUEBLO Y MATAR EN NOMBRE
DE DIOS. OSAMA LO HACE.

inar dice:

bush también lo hace, abdel
bush dice que habla en nombre de dios
pero yo también tengo mi dios en mi cabeza
y no me manda matar a la gente
su dios sólo es suyo

abdellah dice:

TODOS PODEMOS HABLAR CON ALÁ O CON DIOS SI
QEREMOS

inar dice:

Exacto, no hacen falta curas ni mulás para hablar con ÉL.

abdellah dice:

NI POLITICOS TAMPOCO

inar dice:

Abdel, ¿has pensado alguna vez que que con la red ya no
necesitamos políticos ni religiosos?

abdellah dice:

MUCHAS VECES PERO HARIA FALTA UN LIDER

La señal

Muchas veces me he preguntado hasta dónde habríamos llegado Simón y yo si el amor no se hubiera cruzado en mi vida.

Después de un año y medio oficiando de amante alumna, el amor de verdad, el ciego y absurdo, vino a hacer palidecer cualquier otra cosa. Incluso la voz pareció volverse muda. Me marché de la productora, volví a estudiar y dejé de ver a Simón.

Algún tiempo después, rompí con mi primer novio oficial. Me relacioné con muchos hombres, algunos se enamoraron de mí hasta el ridículo, pero hube de seguir corriendo hasta encontrar al que me estaba destinado, el padre de mis hijos.

No me resultaba fácil encontrar hombres a mi altura, el que era inteligente no era bueno en la cama, el que era bueno en la cama era demasiado culo inquieto. Los mesías necesitamos que se nos ame hasta el paroxismo. A cambio, convertimos tu vida en algo que merece la pena ser vivido.

Durante trece años Pablo y yo nos entregamos a nuestro amor en exclusiva, vivíamos como estrellas del pop: nos acostábamos después de llevar a los niños al colegio, retozábamos por la mañana, o a la hora de la siesta, o por la noche. En la cama, o en el garaje, o en el salón, o en el aseo; nos sentábamos en el sofá, nos tomábamos una copa y hablábamos hasta las tantas.

Nos amábamos tanto, que nuestros besos, nuestras piernas entrelazadas, nuestras bocas sedientas del otro, nuestras conversaciones hasta las tantas de la noche, nuestras risas, nuestra complicidad amordazaron la voz durante mucho, mucho tiempo. También nuestros hijos trajeron un alboroto que imposibilitaba la presencia de cualquier otro sonido.

Pero la voz nunca ha llegado a estar completamente callada, mi trabajo le daba razones de sobra para incordiar-me en cuanto bajaba la guardia.



Con frecuencia veo que la gente aparta la vista de las imágenes crueles. Muchos compañeros de profesión sostienen que el exceso insensibiliza. Llevo mucho tiempo analizando imágenes dolorosas, leyendo conclusiones aterradoras, y mi sed de justicia no ha dejado de crecer. La voz me ha tenido haciendo pequeñas buenas acciones de acá para allá desde hace un montón de años, dictadas por lo que yo había leído, visto, sentido. Lo que escribía.

La voz me decía: *llevas años en la red. La red es la nueva realidad y tú lo sabes ¿a qué estás esperando?*

A veces la voz me atosigaba tanto que me sacaba de mis casillas y me hacía gritar: *¡tengo una familia!* En ocasiones me llevaba hasta el llanto: *amo a mi marido, y mis hijos son demasiado pequeños.*

Además yo esperaba una señal inconfundible. Cayeron las Torres Gemelas, pero mi verbo era todavía algo pequeño y doméstico, no estaba preparado para la acción. Y además debíamos permitir que los mesías electos demostraran lo que sabían hacer.

A mi padre le diagnosticaron cáncer en el 2002.

El Prestige asfaltó la cornisa atlántica.

Primera señal.

Cuando era niña imaginaba que mis padres morían. Que mis hermanos y yo estábamos en casa cuando llamaban para darnos la noticia, y que yo, por ser la mayor, cogía el teléfono. Sabía muy bien lo que haría. Convencería a mis hermanos pequeños de que podíamos volar para ir con ellos al cielo, pondríamos una silla para cada uno junto a la ventana abierta, nos subiríamos a ellas, nos daríamos las manos y, a la de tres, despegaríamos. Quería muchísimo a mis padres, imaginar la vida sin ellos me daba miedo.

Desde niña supe que mi padre vivía en un universo paralelo al mío y que nunca comprendería lo que yo quería hacer. Mi padre quería que estudiara, que tuviera un buen trabajo, una bonita casa, un marido y unos hijos. Que fuera una mujer de orden. Si viviera, me miraría extrañado y no haría preguntas. Su mirada de padre que no entiende sería un freno en mi misión. Desde niña lo sabía, pero lo había olvidado.

Mi vieja conocida se había asomado a la cara de mi padre una tarde de verano, cuando él y yo estábamos en la escalera de mi casa, viendo



a los niños jugar en la calle: *colega, voy a venir a por él. Ya lo siento, pero ha llegado su hora.*

Abrí la boca para decir algo, pero ella, siempre tan ocupada, ya se había marchado. Y sonreí a mi padre, pobre ignorante de lo que le aguardaba. Le abracé y le dije: *te quiero muchísimo, papi.*

Unas semanas después le diagnosticaron cáncer.

Cincuenta y siete días después, moría.

Ya no podía dudar más.

inar dice:

hola?

abdellah dice:

HOLA BUENAS
MUCHO TIEMPO

inar dice:

mucho lío no me he conectado
¿qué haces el domingo por la mañana?

abdellah dice:

NADA DORMIR

inar dice:

¿dormir?

abdellah dice:

ME LEVANTO UN POCO TARDE VOY A TRABAJAR
MANANA HASTA LAS 2

inar dice:

de la noche?

abdellah dice:

NO DE LA TARDE

inar dice:

bueno, te iba a decir que si querías que tomáramos el aperitivo
el domingo

abdellah dice:

VALE QUANDO ?

inar dice:

a la 13:30 en el rastro ¿te va bien? o en lavapiés

abdellah dice:

LAVAPIES
OK HECHO

inar dice:

en lavapiés
en la calle Miguel Servet

El reencuentro

No me importó que Agustín, de la productora, tardara casi tres meses en volver a ponerse en contacto conmigo. Habíamos contado con ello, es propio de las productoras y las editoriales decirte que quieren para YA lo que puede esperar tranquilamente medio año.

Pablo y yo ya no vivíamos juntos. La separación se convirtió, tal y como yo esperaba, en un infierno. Mientras mantuvo la esperanza de que los dos nos lo estábamos pensando, todo fue de maravilla: venía a buscar a los niños un par de tardes a la semana, se los llevaba los sábados y domingos para que yo pudiera trabajar en el libro... Pero desde que le planteé que nos buscáramos un abogado para separarnos definitivamente, su actitud cambió. No nos daba un euro —de eso hacía ya mucho— y cumplía con los niños cuando a él le venía en gana.

A pesar de que mi decisión de separarme era muy firme, me costaba trabajo hacerme a la idea de que Pablo ya no formaba parte de mi vida.

Durante esos meses él y yo terminamos de distanciarnos del todo. A medida que mi libro y sus deudas se fueron haciendo tangibles, el abismo se fue abriendo ante nosotros. Cuanto más grandes las deudas, más grandes las mentiras. De nada sirvió que lo acorralara contra las cuerdas con mi amor y mi dinero. *Yo no tengo que darte explicaciones*, eso fue todo lo que obtuve de él.

Primero me marché yo.

Luego se marchó él.

Nos dimos un tiempo para pensar y él hizo las maletas.

Pero cuando salí de nuestra casa ya era pasado.

Y aquella mañana en la que esperaba ver a Simón en la productora, cuando salí de la ducha, me sentí culpable al pensar en Pablo. Traté de no dar importancia a la ropa que iba a ponerme, pero, si no quieres



parecer una gorda, y tampoco quieres que crean que te has arreglado para la ocasión, hay que dedicarle al asunto un par de minutos.

Los niños, no sé por qué razón, no tenían clase ese día. Los políticos jamás piensan en las necesidades familiares cuando elaboran los horarios y los calendarios escolares. No podía contar con su padre, en paradero desconocido la gran mayoría del tiempo. A Zaida no le tocaba venir, pero la llamé para que se quedara con mis hijos y les hiciera la comida. A las madres con hijos que no recibimos ayuda del padre, trabajar nos cuesta dinero. Cuando te separas, el Estado decide repartir el dinero entre los cónyuges, pero no valora que quien se queda con los niños, está invirtiendo también su tiempo. No se valora ni el tiempo, ni la labor de educación que realiza la persona que se queda al cargo de los niños. Hacía meses que Pablo no se ocupaba de ellos más de dos horas seguidas.

Después de que Eloy y Equis me prometieran que se iban a portar bien y de que Zaida me asegurara que no les dejaría pasar la tarde frente a las pantallas, salí de casa dispuesta a cumplir con una de las fases más importantes de mi misión.

Entre las nuevas instalaciones de La Casa y yo había treinta kilómetros.

Sólo treinta kilómetros me separaban de mi futuro.

Y mi Renault Clio, que se parece tanto a mí: rápido, divertido, bonito y apasionado, me llevaba a toda velocidad al encuentro con mi destino. Offspring sonaba a todo volumen, me sentía como un marine dentro del tanque minutos antes de entrar en batalla. No podía permitirme las dudas, pero a pesar de mi motivación y de lo segura que estaba de mí misma, no podía evitar un pequeño e incómodo temor, un miedo chiquitito que luchaba por hacerse grande y paralizarme. Sólo podía contrarrestarlo con unas oleadas de delirios de grandeza que también amenazaban con echarme a perder el día, con derribarme y arrastrarme ante la presencia de Simón como una discípula todavía sumisa.

El pescador de almas.

Intenté quitarme el asunto de la cabeza.

¿Acaso no había creado yo a la pescadora de almas más eficiente de la historia?



golde ronaldo dice:

ola inar

inar dice:

Hola gol ¿qué andas buscando por aquí?

(...)

inar dice:

te noto triste hoy

optimista dice:

cómo lo sabes?

inar dice:

sólo pones acentos cuando estás triste

(...)

Todos dicen:

me hacen tan feliz tus palabras

inar dice:

gracias me gusta hacerte sonreír

Todos dicen:

no

lo digo en serio inar

me hace muy feliz leerte

inar dice:

entonces si te mando algo que te gusta

¿reenviarás a todas tus bases de datos?

Todos dicen:

si me gusta

sí

Nena, estás preciosa

La voz no me había desasistido un solo minuto desde hacía meses y, sin embargo, las dudas me asaltaban en el peor momento. Temía que mi problema fuera que tengo demasiada imaginación, delirios de grandeza, vanidad. Podría ser que Simón no estuviera y yo sólo hablara con su subordinado, y me habría estado comiendo la cabeza para nada.

Volví a subir a los Offspring. Sudaba de excitación. No podía permitirme ninguna duda. Pisé a fondo el acelerador. Me encanta mi cochecito nuevo.

Simón había comprado varios edificios en un centro empresarial próximo a la sierra de Madrid, en lo que empezó como ciudad dormitorio y acabó llamándose «zona residencial». Su complejo de oficinas marcaba el límite entre las torres de pisos con jardín y piscina, y la zona de negocios.

Llegué a las dependencias en las que él trabajaba después de pasar varios controles de seguridad, la secretaria no estaba en su sitio y me entretuve cotilleando los cuadros que había en el recibidor. A la derecha estaba el despacho de Simón, cerrado.

El vestíbulo no estaba pensado para que quien aguardara se sintiera cómodo, yo estaba allí de pie, como un pasmarote, a la vista de todo el que pasara por el gran pasillo que conectaba unas zonas de la empresa con otras.

En situaciones así, yo creo que los demás pueden ver mi expresión alucinada. Sin embargo, mis reclutas, que sólo han visto una foto mía —pronto colgará en las habitaciones de todos los adolescentes— quedan fascinados por ella.

Artrópodo dice:
ya ha llegado

la veo
jodr
q wapa ers

En cuanto ven la foto, se relajan, bajan la guardia. Por alguna razón que desconozco, despierto un extraño deseo.

Endescompresion dice:

Tu mirada es un desafío. Me pareces un reto.

En la fotografía estoy completamente vestida, llevo una bufanda y un abrigo. No miro a la cámara y sonrío levemente. Estoy en una manifestación, llevo una pegatina en la que pone: NO A LA GUERRA.

Siempre me apasionó la publicidad subliminal.

Aunque nunca esperé que la foto de una mujer valiente bastara para mover el mundo.

Decidí que un icono sexual como *inardesolange* no se arredraría jamás ante un hombre de más de sesenta.

Y, con renovada energía, abandoné el vestíbulo en busca de alguien que me atendiera como merecía. La moqueta del pasillo amortiguaba mis pasos, y sobresalté a las dos mujeres que había en el primer despacho que encontré abierto.

—Perdón, he quedado con Agustín.

Se cercioraron de que la secretaria no estaba en su sitio y avisaron a Agustín por el teléfono interior.

Era algo más joven que yo, tenía una mirada sensible y cara de buena persona. Le seguí a su despacho, donde tomé asiento, y él comenzó a hablar.

—Bueno... quiero que sepas que... bueno, he revisado muy a fondo el guión de Marinela Foti... Te lo aseguro. Yo no me he fijado... no me he fijado en nombres, ni en quién lo enviaba —me aclaró titubeante.

Se hallaba turbado por mi presencia, no nos habíamos visto nunca, no había tenido tiempo de enredarlo en mis palabras. Saltaba a la vista que Agustín era un ratón de biblioteca, fauna de cinemateca, poco habituado a las relaciones públicas y probablemente, bastante tímido ante las mujeres.



—A mí no me importa quien seas, ni he tratado de averiguar quién es el autor que nos traes... —insistió esforzándose por transmitirme sensación de firmeza— Lo he estudiado como a cualquier otro.

Llevo toda mi vida haciendo ese trabajo, y nadie suele dar tantas explicaciones. ¿Por qué creía que debía hacerme saber que había olvidado mi nombre? Esas cosas se suelen decir cuando el autor de la obra que has analizado es un familiar del dueño de la empresa, un ministro o algún primo del rey. Yo sólo era yo.

Comencé a sospechar que había oído hablar de mí. Quizá a mis antiguos compañeros de trabajo, aunque hacía años que se había marchado el último que me había conocido. Recordé entonces que a Simón le gustaba hacer alarde de sus mujeres. Y Agustín parecía impresionable.

—Simón me ha encargado que acabe otro asunto que tenemos pendiente y me ha dicho que te lleve a su despacho, que hablará él contigo.

Las manos comenzaron a sudarme acto seguido. Me arrepentí de haberme descuidado tanto en los últimos años. También me llamé gilipollas por pensar esas estupideces.

—¿A ti te ha gustado el guión de Marinela?

—Muchísimo. Ya te digo: lo he leído y lo he visto dos veces antes de hablarlo con Simón. Pero no sé lo que le ha parecido a él, no me ha comentado nada.

Sabía lo exigente que podía llegar a ser el jefe y lo odioso que podía ponerse cuando las cosas no salían como él quería. Me compadecí de Agustín y estuve segura de que no mentía. El viejo zorro no había compartido sus pensamientos con su mano derecha, Agustín y yo teníamos motivos para estar nerviosos.

Me comentó dónde creía que estaban los puntos fuertes del guión, y me estaba haciendo varias e inteligentes sugerencias para reforzar los débiles, cuando sonó un teléfono.

—Sí. Ya está aquí... Que sí, que está aquí, conmigo... Pues hace un rato... No la habrás visto porque no estarías. Vale.

Aquella conversación sólo podía haber tenido lugar con dos personas: Simón o su secretaria. Que cualquiera de los dos estuviera



preocupado por mí, me hacía sospechar que yo era más importante de lo que creía ser.

—Bueno, pues vamos a ver a Simón —dijo Agustín cuando colgó, separando la silla de la mesa.

Le seguí por el pasillo, rumbo al sancta-sanctorum. Cuando nos acercábamos al despacho del amo, Simón salió de él ignorando lo que le rodeaba, no nos vio. Llevaba un papel en la mano para encargarle algo a la secretaria, y me pregunté desde cuándo prefería levantarse a llamar por el interfono para que le recogieran los papeles.

Habló con la secretaria un par de minutos ofreciéndome la espalda. Tenía buen aspecto, se conservaba como si hubiera hecho un pacto con el diablo. No contuve la gran sonrisa que achinó mis ojos de loba.

—Hola, Simón.

Se volvió hacia mí.

—¡Hombre, niña!;Estás preciosa! —dijo, todo sonrisas. Había olvidado lo sensual que era su voz.

—Tú también estás precioso —bromeé disimulando mi nerviosismo, mis años, mis kilos de más— Creo que tenemos que hablar de negocios.

—¿Has hablado ya con Agustín?

—Sí, os dejo que yo tengo que irme. Adiós, Candelas —Agustín me cogió la mano con las dos suyas y me miró a los ojos feliz— Me alegra muchísimo haberte conocido.

Simón sujetó la puerta del despacho para que yo pasara y la cerró tras de mí. Aquel lugar, con un ventanal de cuatro metros de alto que ocupaba toda una pared, me impresionó. Como todo el espacio del que Simón siempre se hacía acompañar.

Estábamos en el tercer y último piso, que daba a una gran terraza con jardín japonés. Había cientos de libros y películas por las estanterías, por el suelo, por las mesas, los sofás. Y muchos, muchos papeles.

—Siéntate, nena —dijo señalándome mi sitio.

Observé que no se había sentado en el lugar que debería corresponderle en una reunión de trabajo, sino en la silla que había junto a la mía. Primaba lo personal sobre lo profesional. Comenzó a alabar

el guión de Marinela, aunque no lo había leído entero; confiaba mucho en el criterio de Agustín. Me costaba trabajo seguirle, el corazón bombeaba con tal virulencia que la sangre me golpeaba en los oídos. Sabía que me estaba analizando, me estaba valorando como un trozo de carne, estaba imaginando lo que podría hacer con mi boca.

Los dos estábamos tanteando el terreno.

Despachamos el asunto de la directora venezolana en unos minutos, y la conversación se deslizó sinuosa hacia lo personal.

—¿Sigues casada?

—Más o menos —dije sin entrar en detalles, no quería que pensara que estaba buscando un reemplazo.

Lo había preguntado por curiosidad, aquello no había sido nunca un impedimento para él, las dificultades eran sólo un acicate.

—Vámonos, te invito a comer.

Era un día desapacible. Cinco inmigrantes habían muerto en la valla que separa Marruecos de España la noche anterior. Soplaban un viento frío cuando salimos y Simón se apresuró a subirse la cremallera de la moderna cazadora que llevaba. Ese gesto me lo mostró como lo que era: un hombre que se hacía viejo vestido con una ropa cara y discretamente juvenil; un general en retirada que debía facilitar el paso a los oficiales jóvenes más brillantes. Le seguí hasta su Mercedes reluciente, que abrió con el mando a distancia.

Tomé asiento en el lugar del copiloto, nos pusimos el cinturón y el coche arrancó con ruido de seda. Salimos del complejo de oficinas, Simón saludó con la mano al guardia que estaba en la garita, quien se apresuró a levantar la barrera para que el Gran Hombre pasase.

—¿Dónde me vas a invitar a comer?

—A un restaurante de buen pescado.

El cielo estaba muy negro y las primeras gotas cayeron cuando salíamos a la carretera. Simón me pidió que pusiera música y elegí uno de los cedés al azar, todo era clásica y yo no soy muy aficionada. La lluvia arreció y él hubo de concentrarse en conducir, de modo que puso las dos manos en el volante. Dio a la palanca del intermitente para adelantar al camión que llevábamos delante, cuando estuvimos en paralelo apareció, no demasiado lejos, un coche que venía de frente. Casi pude oírle dudar. Íbamos en un Mercedes, bastó pisar el

acelerador para que adelantáramos al camión y volviéramos a estar a salvo. Por poco.

Yo fingí que no me había dado cuenta de cuánto habían mermado sus reflejos. Cogí el tabaco. Él hizo una mueca de disgusto, pero no dijo nada, me abrió el cenicero y bajó un poco su ventanilla. Había dejado de fumar quince años atrás.

Mi asiento iba demasiado reclinado, me costaba trabajo creer que lo llevara así a propósito para tener más franco el acceso a mis piernas, y pensé que lo habría dejado así la última mujer que hubiera ido con él. Estaba nerviosa como para andar enredando con ningún mecanismo del respaldo, de modo que me senté al borde. Volvía a ser una chiquilla que aguardaba un ataque.

Pero ya no estaba desarmada.

inar dice:

¿podemos hablar de cosas de hombres y mujeres?

abdellah dice:

SIII

inar dice:

tú eres muy sensual

las chicas deberían devorarte ¿lo hacen?

abdellah dice:

POCO

inar dice:

te gustaría que te enseñara a gustar a las mujeres?

abdellah dice:

SI PORQUE ELLAS SON EL MIDIO DE NOSOTROS

inar dice:

tu otra mitad quieres decir

abdellah dice:

SI EXACTO

El maestro y la alumna

Entretuvimos el aperitivo poniéndonos al día con asuntos de la profesión, y cuando nos trajeron el primer plato yo hice el primer movimiento.

—¿Sales con tantas mujeres como antes?

—No, ya no tanto. Con la edad uno se va tranquilizando. Ah, pero todavía no he tenido la necesidad de utilizar Viagra —sonrió enarcando las cejas.

—¿Y nunca te sientes solo?

—No.

—¿No echas de menos alguien que te cuide?

—No. Cuando me vea muy mal me tomaré una pastilla que provoca un infarto.

Yo no lo había dicho pensando en alguien que le cuidara la vejez, sino en una mujer que le mimara, alguien que le hiciera sentirse un elegido de los dioses. Pero no se lo aclaré. Mis glándulas sudoríparas trabajaban a toda máquina, aunque eso ya no me asustaba, me convenía que el olfato de Simón hiciera acuse de recibo del mensaje que mi cuerpo le estaba enviando.

—Hombre, a veces sí lo pienso: tener el último amor. No le daría la espalda a esa experiencia. Si llega, bien; pero no es algo en lo que piense mucho. La vida me ha enseñado que el sexo es fuente de energía, que cuando dejas de follar, se acabó, empieza la verdadera vejez.

—Es lo mismo que pienso yo, por eso voy a morir joven.

—No, no, es al revés —dijo asustado.

Vi en sus ojos que jamás se había permitido pensar que yo pudiera morir antes que él, que no le sobreviviera.

—Lo que hay que hacer es tener inquietudes y follar mucho, todo lo que puedas. Ahí está el secreto de la eterna juventud.

Yo era una mujer inquieta y folladora y estaba en la mejor edad para ser la pareja sexual de un sesentón, encajaría como anillo al dedo en el papel de último amor que frena a la muerte. Pero en mis fantasías no entraba que Simón muriera entre mis brazos. Yo no necesitaba amor ni sexo. Era su poder lo que yo había venido a buscar.

Era mucho más joven que él, y necesitaba su ayuda. Pero no sabía por donde empezar. Eché de menos la inercia de la inocencia de tiempos pasados. Veintidós años antes no habrían sido necesarias estrategias ni planes, entonces no me lo habría pensado dos veces y le habría dicho claramente: *necesito que me ayudes*.

En la juventud la vocecita estaba en rodaje y apenas le prestaba casi atención, me limitaba a observar, experimentar y tomar nota. Cuando era una chiquilla, sabía que tenía un mensaje que entregar pero no sabía cual, ni cómo, ni dónde. A los cuarenta no tengo dudas, pero sé que hay noticias que no se pueden dar de golpe a un hombre de más de sesenta. Necesitaba encontrar el momento y las palabras para hablarle de todo lo que sabía. Veintidós años después, con el ejército dispuesto y las armas en camino, no podía permitir que creyera que deseaba hacerle pagar alguna antigua factura. No era ese mi deseo.

Pidió la cuenta y nos invitaron a un licor, que yo no tomé. De buena gana me habría metido un whisky por la vena, pero necesitaba toda mi lucidez para bregar con él.

Salimos a la calle y él regresó a la conversación intrascendente mientras aguardábamos a que nos trajeran el coche. Había dejado de llover, yo agradecí el aire fresco y me preparé para lo inevitable, que vino en cuanto él volvió a poner las manos en el volante.

—¿Quieres venir a ver mi casa nueva? —dijo poniéndome la mano en el muslo.

No contesté. Me puse las gafas de sol, y suspiré con hondura. Exactamente igual que veintidós años antes.

—¿Cuánto se tarda? —pregunté. Como si mi decisión dependiera de unos minutos arriba o abajo, como si yo no supiera que podía poner en marcha algo que después ya no podría detener.

—Quince minutos en ir, quince en volver. Y luego, el tiempo que quieras estar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues eso: que puedes quedarte todo el tiempo que quieras.
Estaba escrito que me acostaría con él.
Los dos llevábamos fantaseando con ello 22 años.
Pero cuando le contesté, todavía no sabía qué iba a hacer.
—Bueno, pero A VER la casa.

amorcito dice:

**he quedado con amigos del futbol
a ver el partido**

inar dice:

juás yo estoy aquí sola
no puedo competir con eso
jejeje

amorcito dice:

**tu puedes con todo
pero yo soy muy tonto
y prefiero ver el futbol**

inar dice:

¿por qué habrías de elegir?

amorcito dice:

**pudiendo hacer cosas mas interesante
cierto eso pensaba ver el futbol con una mujer..
ya es insuperable**

inar dice:

no conmigo no
con tus colegas y luego nos vemos, tengo curro

(horas después)

inar dice:

eres un lío, amigo

amorcito dice:

**exacto
inmaduro mas bien**

inar dice:

por eso me gustas
los inmaduros hacen tonterías
como quedar con tías mayores
después de los partidos
los maduros se protegen de ellas
jajaja

amorcito dice:

cierto

inar dice:

entonces?

amorcito dice:

no dijimos que nada de follar

inar dice:

yo te he dicho que follemos?

yo he hablado de darte las gracias

por lo que resuelve amorcito en la novela

amorcito dice:

en tu casa? solos ? con la chimenea?

inar dice:

sí

amorcito dice:

con tu escote?

con mi necesidad actual de sexo?

Ufff

inar dice:

y con la mía no lo olvides

amorcito dice:

eso es demasiado

Un hombre entregado a la belleza

Simón era un esteta caprichoso.

Cada seis o siete años, se compraba una casa nueva, todas con el mismo número de teléfono, que no aparecía en ninguna guía telefónica. Yo había creído que la cuarta era insuperable: un intimidante ático con más doscientos metros de terraza, diez tipos diferentes de árboles y piscina. Pero me equivocaba.

Llegamos por una carretera que bordeaba un pantano. Se había mudado a una urbanización de las afueras, tan exclusiva, que tuvimos que pasar dos controles para poder llegar hasta su casa, que dominaba arrogante desde lo alto de una colina.

La valla de mampostería de pizarra era una obra hecha para ser admirada; como la verja de acero, fabricada con un millón de hilos entrecruzados, tan finos que parecían permitir ver lo que había entre ellos, pero, tan tupidos, que lo que ocultaban resultaba inaccesible al ojo humano.

La verja se abrió con un sigilo automático que parecía cosa de magia, y seguimos el camino de gravilla. Avanzamos por el jardín de inspiración japonesa – qué manía con lo oriental —hasta la casa, una construcción que parecía de una sola planta, aunque jugaba con los volúmenes de los diferentes módulos que la componían. La fachada, de hormigón y piedra natural, mostraba una silueta minimalista de edificio austero en las líneas y ostentoso en las dimensiones. La casa de alguien que estaba muy seguro de sí mismo. Alguien con mucho poder.

El jardín había sido pensado para que no te perdieras un detalle: ni los árboles importados, ni la más humilde flor, ni la piscina con su rebosadero de madera. Todo parecía creado para deleite de los ojos, todo invitaba a creer que nos adentrábamos en un jardín secreto, y que eran varias las cámaras que estaban registrando nuestros movimientos.

La entrada principal —unas puertas que recordé haber visto en alguna otra casa anterior, diseño del propio Simón: sólidas, recias, brillantes, lacadas en tonos de diferentes maderas, obras de arte en sí mismas—, se abrió también electrónicamente al advertir nuestra presencia, y supuse que Simón llevaba algún mando en el bolsillo de la cazadora.

Una colosal fotografía de Spencer Tunik, en la que cientos de personas posaban desnudas en lo que parecía una fundición, recibía al visitante. Estaba colgada en la pared frontal y era todo lo que había en aquel apabullante espacio: una foto, en blanco y negro, de dos metros de alto por cinco de ancho, llena de gente en pelotas.

El vestíbulo era la estancia más alta de la casa y tenía forma de paralelepípedo. Las paredes alcanzaban unos siete metros de alto, en el centro del techo había una esfera de cristal preñada de pompas, que irisaban la sala cuando las nubes dejaban llegar la luz del sol. Simón había sido siempre un rendido amante de la belleza, y se entregaba por completo a ella.

Que hubiéramos sido amantes cuando yo tenía dieciocho jugaba en mi contra. Yo había corrido mucho antes de casarme, pero Simón nunca había dejado de correr. Siempre me encontraría peor de lo que me había conocido, él todavía conservaba un tipo atlético. En aquel apabullante vestíbulo yo empecé a sentirme como un enanito de jardín. Afortunadamente la voz vino a patear mis dudas: *¿qué tonterías estás pensando?*

Seguí a Simón hasta un paisaje, o aquella fue la sensación que tuve cuando entré en el salón. Toda la pared que había frente a mí era de cristal, y lo primero que se veía al entrar en él era el pantano que había a los pies de las montañas. Nadie podía permanecer indiferente ante semejante espectáculo.

—Joder —dije mirando a mi maestro, que sonrió como diciendo: *¿qué esperabas?*

Las otras paredes estaban pintadas en tonos olivo pálido y grises casi blancos. En aquel espacio no había nada que pareciera costar menos de seiscientos euros. Trescientos metros de salón y apenas muebles, sólo los cuadros más destacados de su pinacoteca. Mis botas militares rechinaban sobre el suelo de teka rompiendo la armonía de aquel espacio intimidante. Le vi observando mi calzado.

En una de las botas llevo un comenudo: una cabeza de rana con la boca abierta sujeta la fila de cordón que está más cerca de la puntera.

He visitado a muchas personas con estas botas.

Ninguna se ha atrevido a preguntar qué significa la absurda rana. Me sirve para calibrar el poder que tengo sobre el otro, si pregunta, es porque no teme oír la respuesta.

Simón no preguntaba nada. No sé si sabía que no estábamos en igualdad de condiciones.

Pero necesitaba su criterio.

Ojalá hubiera podido recurrir a alguno de mis seres queridos.

LUIS ROBERTO dice:

soy un GILIPOLLAS. NO ME ATREVO A QUEDAR
CONTIGO. PERDONA DE CORAZÓN. SOY UN IMBÉCIL
COBARDE. ¿Y SI ME GUSTAS? Y SME ENAMORO? ME
MOLAS Y ESO UFFF QUE MIEDO.

TIA, ME HE ACOJONADO. LO SIENTO DE VERDAD LO
SIENTO YA NO TE VUELVO MÁS LOCA. ADIÓS.

Antecedentes de un mesías

Mi abuela fue inmigrante cuando la palabra inmigrante significaba moverte dentro de tu propio país. Entonces, *emigrante* identificaba a quienes se marchaban a Alemania, a Suiza, a hacer las Américas.

Vino del campo a Madrid y, a pesar de que enviudó muy joven, y de que mantenía a sus cinco hijos limpiando oficinas, supo sacar a sus retoños adelante con éxito. Mientras otras mujeres tenían la protección y el yugo de un marido, ella se convirtió en el hombre y la mujer de su casa.

En aquella época, una viuda teñía toda su ropa de negro, se ponía medias de lana y, si vivía en un pueblo pequeño, se cubría la cabeza con un pañuelo oscuro hasta fin de su vida. Una mujer que perdía a su hombre debía ser reconocida por los demás a simple vista. Una mujer que perdía a su hombre lo había perdido todo, (¿como la Virgen María y la Magdalena?) y tenía dos opciones: volverse a casar, o vestir de negro para siempre. La segunda opción significaba enterrarse en vida.

Imaginemos un pueblo pequeño de los años cuarenta en España, a una viuda joven que ha guardado cinco años de luto y que una buena mañana decide que ya está harta. Imaginemos que saca del baúl un vestido rojo, el único que salvó de la gran teñida negra. Ese que le queda tan bien, el que volvía loco a su marido. Que esa viuda, todavía joven y de buen ver, sale a la calle enfundada en el vestido rojo pasión. Alegrará la vista de los hombres.

Pero las mujeres serán las primeras en cuchichear a su paso.

En criticar su descaro, su desvergüenza, su falta del respeto por el difunto. Más le valdrá a esa fresca cazar un marido durante el paseo, porque si sigue viuda, las mujeres la aislarán. El cura, un hombre con faldas, las apoyará. Las religiones se inventaron el rollo de la vida eterna para que las mujeres nos sometiéramos en esta.



En aquel ambiente vivía mi abuela cuando enviudó.

Acababan de instalarse en Madrid. Y ella hizo lo que creía que tenía que hacer, lo que debía para que las demás mujeres, las que todavía tenían marido, la aceptaran entre ellas: imponer un código ético en su casa no muy disímil del que regía en la Casa de Bernarda Alba. Que nadie pudiera decir nada de ella ni de sus hijos. Cuatro años después de la muerte de mi abuelo, en una casa con cinco hijos adolescentes, las risas, la radio y las canciones estaban prohibidas, las chicas debían ir con medias de lana negras en los ferragostos de Madrid y el rictus severo y contrito era obligatorio. Mi abuela estuvo muchísimo tiempo sin permitirse una sonrisa. Quienes conocieron a mi abuelo, hablan de él como de un hombre dicharachero y festivo, un hombre al que probablemente no le habrían gustado nada aquellas mortificaciones en su nombre.

Las chicas de la casa tuvieron que ponerse a trabajar para que los chicos siguieran estudiando; a pesar de que, probablemente, mi madre habría podido ser la estudiante más brillante de los cinco. Se casó joven con un hombre bastante mayor que ella, un hombre bueno, trabajador y genial, un hombre hecho a sí mismo que había estudiado durante años después de vender dulces por las tiendas y los bares. Él era del mismo barrio pero no tardó en sacarla de allí, apoyarla para que continuase estudiando, permitirle que creciera y educara a sus hijos e hijas por igual. Él siempre la escuchó, admirado por su inteligencia y su lógica aplastante —vestigios de una madre que había tenido que hacer de hombre y mujer—. La enseñó a volar. Y sin embargo, cuando vio el remoto peligro de que ella abandonara el nido, le cortó las alas.

Durante mucho tiempo, mi madre pasó noches estudiando unas oposiciones. Mi padre le facilitó el trabajo en todo lo que pudo: nos llevaba de paseo, al cine, a la fábrica, al bar..., donde fuera, con tal de que ella pudiera estudiar. Le recuerdo comentando orgulloso que ella no estaba con nosotros porque se preparaba para funcionaria. Las madres de nuestro círculo social no trabajaban, unas porque eran demasiado ignorantes y otras porque se creían demasiado listas. Mi madre sacó uno de los primeros números de la oposición pero tenía que irse un mes a trabajar a una provincia y mi padre se negó en redondo.



Ella se sacrificó por nosotros.

A mí me pareció una injusticia.

Desde mi primera infancia recuerdo a mi madre intentando demostrar algo: ser la más rápida en mecanografía, la primera en llevar pantalones, la primera en cortarse el pelo, la primera en adelgazar, la primera en preparar unas oposiciones, la que mejor cocinaba, la que mejor llevaba las cuentas de la casa, la única que chapurreaba algo de inglés, la única que inculcaba aspiraciones profesionales a sus hijas... Las mujeres de los amigos de mi padre eran mayores que ella y ninguna entendía por qué se complicaba la vida tanto, pudiendo permitirse vivir como una señora a la sombra del marido.

La inteligencia de mi madre era demasiado grande para la pequeña tarea de cuidar de familia. Cuando yo era niña, Franco todavía estaba vivo. Mi padre era completamente ajeno a la política, él era ideólogo de la buena vida. Cuando en alguna reunión de amigos alguien sacaba el tema a colación, las mujeres se callaban modositas y, bien escuchaban a los hombres con un respeto reverencial, o se enredaban en una insípida conversación sobre *cosas de mujeres*.

Mi madre no. Leía los periódicos, compraba libros para todos nosotros. Y discutía con los hombres, les rebatía. Muchas veces ella estaba más informada que ellos. Y ellos la escuchaban. Yo asistía a todo aquello en silencio, y comprendía lo que medían sus ojos airados cuando me regañaba: *yo no pude estudiar, tú si puedes: estudia.*

Estudia.

Sé independiente.

Aprovecha el cerebro que tienes.

Mi cerebro.

Esa puta máquina que parece la maquinaria más precisa del mundo. Mi cerebro, al que he estado dando munición durante tantos años. Ella decía: *estudia*, porque para ella estudiar significaba un título, una profesión, una carrera, dinero, independencia. *Estudia*. No sabía que las letras me darían la libertad. No sabía que se puede ser total y absolutamente libre.

Cuando los otros hombres escuchaban a mi madre, mi padre se servía otra copa y sonreía. A veces le llevaba la contraria por el gusto de verla crecerse, pero se inflaba como un pavo cada vez que ella

vencia y él, con su pañuelo de seda al cuello, su jersey de cachemir, su incipiente y sexy calva y sus pantalones de pana, quedaba como el gallito vencedor del corral, casado con la mejor gallina.

Años después mi padre se arruinaría, se separaría de su socio y montaría una nueva fábrica de caramelos con ella, que por fin encontró una utilidad para todos sus años de estudio. A partir de entonces ella se encargó de las finanzas. Fue en aquella época cuando se hicieron ricos.

La ambición femenina no es algo que naciera espontáneamente conmigo.

Mi madre alimentó mi ambición desde niña, pero cometió el error de creer que mis ojos de hombre se podrían disimular con unas gafas correctoras. Me hizo creer en mí misma, en mi capacidad, en mi inteligencia. Ahora tengo cuarenta años y sé que mi inteligencia es un arma de construcción masiva.

Ahora, cuando me pongo la mochila para ir a alguna manifestación, se me encara y me dice: *lo primero son tus hijos.*

Como si yo no lo supiera.

Por mis hijos estaba allí con Simón. Para que fuera mi generación y no la suya quien librara la última batalla por la libertad.

kirikí dice:

*ojo solo me interesa que me bombardees de ideas
y yo espero que soportes mi curiosidad
ya me voy a manchar en la vida recuerdas*

inar dice:

ya lo he visto has hecho los deberes
te comprometes me alegro

kirikí dice:

*por lo menos en algo. Con una mujer. aunque no sea en lo
que a tí te gustaría: que me enrolara en tu ejército*

inar dice:

a mí me encanta que tengas novia así no me darás el coñazo con
el sexo

kirikí dice:

amiga

inar dice:

pues si es amiga ¿dónde está el compromiso?

kirikí dice:

*con derecho a compartir sentimientos
para mí eso es mucho*

inar dice:

jeje
estás igual que siempre

kirikí dice:

casi es una pareja

inar dice:

casi

kirikí dice:

*no solo que con el tiempo será algo mas
solo la conozco de 6 meses*

inar dice:

a tu edad suficiente, tienes 38

kirikí dice:

y encaja pero hay que ir despacio

inar dice:

pues me alegro por ti ya me la presentarás

kirikí dice:

*no se, depende? y si ella si se compromete
entonces tendría que tomar una decisión difícil.
Sabes a lo que me refiero ¿no?*

inar dice:

Sí

kirikí dice:

*tendre que borrarle del msn.
Voy a echarle muchisimo de menos. No sé.
De alguna manera estoy enganchado a ti
y me duele la idea de perderte.
Has sido, eres una experiencia alucinante en mi vida.*

inar dice:

no te preocupes siempre podrás comprar el libro
estaré siempre contigo

kirikí dice:

no sé si sere capaz de no volver a verte eres como una droga para mí

inar dice:

te ayudaré: voy a borrarte para ayudarte a cumplir tu compromiso
te echaré de menos

kirikí dice:

*espera no puede ser ese es el problema de internet
humanizamos algo que no conocemos
aire*

inar dice:

no no es el problema, es lo bueno: nos vuelve más humanos

kirikí dice:

bueno unos y cero

inar dice:

¿no te has dado cuenta? conmigo hablas lo que no hablas con
nadie más

kirikí dice:

*bueno, a fin de cuentas tú eres la comandante, ¿no?
Tú eres el mesías.*

inar dice:

internet es como la telepatía. Te borro, por tu bien.
Bye, baby.

Sabía que iba a tener que seducirle

y que, a su vez, él aprovecharía cualquier resquicio que yo dejara desprotegido para atacar. Sentía el peligro en cada centímetro cúbico de la estancia, pero avanzaba hacia el campo de minas con determinación temblona. Estaba segura de que los latidos de mi corazón quedarían registrados en todos los sistemas de seguridad de la casa. Olía el vértigo de los grandes desafíos.

El sonido de mis botas me daba mucha seguridad en mí misma, no podía evitar sentirme como el ejército invasor que pasa revista a lo que pronto será suyo.

Tenía que hacer que comiera en mi mano. Él estaba allí aguardando que le mostrara los frutos de sus semillas, y yo necesitaba que creyera en mí. Su admiración era un paso inexcusable para mi éxito.

Simón me invitó con un gesto a que me sentara en el sofá, inmenso, flanqueado por dos mesitas en las que había jarrones de flores iluminados desde dentro, de modo que los tallos y las hojas adquirían tanta o más importancia que las corolas. Él entró en la cocina a pedir algo a la mujer que le atendía en casa.

En la mesa baja y blanca que había ante mí, descansaban varios periódicos extranjeros, libros en alemán e inglés y un tablero de ajedrez con una partida a medias. La mujer entró en el salón y dejó la bandeja cerca de mí, con una botella de whisky, una hielera, dos vasos, una jarrita con agua y un cenicero impoluto. Este último era lo único que no hacía juego con la decoración, y supuse que sería un vestigio de la época en la que Simón fumaba compulsivamente. Los fumadores no eran bienvenidos. Oí que él le decía que podía marcharse a su casa. Dejar el campo despejado.

—Vaya, no se puede decir que te falte espacio

—He dado por hecho que te apetecería una copa —cogió los hielos con sus dedos largos, limpios y delicados, como yo los recordaba.



Aunque unas pequeñas manchas moteaban sus manos, la piel delataba su edad —Yo ya casi no bebo— el hielo rebotó en un cristal finísimo —Pero un día es un día.

Me tendió el vaso y miré su fea carota mal levada, sus chispeantes ojos, que tenían la facultad de sonreír como pocos. No me pareció que hubiera cambiado mucho, aunque eché de menos las gafas de culo de vaso con las que yo le había conocido. Él me sonreía, parecía muy seguro de sí mismo. Lo único que se me ocurrió fue darle un buen trago a la copa. Señaló al gran ventanal.

—Mira, te regalo un atardecer.

El sol, como si fuera otra más de sus propiedades, comenzaba a ocultarse tras las montañas, y no pude evitar pensar que el poder compra horizontes. Que era lo que yo había venido a vender. El sol, ausente durante todo el día, venía a susurrarme que no se conquistan horizontes grandiosos sin grandes aliados. El sol era más grande que yo, más grande que mi familia, más grande que Simón.

Acababa de regalarme un atardecer que yo no podría colgarme al cuello.

Él, prudente, me había puesto un whisky muy corto, lo apuré de un trago y me serví otro, bastante más generoso. Me observaba con ojos de entomólogo experto. Durante la comida me había moderado en el consumo de vino, había llegado el momento de aflojar las riendas. Cogí de mi bolso el saquito del hachís.

—Voy a hacer algo que siempre he tenido ganas de hacer delante de ti.

—No me digas que has vuelto a fumar porros.

—Nunca lo dejé, en realidad. Os dije a ti y a mis padres que lo había dejado para que no os preocuparais. Este atardecer merece un porrito.

Saqué la china y los papelillos bajo su atenta mirada. Yo ya no era una niña y sabía sobre las drogas mucho más que él. Quizá esa fuera la única cosa en la que yo lo superara.

No se perdía un detalle de la elaboración, como si nunca hubiera visto un canuto. Aunque quizá hiciera siglos que no tenía uno cerca.

Saqué la lengua para mojar la goma del papelillo y él se recreó en mi boca.



Mi boca.

Mi boca.

Mi boca.

El lugar del que sale mi lengua húmeda y tibia. Y mis palabras, que tanto te excitan.

Mi lengua, cariñosa y solícita como una madre, devuelve a tu dios al útero materno.

Mi lengua puede despertar tu hombría, mi mente puede excitar a dios, arroparle, hacerle creer que es el único y el mejor. Los hombres amáis la vida que os quitamos, no la que os damos, que sólo trae responsabilidades y problemas.

Una mamada consigue más que mil madres histéricas detrás de una pancarta.

La crisis de los cuarenta

Cerré el canuto por el extremo que quedaba abierto y lo sacudí para compactarlo. Llevo más de veinticinco años haciéndolos y todavía me salen de principiante.

—¿Sigues relacionándote con aquella gente tan peligrosa?

—¿Qué gente?

—Aquel del todoterreno... ¿cómo se llamaba?

—Ah, sí, Carlito —dije encendiendo el porro— Desapareció del mapa hace mucho. Comenzaron a presionarle los colombianos por un lado y los marroquíes por otro, y se volatilizó. Creo que ahora es un honrado propietario de bar de copas en Canarias. Incluso me suena que alguien me dijo que se había casado y tenía hijos. Vivir para ver —di una profunda calada y mi vista se perdió en mi atardecer, que ya acababa su función— De aquella época ya no queda casi nadie: los que dejaron de drogarse en plan salvaje desaparecieron de escena, otros murieron, y algunos siguen viviendo igual que entonces. Pero yo ya no hago esa vida y sólo les veo cuando coincido con ellos por azar.

—¿Te siguen queriendo tanto?

—Supongo que ya ni se acuerdan de cuánto me querían, pero sí. Siempre parecen felices de verme.

—¿Y cómo te las arreglas para conseguir el hachís sin moverte en ese mundo?

—¿Cómo te las apañas para hacerte con esta botella de whisky?

—No es lo mismo, el whisky es legal y lo venden en todas partes.

—El hachís es ilegal, pero también lo venden en todas partes. Aunque con muchas menos garantías que tu whisky.

—¿Te pueden llevar a la cárcel por fumar?

—No, te pueden multar. Con cárcel está penado el tráfico. Es una absurda ley seca, y además va contra la seguridad nacional, e incluso, internacional.



Simón olfatea el aroma de este hachís, que merece el buen nombre de chocolate.

—¿Contra la seguridad internacional?

—Sí. La hipocresía de la sociedad es tal que siempre se asocian las drogas con la marginalidad, pero el de las drogas no es un mercado pequeño. Es un inmenso negocio de miles de millones de euros que escapan al control del fisco.

Simón sonríe divertido y me habla con el tono en el que hablaría a una chiquilla poco informada.

—Hombre, decir que la falta de control fiscal sobre un mercado vaya a afectar a la seguridad internacional, me parece un poco exagerado.

—Por eso estamos como estamos, porque a los gobiernos los asesora gente como tú, que no cuenta con la gente como yo. ¿Tú sabes lo que hace el jefe de mi camello con el dinero que gana con el tráfico de hachís? Financia la yihad —contesto señalando el porro—. Ahora mismo yo estoy financiando un atentado, porque no puedo comprar hachís legalmente y nadie puede controlar qué hacen con el dinero. Ningún medio de comunicación investiga qué hay detrás de la penalización de las drogas. Todos los medios de masas dan por buena la teoría oficial, sean de la ideología que sean. Hay miles, millones de personas queriendo entrar en Europa por nuestras costas ¿Te has preguntado alguna vez por qué no se legalizan las drogas y se deja que los países salgan de la miseria con su comercio? Supondría inversión de capital extranjero, construcción de infraestructuras y fábricas, creación de puestos de trabajo y ralentización de los movimientos migratorios... Crear en África, en Asia, en Latinoamérica, una industria de las drogas como la del whisky, el tabaco o el vino.

Simón se quedó mirándome con cara de preocupación. Era el momento de hablarle del libro, pero no supe interpretar su mirada y yo esperé no haber metido la pata. Es lo que tienen las drogas, las carga el diablo y te secan la boca. Tuve que dar un buen trago a mi segundo whisky. Gran error. Le di al enemigo munición y aire suficiente para contraatacar.

—¿Estás atravesando una crisis? —dijo señalando a mi vaso.

—Yo no lo llamaría exactamente así.



—La crisis de los cuarenta es inherente a la edad. Todo el mundo la sufre —dijo intentando consolarme como si yo fuera una imbécil, y no un mesías que se toma una copa ante el vértigo de su misión.

—Ya lo sé. Yo fui tu crisis —contesté desabrida.

Me miró como si lamentara que me hubiera saltado las reglas del juego sacando el tema a colación sin una sonrisa. Dio un trago y dejó el vaso sobre la mesa para reclinarsse en el sofá, pasando el brazo sobre el respaldo.

—Bueno, yo puedo ser la tuya, si quieres —dijo con una sonrisa que había visto miles de veces— ¿Quieres que te enseñe la casa?

Entendí el mensaje. Ya me había escuchado demasiado rato. No me había llevado allí para que le adoctrinara. Me levanté y fui detrás de él dispuesta a dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Su casa era la que necesita un mujeriego que ya no es joven. Veinte años atrás Simón se había podido permitir el lujo de seducir sin el auxilio de su dinero, le bastaba la palabra. Estábamos en un lugar de ensueño que estaba pidiendo a gritos una mano de mujer que le diera una pátina de calidez, no había nada que no fuera exclusivo y carísimo. Me enseñó cada rincón de la casa sin disimular lo orgulloso que se sentía de ella, exhibiéndola como un pavo que abriera la cola en abanico, como un comerciante en un mercado de mujeres exigentes. Pero a mí no me atraía su dinero, no me fascinaba el lujo.

A mí me atraía su poder.

El paso del tiempo

No me pasó por alto que se estaba reservando su dormitorio para el final. En cada estancia me hablaba de la procedencia de cada objeto y contaba anécdotas de los pintores de los cuadros, íntimos todos, de los diseñadores, con los que comía de vez en cuando, aunque vivieran en Nueva York o Italia. Pero yo sabía que estaba pensando en metérmela. Me excitaba muchísimo el juego, recorrer la casa hablando sobre arte como eruditos mientras nuestros cuerpos mantenían una conversación en un lenguaje mucho más animal y nuestras pieles se electrizaban. Él me rozaba el trasero como por casualidad, yo sentía mis labios hinchados cuando le hablaba, él olía mi excitación, y yo me mojaba, como la cachorrita que reconoce al compañero que la ayudó a cruzar el río.

Y olfateaba el peligro.

Como el joven macho alfa que ha venido a conquistar el territorio.

Llegamos a su suite, que también tenía unas vistas impresionantes y muchas obras de arte. Me enseñó un tríptico que tenía junto a la cama, en el que aparecía una mujer desnuda cuya cabeza era un capullo de pene.

—Esta eras tú —me dijo susurrante.

Esta soy yo, pensé.

—De eso nada, yo tenía las tetas más grandes y más bonitas —dije sarcástica.

Simón sabía mejor que nadie que a las mujeres se las conquista por el oído, pero yo era la aventajada de la clase, y no me impresionó el viejo truco. No me haría creer que pensaba en mí cada vez que veía aquel cuadro. Es decir, todos y cada uno de los días de los últimos veintidós años.

—¿Qué te parece el dormitorio?

—Un poco frío...

Se sentó en la cama y yo hice lo mismo para admirar la perspectiva de la suite y la televisión ultraplana que teníamos enfrente. Yo me senté a su lado muy tiesecita. Me habría resultado facilísimo bascular hacia él y apoyarme en su hombro, besarle o ponerle la mano en la bragueta, que era lo que más le gustaba. Me estaba divirtiendo en grande. Sabía que él estaba esperando que fuera yo quien tomara las riendas de la situación, para no tener ninguna responsabilidad en ello. Pero yo podía esperar eternamente.

Como yo no abría fuego, me mostró los diferentes juegos de luces, ideadas para que cada momento que tuviera lugar en aquel espacio fuera inolvidable. No me veía en aquel decorado, era demasiado terrenal para un escenario tan zen. Soy una española apasionada. No sé sonreír a todas horas. Seguía sentada sobre la cama cuando cerró las puertas para que pudiera apreciar los cuadros con la luz precisa. Me puse en pie, pero no hice nada por acercarme a él, ni mostré interés por la excitación con la que se había ido rozando conmigo por toda la casa, tampoco quise darme por enterada de lo que las puertas cerradas significaban.

—Sí, lo debes pasar bomba aquí con todas esas mujeres —dije burlona— ¿Por aquí se va al baño?

—Sí —contestó con una mueca triste al tiempo que abría la puerta corredera que daba al gran vestidor y al inmenso baño— Bueno, entonces no quieres aceptar mis proposiciones deshonestas...

Sentí lástima de él por primera vez en mi vida, y me di cuenta de que yo no quería hacerle sufrir, sólo tenía agradecimiento. Pero me puse alerta: no podía permitirme compasión, porque es lo que me pierde. Se acercó a mí, atrajo mis caderas contra las suyas con delicadeza, como si él no estuviera haciendo nada.

Me separé de él con suave firmeza, recorrí el vestidor y el baño, tres veces más grande que el salón de mi casa, exhibiéndome, dejando mi rastro. Permitiendo que me acariciara el culo, ofreciendo mi cuello a sus labios. Él conocía la ebullición que estaba teniendo lugar dentro de mí, le excitaba repetir el juego del no con la boca pequeña. Envolvió mi cara con una sola mano y depositó unos labios trémulos sobre los míos.

Mi cuerpo de mesías joven que disfrutaba de hombres duros y fuertes, reculó instintivamente ante aquellos besos. Mis pezones, excitados por las caricias que estaba dedicando a mis tetas volvieron a sus cuarteles. Reconocí el sabor de Simón en mi boca.

Pero ya no era lo mismo.

Como un excelente caldo de pollo que se estuviera echando a perder.

Me apoyé contra el quicio de la puerta y él me acorraló con su, nuestro deseo añejo. Habría podido dejarme llevar por él y rodar sobre la cama, pero se me estaba haciendo tarde.

—No es que no quiera, es que no me puedo quedar más —murmuré dejándome besar— Había dicho en casa que estaría de vuelta a las siete y son más de las siete y media.

Me colgué de su cuello y acepté sus besos blandos sin esforzarme por parecer apasionada, no quería que se excitara más, no quería dejarle con un inútil dolor de huevos. Cuando comenzó a ejercer demasiada presión sobre mi pelvis, me aparté de él con resignación

—Me encantaría quedarme, pero es muy tarde —volví a besarle en los labios— Anda, llévame a mi coche.

Con un suspiro se separó de mí y se encaminó hacia la entrada de la casa para coger las llaves. En aquel momento sonó mi móvil, y él aguardó a que contestara.

—¿Sí?... En la productora... Acabo en diez minutos y voy para allá para que tú puedas marcharte, Zaida.

El Mercedes se deslizaba por la carretera negra. *No* con la boca pequeña otra vez, como si veintidós años no hubieran cambiado las cosas entre nosotros, como si la única diferencia fuera que él estaba más viejo y yo más gorda. Nos alejábamos de su casa como quien se aleja de una fantasía, me alejaba de su casa como de todos los sueños que había tenido desde niña, y tuve la sensación de que estaba dejando pasar una oportunidad única.

Mi puto deseo se reduce a hacer felices a los demás.

Eso ya lo he dicho antes.

—¿Sigues follando con jovencitas? —pregunté llevando la mano hasta su cuello, que acaricié lentamente.

—No. Las chicas que conozco no tienen inquietudes, ¿quién quiere enseñar nada a quien sólo piensa en casarse con un policía municipal y pagar la hipoteca? Tú me gustabas mucho porque no eras así —dijo cogiendo mi mano y besando mi palma.

—¿Sabes también lo que me pasa? —pregunté devolviéndola a mi regazo— Que me da corte volver a acostarme contigo.

—No me vengas con esas a estas alturas, tú eres joven, al que debería darme reparo es a mí.

—Y no te lo da.

—No, hago pesas, tengo un cuerpo trabajado.

—Menos mal, porque me daba un poco de mal rollo pensar que te desnudaras y tuviera que decirte ¡vístete, que me recuerdas a mi padre! Pero no es sólo eso, es que hace mucho que nos conocemos. Seré más joven que tú, pero soy la alumna y supongo que tendré que demostrarte algo. No tengo muy claro si echaríamos un polvo o un pulso.

Me miró cómplice.

—No lo sabremos hasta que lo hagamos.

—Y hay otra cosa.

—¿Qué?

—Me crea problemas de...¿conciencia? acostarme contigo sin decírtelo, no me gustaría que pensaras que me voy a la cama para conseguir algo.

—No me importa las razones por las que te acuestes conmigo, tengo sesenta y dos años. ¿De qué se trata?

—Estoy escribiendo algo que puede meterme en un buen lío. Me gustaría que lo vieras.

—¿Un lío de qué tipo?

—No sé, tengo la sensación de que puedo provocar algo con ello.

—¿Algo?

—No puedo explicártelo así sobre la marcha, es muy complicado. Tendrías que leerlo para entenderlo.

—¿Está acabado?

—Todavía no.

—Pues cuando la acabes, me llamas y nos vemos.

—No hace falta que esperemos a eso para volver a vernos.

El vigilante de la garita casi se había cuadrado cuando vio a Simón, y se había apresurado a levantar barrera.

Nos bajamos del coche y me acompañó hasta el mío.

No con la boca pequeña.

Me dejé abrazar.

Me dejé besar.

—Suéltame, que ahora tengo que marcharme. Te llamaré —dije abriendo la puerta del coche con el mando, pero él retenía mi boca entre la suya.

—Llámame cuando quieras —dijo sin despegar sus labios de los míos.

—Déjame ir, que ahora no puede ser —puse una mano en su pecho y me separé de él, pero volvió a atraerme de nuevo, me besó mirándome a los ojos.

—Siempre me volvieron loco tus ojos.

—Claro, es lo mejor que tengo. Ahora sí que me voy. Te llamo la semana que viene.

Aguardó en su coche a que yo arrancara, y salió delante de mí.

Su olor, que era penetrante como un perfume, se había quedado impregnado en mi cara y me limpié varias veces con la manga, logrando el efecto contrario: que se expandiera por más lugares. Aquella sensación era completamente nueva para mí, estaba tan húmeda que sentía la costura del pantalón mojada, y sin embargo su aroma ineludible me provocaba cierto rechazo.

Mientras regresaba a casa no podía dejar de pensar en todo lo que había sucedido. Me preguntaba si el sexo sería peaje inexcusable u obstáculo en mi camino. Recordaba su excitación en el dormitorio, en el baño, en el vestidor, su voz susurrante detrás de mí, el ansia contenida de sus besos, la despedida interminable en el coche, su bragueta, incapaz de separarse, feliz de estar frotándose contra mí.

Demasiado fácil para ser cierto.

Hombres y mujer

Mi madre, mis hermanos, mis amigos, todo el mundo me dice: piensa en tus hijos.

Piensaentushijospiensaentushijospiensaentushijos.

Pablo anda completamente desnortado: no nos da dinero —porque no lo tiene—, pero tampoco quiere sentarse conmigo para enseñarme las deudas que ha ido contrayendo y que podamos separarnos de una vez. Hasta hace poco me llamaba rabioso unos días y otros me suplicaba por un plato de sopa, un abrazo, una siesta. Nos veíamos con frecuencia, en cuanto sus brazos me envolvían me convertía en un ser líquido, en una hembra complaciente.

Sabía que no debía abandonarme, pero no siempre supe controlar mis instintos.

Se va inmolando poco a poco ante mis ojos. Extraño sentimiento éste que me mueve a protegerlo, si de mí dependiera, lo metería en mi cama y lo arroparía con todo mi amor, le follaría muyyyy despacio para que se sintiera bien hombre. Antes eso era suficiente para que él se sintiera seguro, ahora mi sexo le hace sentirse débil, manejado, marioneta. Hubo días en los que venía por aquí, me rondaba, se rozaba conmigo, me abrazaba, me besaba, me ponía cachonda y, cuando parecía que estaba a punto de desnudarse, salía corriendo.

Como el yonqui que se demostrara a sí mismo que puede tomar una caña con el camello sin pillar una dosis.

Hay que tener mucha sangre fría para ver cómo se autodestruye a buen ritmo el hombre que más has querido, el padre de tus hijos. Todavía le deseo, pero soy consciente de que mi sexo le aniquila. Dale a un hombre lo que desea y se volverá loco. Hará lo que sea para mantenerte cerca. Desde mentir y arruinarte hasta suicidarse con saña ante tus ojos.

Cuando quedo con algún hombre que conozco en la red, sé que su intención es borrar me del msn en cuanto haya conseguido lo que estaba buscando. Sin embargo todos regresan, todos vuelven para hablar, hablar, hablar y hablar.

Se enganchan.

Y su manera de defenderse es quedarse en su burbuja.

amorcito dice:

**si fuese un privilegiado, hubiese cogido mi movil,
te hubiese preguntado donde esta tu casa
y habria visitado tu chimenea**

inar dice:

tenías ese privilegio, que no lo uses es responsabilidad tuya

amorcito dice:

que me imagino andara bastante caliente

inar dice:

es al único tío que invito a mi casa

amorcito dice:

**jejej
gracias es un detalle que valoro sin coñas**

inar dice:

apúntalo por ahí en tu diario
porque en cuanto vendamos la casa
habrás perdido la oportunidad de la chimenea

amorcito dice:

**otra oportunidad perdida
la historia de mi vida**

inar dice:

¿has bebido mucho?

amorcito dice:

**tres cervezas es basatante para mi hasta el punto
que he estado a punto de llamarte y todo**

inar dice:

tómame otra y voy a buscarte para que no tengas que conducir

amorcito dice:

jeejj demasido tarde ya estoy en mi nido

inar dice:

lástima

siempre me arrojas en brazos de hombres que no me gustan
eres cruel conmigo

amorcito dice:

lo siento

yo tengo que conformarme con mi mano izquierda

inar dice:

algún día mataré al imbécil que te ha convencido de que es mejor
estar muerto que vivo

amorcito dice:

creo que fue camus

inar dice:

si camus, kundera toda esa gente te enseña tanto
¿cómo es que no me has llamado después del partido?

amorcito dice:

soy un pringao cualquiera lo huiese hecho, jejej

inar dice:

no no te equivoques
nadie lo habría hecho
no eres un pringado
eres como todos

amorcito dice:

cierto no me considero especial

inar dice:

yo sí te lo considero y lo sabes
por eso me tienes aquí todas las noches

Me conocen en las páginas de contactos, buscan sexo fácil y sin embargo se quedan enganchados a las palabras, a la foto y, los pocos que llegan a conocerme, siguen escribiéndome pero resistiéndose a volver a verme una vez más.

Cuando veo a Pablo, ruina y sombra de sí mismo, casi comprendo la prevención de los otros hombres: ninguno quiere verse como él. Soy una persona intensa, excesiva. El sexo puede llegar a convertirse en un arma letal.

Guerrilleras

Me he cortado el pelo mucho y no me quito las botas militares. Paso las noches en vela, reclutando en la red, buscando gente con ganas de aprender y enseñar.

Cada conversación es una tesela en el mosaico de mi conocimiento. Aprendo de todas y cada una de las personas que hablan conmigo, siento que me estoy volviendo sabia, que he comenzado a sobrevivir por encima de la realidad, que empiezo a tener una perspectiva global. Todos tenemos algo que aprender y enseñar. Ese es el único sentido de la vida.

Me siento libre.

Y tengo intención de seguir siéndolo.

Hablo, me muevo y miro como inar, soy un nick⁴ increíble. Voy por la calle con mi par de tetas, mis gafas de sol plateadas —que son las que llevaría una mujer muy segura de sí misma— mi sonrisa y mis botas militares. Ellos me miran como cuando tenía diecisiete años. Pero ahora soy un espejo sin disimulo, les devuelvo la sonrisa.

A mi paso, se quedan pensando.

Italiano en bcn dice:

Mmm no estoy seguro...

Creo que somos demasiado provincianos ya sólo

Para Europa, como para preocuparnos del mundo...

Mira el statut

inar dice:

el statut el estado los políticos y la democracia tal y como la conoces tienen las horas contadas, no existen los derechos históricos

⁴ Nick: nombre con el que te conocen en el msn.



Italiano en bcn dice:

como italiano tengo el derecho histórico a mandar sobre España, lo ganaron mis antepasados hace dos mil años.

inar dice:

imagínate la de derechos históricos que tienen los inmigrantes musulmanes, por poner un ejemplo.

Italiano en bcn dice:

unque no esté de acuerdo con tu sistema admito que hay algo de coherencia en tu rabia

No dudar es una sensación extraordinaria. Hace que te sientas muy poderosa.

No será tan fácil llevar la buena nueva a las mujeres. A ellas no les bastarán unas palabritas por la red, son más complicadas. A ellas tendré que arengarlas en vivo, con mi pelo corto, mis botas militares y mi seguridad de hombre que cree en sí mismo.

Ellas son más difíciles. Aunque no lleven velo ni vayan a misa. Pero todas tienen un pequeño guerrerito en su interior, y yo llevo mi desfibrilador para reanimar a los que todavía tienen vida. Llevo mi mejor arma: la palabra. Me sobra munición.

amigadelalma dice:

pero ¿no t da cort desnudart y q se t vean las estrías, o el michlin? el tiene 29.

inar dice:

¿pero de verdad todavía te crees que ellos reparan en eso?
¿cuándo fue la última vez que tu marido te hizo feliz?

amigadelalma dice:

Ni m acuerdo m das nvidia

inar dice:

Porque quieres, podrías hacer lo mismo que yo, eres una mujer atractiva

amigadelalma dice:

yo no soy tan valient como tu

inar dice:

Pero ¿qué te da miedo? ¿que tu marido se entere?



amigadelalma dice:

**de sobra sabes tu que el pasa de mi
pero me da vergunza
que otro hombre vea mis carnes morenas
Ya no tngo veint años,
m sobran unos kilos.**

inar dice:

a casi todos les gustan las curvas
te estás perdiendo la vida
por culpa de los anuncios de la tele.

Ojalá sólo tuviera que enseñar a las mujeres unas cuantas conversaciones con mis reclutas para que entendieran que el amor, la rabia y la impotencia son sentimientos universales. Que por primera vez en la historia podemos utilizar nuestra mejor arma, la palabra, para cambiar las cosas. Que podemos aunar nuestras voces y hacernos oír.

Ojalá bastaran unas conversaciones para que las mujeres comprendieran que los hombres necesitan que les escuchemos. Los musulmanes andan explotando por los aires ¿no se hacen preguntas sus mujeres ?

Los occidentales no saben quienes son ni a dónde van.

La mujer está genéticamente preparada para atender a varios asuntos a la vez. En el país de la palabra, la mujer es la reina. La red debería ser nuestro medio natural.

Arenga

Soy mujer.

Soy madre.

Todas las madres somos estrategas, todas las mujeres llevamos un soldado dentro. La religión, llámese Islam o Corporación Deestética, no quiere que ese soldado salga.

Yo estoy aquí para despertarlo y llamarlo a la lucha. Pero no podemos ir a la guerra solas, necesitamos a nuestros hombres. Es necesario que las mujeres recluten entre sus hombres, la vida es la guerra y la guerra es una cuestión de equipo.

Osama dijo: conquistaremos occidente con el vientre de nuestras mujeres. Supongo que no se le ocurrió que quizá sus mujeres pudieran pensar por sí mismas. Bush dijo: conmigo o contra mí. ¿Tampoco nos hacemos preguntas las occidentales?

He de enseñar al que no sabe, para que, donde yo caiga, otro se levante.

Enseñaré todo lo que sé.

Iré puerta por puerta si es necesario.

Sé que lo que hago es una llamada a la guerra. Soy inardesolange@hotmail.com y estoy movilizando a millones de personas descontentas, gente corriente con buen corazón.

Y las mujeres habremos de utilizar nuestro poder: somos mujeres. Somos **MADRES**. Somos nosotras quienes tenemos la sartén por el mango. Y deberíamos hacer algo para salvar a nuestros hombres.

Amorcito

Hablo con cientos de hombres.

Muy pocos son felices.

Cuando ya tienen confianza conmigo entran en mi msn para discutir de política unas veces, para charlar y desahogarse la mayoría de las ocasiones. Por alguna razón encuentran refugio en mí, en mis palabras, en mi silencio atento. Parece que sólo estamos charlando, pero en cierto modo me siento responsable de ellos. Soy la confesora de mucha gente, ante la que me abro y me muestro como soy: el primer soldado que sale de la trinchera ofreciendo el pecho a las balas enemigas. Mi valentía les fascina tanto como a mí su cobardía.

Entre los muchos que me escriben, sólo escojo a los más inteligentes. A veces quedo con algunos de ellos. Nunca buscaría el amor en la red, pero soy muy curiosa y la curiosidad tiene caminos insólitos, para aprender hay que conocer.

El único que ha despertado mi deseo intelectual y sexual en idéntica proporción es Amorcito. Cuando le vi por primera vez, lo encontré tan guapo que supe que tenía que haber truco.

No quiere saber nada de mi guerra. Le gusta asomarse a mi locura y curiosear, aprender, como él dice, y después regresa a su burbuja, de donde sólo le sacaré la futura madre de sus hijos, si es que un día aparece.

Mis palabras a veces logran que sienta el mismo vértigo que yo, pero en cuanto se aleja del calor de mi presencia, su entusiasmo se enfría y recula. Desearía haberle conocido en otra época menos difícil de mi vida y haberle podido tratar como se merece, sería un buen discípulo si yo lograra respetar su ritmo, pero vivir en matrix me impone un diapason muy acelerado. Con frecuencia me impacienta su indecisión, su cobardía, su indiferencia y le regaño. Como si yo no supiera que esa es la mejor manera de alejarlo de mí. Ahora no puedo

permitirme el lujo de enamorarme, de vivir para un solo hombre, tengo demasiado amor por repartir, pero de buena gana invertiría toda mi energía en hacerle feliz. Si tuviera tiempo, me enamoraría de él en exclusiva.

Soy como esos jugadores de ajedrez que compiten contra muchos otros a la vez, tengo la cabeza en cien sitios distintos; y desde que mantengo conversaciones simultáneas online, mi capacidad de respuesta se ha multiplicado. Hablar con tanta gente te da una perspectiva muy amplia de las cosas. Yo les escucho. A cambio, ellos quieren que les hable.

—¿Pero eso no es un poco mesiánico? —me dice Amorcito mientras descansamos abrazados en la cama del hotel.

Mi espalda se apoya en su pecho, sus dedos se recrean una y otra vez en acariciar con delicadeza las curvas de mi cuerpo. Probablemente todo lo que me cuenta es mentira y creará que lo que cuento yo, que es la pura verdad, es un delirio.

—Analicemos las cosas con lógica. Estamos hablando de algo nuevo, de crear un personaje de ficción que interactúe con la realidad: la comandante inar de solange. ¿Hasta ahí me sigues? —a veces no puedo evitar hablarle desde el estrado.

—Sí —dice dándome un beso en el hombro.

—Yo soy escritora. He encontrado la manera de interactuar con mis lectores a través de mi personaje.

—Les tienes impacientes aguardando que entres a darte un paseíto por el Messenger.

—Sí.

Me besa en el hombro.

—Son adictos a tus palabras.

Me besa delicadamente en el cuello.

—Sí.

Me besa tintineando el lóbulo de mi oreja

—Eres adictiva.

Siento su mano apretando mi cadera.

—Sí

Su mano baja por mi muslo

—Tienes mucho poder, entonces.

Me abre las piernas con decisión.

—Sí.

Su mano me encuentra húmeda y caliente.

—Serías idiota si no lo utilizaras.

Se coloca entre mis muslos anhelantes y me sonrío.

—Te voy a follar.

Es la tercera vez hoy. Podría hacerlo con él durante horas y horas.

Nos damos una ducha cuando llega la hora de marcharnos. Es el último momento en el que puedo besarle, en cuanto salgamos de la habitación se mantendrá a una distancia prudencial de mí. Como si con la cazadora se pusiera también la burbuja que le protege de mi maligna presencia. Si intento darle un beso fuera de las habitaciones de hotel, se pone rígido, tieso. Si vamos juntos en el coche y conduce él, me mira de reojo y vigila mis manos, no vaya a ser que le acaricien por sorpresa. Ha recibido una educación muy represiva y entrena niños en el mismo colegio de curas en el que estudió. Hace que me sienta como una enviada del infierno.

Cuando está dentro de mí y me mira, veo en sus ojos que me odia por convertirle en un animal sin más voluntad que la de seguir empujando. Si quedamos para tomar un café, su mirada me reta a seducirle, a demostrarle que no es nada entre mis manos. Y cuando le dejo de vuelta en su coche sin haber conseguido besarle, se baja con la sonrisa de quien hubiera vencido la tentación de Satanás.

Ofrécele a un hombre lo que desea.

Muy pocos serán valientes de aceptarlo.



inar dice:

¿quieres que te pegue aquí un diálogo en jovenciano?

amorcito dice:

¿qué es eso?

inar dice:

el idioma de la juventud criada sin valores en la ultraviolencia como tú llamas a mis hijos y sus compañeros de clase

amorcito dice:

¿de dónde la has sacado?

inar dice:

es de mi hijo ahí te lo pego.

(´·.·. [»nuky«] ·.·.´) LaU!!!!MeRy, AnItA OKM!!!! N@T, NuRy OKCL!!!WAPISIMAS!!!! dice:

loi!!! X FIN M ARreglan I msn!!!!!!!!!!bueno e SOBRvividio dice:

(´·.·. [»nuky«] ·.·.´) LaU!!!!MeRy, AnItA OKM!!!! N@T, NuRy OKCL!!!WAPISIMAS!!!! dice:

k tly k cur

loi!!! X FIN M ARreglan I msn!!!!!!!!!!bueno e SOBRvividio dice:

prefiers sto

(´·.·. [»nuky«] ·.·.´) LaU!!!!MeRy, AnItA OKM!!!! N@T, NuRy OKCL!!!WAPISIMAS!!!! dice:

(´·.·. [»nuky«] ·.·.´) LaU!!!!MeRy, AnItA OKM!!!! N@T, NuRy OKCL!!!WAPISIMAS!!!! dice:

ESE ES MUY FEO XRO PODES PONER y

loi!!! X FIN M ARreglan I msn!!!!!!!!!!bueno e SOBRvividio dice:

k s eso d xd

(´·.·. [»nuky«] ·.·.´) LaU!!!!MeRy, AnItA OKM!!!! N@T, NuRy OKCL!!!WAPISIMAS!!!! dice:

es reir

loi!!! X FIN M ARreglan I msn!!!!!!!!!!bueno e SOBRvividio dice:

en realidad I dl militar significa va



(´·._.[»nuky«]._·´)LaU!!!!MeRy, AnItA OKM!!!! N@T,
NuRy OKCL!!!WAPISIMAS!!!! dice:

loi!!! X FIN M ARreglan l msn!!!!!!!!bueno e SOBRvividio
dice:

lo siento x no ablar

(´·._.[»nuky«]._·´)LaU!!!!MeRy, AnItA OKM!!!! N@T,
NuRy OKCL!!!WAPISIMAS!!!! dice:

x

amorcito dice:

isocorro! Es peor de lo que pensaba.

inar dice:

¿Por?

Amorcito dice:

**¿sabes lo que harán los chavales criados en la
intolerancia a la frustración cuando tengan veinte
años y necesiten un piso?**

inar dice:

No, qué?

Amorcito dice:

**Darán una patada en las puertas de las casas de
mis amigos, que ya tendrán más de cuarenta y se
quedarán con su casa, con su mujer y sus hijas.
Y encima, con esto que me acabas de enseñar, me
doy cuenta de que no sólo les van a echar de sus
casas sino que además no van a entender ni una
palabra de lo que digan los jóvenes invasores.**

No sé si Bill Gates ha caído en la cuenta de que es el propietario del esperanto que se hablará en matrix.

Sigo las conversaciones de mi hijo Eloy en el messenger y me cuesta gran esfuerzo entender lo que dicen. Utilizan tal cantidad de imágenes que me doy cuenta de que las palabras pronto habrán desaparecido de su lenguaje. Me pregunto si los demás padres entenderán algo. Los chavales utilizan todo el teclado e infinidad de muñequitos animados que sustituyen a frases como: estoy enfadado, me parto de



risa, ni hablar, tengo sueño, me estoy impacientando... No resulta difícil imaginar que quienes hoy tienen doce años, cuando cumplan quince diseñarán su propio lenguaje. El jovenciano, como hemos bautizado a este nuevo idioma, acabará con las barreras lingüísticas, al menos en la red. Las letras y las palabras acabarán desapareciendo, un niño francés podrá hablar a la vez con un niño chino, un palestino y un canadiense. Su capacidad de comunicación no dependerá de su lengua materna, sino de los muñequitos que tenga o haya sabido diseñar. Los muñequitos son un idioma universal.

Si no aprendes jovenciano no comprenderás el idioma en el que te hablará ese hombre joven que ha abierto la puerta de una patada para quedarse con tu casa, tu mujer y tu hija.

A veces pienso que Bill Gates es dios.

Espero no estar siendo su profeta.





Diosa de la red

Cuando entré por primera vez en una página de contactos, no sabía que estaba encontrando el camino, la vía para extender mi mensaje. No sabía que sólo tendría que meterme en la piel de la mesías de mi novela : la comandante Inar de Solange. Que todo se limitaba a escuchar, a sondear, a ponerse en los ojos del otro.

La mayoría de la gente lleva una vida rutinaria. El noventa por ciento de los mortales renunció a sus sueños de niño hace mucho, han amordazado su voz y viven esclavos de las convenciones sociales. Una mujer valiente, que comanda un ejército virtual, defiende utopías y además arriesga mucho en ello, les resulta interesante. La vida de Inar es para ellos como los cuentos de las mil y una noches, uno de sus días rebosa más emoción que un año de la existencia de cualquiera de ellos. La pasión de la comandante les mantiene pegados a la pantalla. Muchos de ellos escriben desde la oficina, algunos de ellos llegan a pasar hasta cinco horas hablando al día con Inar desde sus puestos de trabajo.

Adictos a sus palabras, acuden a buscarla a veces con la urgencia de un yonqui necesitado de su dosis. Todos quieren saber más de ella, del personaje que yo he creado. No puedo hablar con tantas personas a la vez y he encontrado un sistema para estar con ellos sin que me hagan perder un tiempo precioso: les envío las primeras cincuenta páginas del libro.

Cuando las reciben en su correo y la abren, comienzan a leer y no pueden parar. Mis palabras son dinamita, heroína que parecieran estar esperando. Y en cuanto acaban de leer, sienten la necesidad de saber más, de conocerme: *Quiero aprender todo lo que tú sabes.*

Me pregunto qué habrían hecho Jesús, Mahoma o Buda en mi lugar.

Sobre sus palabras se construyeron religiones.



Y ninguno de los tres tuvo la posibilidad de extender su verbo por todo el mundo a la velocidad que yo puedo propagar el mío.

Quiero aprender todo lo que tú sabes

Y la voz me susurra una palabra.

Discípulos.

Me resultaría muy fácil reunir millones de direcciones de correo en unos pocos días de todas partes del mundo, sólo tendría que poner anuncios en las secciones de contactos para que hombres y mujeres de todo el mundo enviaran sus direcciones. Podría utilizarlas no sólo para extender mi mensaje, también para atentar contra instituciones, empresas, bloquear la red... Para amenazar. Para convertirme en el enemigo público número uno.

Cuando hablo con los hombres que entran en el msn a conocer a Inar, ella es totalmente sincera con ellos y, sin embargo, la mayoría creen que tal vez sea un ama de casa inteligente, culta y aburrida con mucha imaginación. Les gusta tanto el juego que incluso aconsejan a Inar sobre qué hacer, cada uno en su campo, lo que me ha enseñado que todo el mundo puede ser útil. Que todos y cada uno de nosotros tenemos una misión en la vida.

Me acuesto a las cuatro de la mañana, me levanto a las siete y media. Me miro en el espejo por las mañanas y me pregunto si no me estaré volviendo loca. Y la voz se ríe de mí.

Sólo tengo que abrir el buzón de correo de Inar para darme cuenta de que, si yo quisiera, Inar podría ser la mujer más poderosa del mundo.

Y después, me lavo los dientes y hago la lista de la compra.

Necesito que alguien cuide de mí.

Necesito mujeres valientes.

Inteligentes.

Atractivas.

Folladoras.

Por eso estoy yendo con mi buga nuevo a ver a Luz, una valiente mujercita que saca adelante a su hijo sola. Todavía no lo sabe, pero va a ser mi subcomandante.

Luz

Luz y yo nos conocimos hace muchos años, cuando Pablo y yo éramos novios y los tres trabajábamos en la noche madrileña poniendo copas. Ya entonces me pareció una mujercita fascinante, una loca muy valiente. Venía de una familia tan desestructurada que su madre, cada vez que quería ver a sus hijos, había tenido que secuestrarlos. Su padre se había casado cinco veces y Luz, en cuanto tuvo quince años, se marchó a Londres y no regresó jamás al domicilio paterno. Era tan simpática, lista y vivaracha que vivió en Inglaterra en condiciones precarias, no se perdió ni una sola juerga y regresó, dos años después, sin haber aprendido una palabra de inglés. Quienes estaban a su alrededor se tomaron la molestia de aprender español para hablar con aquella chiquilla que iluminaba.

En aquella época yo era muy activa: iba a clase por las mañanas, trabajaba por las tardes en una oficina, los fines de semana ponía copas en un bar, los martes y los jueves, después de salir de mi trabajo de secretaria, iba a dar clase de inglés a dos hermanos. Aquel dinero compraba mi libertad y me permitía unos lujos impropios de mi vida de estudiante. Yo tenía veinticuatro años y Luz veintiuno. Yo regresaba cada noche de juerga a la seguridad de la casa paterna. Me sentaba a mesa puesta, me lavaban la ropa, me pagaban los recibos, vivía como una reina gracias a mis padres. Luz no, lo que ganaba era lo que comía, lo que bebía, todo lo que tenía. Era muy joven, pero en sus ojos brillaba la sabiduría de las mujeres que se ganan la vida en la noche. Mujeres que entienden de hombres.

Hasta las putas más arrastradas sueñan con el amor de su vida. Cuando conocí a Luz, yo acababa de conocer al mío. Poco después de que Pablo y yo nos casáramos, Luz se enamoró de un parisino y se fue a vivir a Francia, incluso aprendió su idioma. Cuando nos hemos

recontrado, quince años después, yo estaba sopesando la idea de separarme de Pablo.

Luz vive en un pueblo próximo. Tiene un hijo, está sola con él aunque mantiene buena relación con el padre. Sigue viviendo a salto de mata. Cuando tengo exceso de trabajo, viene a echarme una mano y la pago por horas.

Hoy me ha invitado a comer y conduzco por la carretera entre las urbanizaciones de chalets independientes de clase media alta, atravieso su pueblo y me desvío hasta la antigua colonia de veraneantes en la que vive. Todo lo que rodea a Luz da buen rollo, su casita parece el dibujo de un niño, antigua, de piedra, pequeñita, en el centro de un jardín silvestre. Luz tuvo la suerte de alquilar la casa antes de que la ola de la especulación barriera los precios de alquiler asequibles, le cae bien al casero, un anciano rico, y por eso paga un alquiler de risa. Tiene la luz y el teléfono puenteados, economía de precario. Algo que yo nunca he conocido.

Cuando llego, la chimenea está encendida y huele a arroz con verduras. No sé por dónde empezar. Luz es quien mete las correcciones en el libro, pero no sabe que estoy convirtiendo a Inar en un personaje virtual. Y le hablo de Zaida.

—Alá me ha puesto en su camino.

Le hablo de las páginas de contactos.

—He abierto las puertas del infierno.

Le explico que puedo llegar a millones de personas a la vez y le hablo de la red.

—He hecho matrix.

Y después de comer, para hacer una demostración práctica, nos sentamos en su ordenador, entro en el Messenger y mis reclutas la saludan.

—¿Quieres estar conmigo en esto?

Luz acaba de romper con su último novio, el primer hombre que le gustaba de verdad en mucho tiempo. Su hermano, recién separado, cocainómano e irresponsable por temporadas, se ha instalado en la única habitación libre que quedaba. Pero pocas veces verás a Luz con mala cara. Empiezo a darme cuenta de que lo que necesito son mujeres que transmitan alegría. Que nuestra misión es poner una



sonrisa a la vida, transmitir a los demás nuestras ganas de vivir, nuestra fortaleza, nuestra valentía.

—Sí, me vendrá bien salir de aquí y estar allí contigo, reírme un rato, hablar con alguien. Estoy harta de trabajar desde casa, trabajar por Internet es cómodo, pero me estoy convirtiendo en una seta, necesito salir de aquí. Y además —enciende un cigarro, expulsa el humo con violencia contenida— creo en ti. Estaba pensando dejar de fumar, tu puta novela me ha animado a que siga haciéndolo. No quiero teñirme el pelo ni llevar un traje sastre a los 70.

Tiene un hijo de cinco años, el dinero apenas le llega para sobrevivir, aunque se podría decir que es una privilegiada porque puede vivir en su casita de chocolate. Hasta que se muera el anciano propietario y sus hijos la derriben para construir apartamentos. Toda la vida de Luz parece pender de un hilo: trabajos temporales, mal pagados, sin contrato, esporádicos. Ella y yo parecíamos habitar mundos paralelos: yo tenía casa en propiedad, llevaba casada trece años, tenía dinero. Y sin embargo, también todo en mi vida parece pender de un hilo. Un hilo que quizá yo esté deseando cortar.

Cuando regreso a casa estoy radiante. Luz no ha dudado en dar un paso al frente.



Luz dice:

inar yo no tengo nada que perder
tengo 36 años
un hijo estoy sola
y tengo una vida de mierda
porque tengo unos trabajos de mierda,
precariedad laboral.
Trabajo desde los quince y nunca he tenido un contrato.
Creo en lo que dices.

inar dice:

¿sabes dónde
está el secreto?

Luz dice:

DÍMELO

inar dice:

en hacer que creáis en vosotros mismos
A eso se reduce todo.



Una pareja de cuidado

Cuando Luz y yo vamos juntas, hacemos una extraña pareja, intimidante, disuasoria, atractiva y desafiante a la vez. Pasamos muchas horas al día juntas y hemos empezado a funcionar como una maquinaria de precisión. Toda mi vida he esperado encontrarme con alguien como ella, alguien que me permita estar en mi universo y me tienda un puente con la realidad. Alguien que se encargue de los asuntos terrenales para que yo pueda dedicar tiempo a mi reino, que no es de este mundo. Si una es la planta, la otra es la tierra abonada. Pero no sé quién es quién.

Nos admiramos, las dos tenemos cosas que aprender de la otra. Somos complementarias incluso cuando caminamos juntas o entramos en un bar. No dejamos indiferente a nadie, todos nos miran, aunque sea para despreciarnos. Quizá algunos piensen que somos un par de lesbianas. Ni se imaginan cuánto nos gustan los hombres.

Luz es más alta que yo, tiene caderas de buena paridora, entre su camiseta y su pantalón siempre se atisba una parcelita de cintura o de vientre plano que a cualquiera le gustaría acariciar. Sus labios carnosos son su avanzadilla, oculta el resto de la cara, siempre vigilante, tras su melena oscura. Luz es una boca de mujer entre dos cortinas negras.

Su pelo a modo de trinchera, su manera de andar, con los hombros encogidos y las manos en los bolsillos, hablan de alguien que quizá prefiriera ser invisible. Por el contrario, mis botas militares hacen eco de los pasos de alguien que quiere hacer ruido. Camino erguida, sonrío enigmática y oculto mi incisiva mirada tras mis grandes e impenetrables gafas de sol. Y llevo el pelo muy, muy corto, para no tener donde esconderme y para que los demás no se llamen a engaño: no sólo tengo las facciones duras.

Vamos juntas al banco, a la peluquería, a Hacienda, a la Seguridad Social, incluso a veces chateamos a la vez con los mismos hombres.





Ella tiene todas las contraseñas, las claves, los nicks, tiene acceso a mis máquinas, a mis más recónditos secretos, a mis estúpidos romances cibernéticos, a mis correos, a cada línea que escribo.

Yo me comporto como quien está acostumbrado a tener intermediarios con la realidad y a ser obedecido. Ella actúa como si llevara toda la vida trabajando conmigo, facilitándome la existencia. A veces pienso que somos como Jesucristo y María Magdalena.

Ella es mi subcomandante, pero para no asustar a los hombres cobardes, solemos decir que ella es mi asistente personal. Lo que es totalmente cierto.



Es fácil reunir a un grupo de mercenarios

que se acaban de quedar sin trabajo, y convencerlos para hacer la empresa más grande, y extender la franquicia de la guerra por todo el planeta. Cualquier fabricante de armas apoyará al comercial que quiera abrir sucursales de su negocio en todo el mundo. Osama y los fabricantes de guerras americanos lo tienen chupado: los hombres llevan genéticamente incorporado el instinto de lucha.

Nosotras tenemos un instinto de conservación más arraigado. Mujer y revolución son palabras casi antagónicas. No resulta fácil proponer el paso a la acción a quienes, en su mayoría, han de velar por la vida de sus hijos e incluso la de sus padres.

Luz dice:

tenemos demasiado curro

inar dice:

sí, trabajamos como si fuéramos doscientas mujeres
yo muchos días me duermo a las cuatro de la mañana encima
del teclado.

Luz dice:

¿tan tarde?

inar dice:

trabajo desde las nueve y media de la mañana
hasta las tres de la madrugada.

Luz dice:

Y te levantas para llevar a los niños al cole?

inar dice:

a las siete y media. No puedo más.
Su padre no pone un duro.
como teníamos pocos problemas...
le quiero mucho pero empieza a darme pena

es como una piedra que quisiera creer.

Y tú?

Tú estás igual

Luz dice:

Hombre no es igual

inar dice:

Sí es igual

los hombres de tu casa te están cortando las alas.

Tu hermano se ha instalado contigo

porque tiene problemas

te causa gastos, invade tu espacio

y encima no pone pasta.

Tu hijo es tu hijo

y se supone que como eres madre

tu amor está por encima de todo.

Dime una cosa

Luz dice:

qué

inar dice:

Con todo lo que tenemos encima

¿a ti te apetece aguantar la conversación

de tu hijo de cinco años?

Luz dice:

... **no**

no

NO

inar dice:

¿y no habría manera de que su padre

hiciera el esfuerquito y se ocupara de él

hasta que la novela esté en la calle?

Luego tendré pasta para pagarte más

y que puedas pagar una canguro.

Luz dice:

Como yo cuido al niño el padre me pasa una pensión

como la pensión no da para vivir

tengo q andar haciendo trabajitos para veinte empresas

q por supuesto no quieren contratarme
porque tengo un hijo y estoy sola
Entonces también tengo q trabajar
todos los fines de semana en el restaurante
Y el padre de mi hijo pasa pasta
y se come al niño todos los fines de semana.
Si le digo que le cuide más,
me dará menos dinero.
Y lo necesito.

inar dice:

¿te das cuenta de lo que podríamos hacer
si ellos se encargaran de los hijos un puto rato?

Luz dice:

joder,
sí tienes razón.

inar dice:

¿Por qué el padre de tu hijo y el de los míos
pueden argumentar trabajo
para no encargarse de ellos?
Y el tuyo al menos te pasa algo de dinero.
Pablo a mí, ni eso,
no paran de llegar deudas.
Yo ya no puedo trabajar más con mis hijos en casa
No puedo.
Llevo toda mi vida currando para este momento
Necesito soledad diez,
doce horas de concentración salvaje al día
Pues bien los niños entran cada diez minutos
en el despacho
pegándose, contando tonterías
rompiendo la concentración que tanto necesito.
Estoy empezando a odiarles
y ellos no tienen la culpa Luz.
No veo la hora de pirarme de aquí.

Luz dice:

Yo también tengo sentimientos de culpabilidad



inar dice:

Los hombres no se sentirían culpables por ser libres. Ahí está el secreto.

No te sientas culpable.

Duermo como mucho cuatro horas

saco a mi familia adelante sola

voy a la compra

hago el desayuno, la comida, la cena

les llevo al médico, a los entrenamientos,

soy su esclava Luz

Y ya me he hartado. Necesito tiempo para mí,

Necesito acabar el libro.

Si no lo acabo, les odiaré siempre.

Y no voy a quedarme aquí a odiar a mi hijo.

Quiero que sea un hombre feliz.

No quiero que tenga una madre amargada

es hora de que su padre asuma alguna de sus responsabilidades.

La separación y la hipoteca se han convertido en una trampa mortal. Todos los días llegan certificados o avisos de embargo a nombre de Pablo o de sus empresas. Como él no da la cara, tengo que invertir gran parte de mi tiempo en localizarle, en investigar hasta donde llega su agujero negro, en hacer una labor de detective para intentar saber qué está pasando.

He decidido vender la casa. Es demasiado grande, demasiado cara de mantener. De esa manera Pablo podrá hacer frente a sus deudas y rehacerse, y yo podré invertir lo que ahorre de los gastos de la casa en pagar más a Luz y tenerla en exclusiva.

inar dice:

despídete del restaurante ya tengo comprador para la casa

Luz dice:

¿estás segura de que quieres dar ese paso?

inar dice:

no voy a vivir esclavizada por la hipoteca de una casa que es demasiado grande, demasiado cara. Esta casa es el sueño de Pablo, no el mío. No voy a mantenerlo más. Prefiero invertir mi



dinero en darte un puesto de trabajo. Ni el Estado ni el sistema nos van a ayudar a romper el círculo vicioso: Los horarios laborales están pensados para una sociedad en la que sólo hubiera hombres y mujeres.

Como si no hubiera niños.

Fíjate en los institutos, por ejemplo.

Yo tengo que trabajar todo el día para sacar a mis hijos adelante.

El Estado deja a mi hijo a las dos de la tarde en la calle. Ni siquiera hay comedor en el instituto.

Y tú, no puedes vivir de un solo trabajo porque tienes un hijo y los horarios laborales te impedirían ser buena madre.

Así que siempre estás en precario con trabajos de mierda.

Luz dice:

Sí, tengo que cambiar mi relación con el dinero.

inar dice:

No hay que preocuparse por el dinero

nos hacen tener miedo al dinero que es la cosa más tonta que hay que creer en uno mismo y en los demás.

Un banco no te adelantaría el dinero porque no cree en ti. Yo sí.

Vamos a reventar el puto sistema Luz

Luz dice:

Señor

sí

señor!

SEBAS dice:

*una cosa como una soldado lleva una pegatina de
NO A LA GUERRA?*

inar dice:

jejeje

porque la vida es la guerra no estais para matar

SEBAS dice:

eso espero

prefiero pensar q estoy para ayudar

inar dice:

estais para defender al pueblo

SEBAS dice:

x supuesto

inar dice:

sois pueblo

uf nos vemos mañana

no sé si echaremos un polvo o un mitin, jajaja

ya puedes abrazarme bien mañana ni te imaginas el peso que
llevo encima

SEBAS dice:

lo haré

A oscuras

Sebastián es cumplidor y da lo que promete.

Necesitaba un hombre que tomara las riendas, que me relevara de todas las responsabilidades, que me hiciera masa en sus manos, que me hiciera sentir mujer. Mujer. Mujer.

Soy una mujer y necesito un hombre que me cubra.

Un hombre que no tenga miedo de desarmarme.

Ha pagado una habitación de hotel cerca de mi casa y me ha esperado completamente a oscuras para que nada interfiriera en nuestro deseo. Desde que he cruzado el umbral se ha hecho cargo de mí y yo me he abandonado a su iniciativa, a sus brazos fuertes que me han levantado sin esfuerzo, a su pecho poderoso que me inmovilizaba contra la pared, a sus manos expertas, sus susurros de hombre que sabe lo que necesita una mujer. Me ha hecho tan feliz que la primera palabra que le he dirigido cuando nuestros cuerpos se han separado ha sido un *gracias* que ha iluminado toda la habitación.

Es agradable encontrarse hombres de verdad. Hay muy pocos.

Después de dos horas de entrega mutua estamos abrazados y él comienza a hacerme preguntas destinadas a saber si soy una loca o si sé de lo que hablo. Y le hablo de la información que tengo sobre Afganistán, sobre Iraq, sobre Palestina, sobre la situación de los inmigrantes musulmanes en España. Él me cuenta que los marines americanos son un fraude, que sin helicópteros y tecnología no son capaces de asaltar una colina, tienen miedo. Hablamos de los contratistas, de los ejércitos privados, nuestras informaciones convergen y eso nos hace cómplices de algo. Él empieza a enredar en mis caderas, yo me arqueo de placer.

Y vuelvo a disfrutar del placer de sentirlo dentro de mí.

Cuando enciendo un cigarro en la penumbra de la habitación, me pide que le siga contando de mi ejército. Siempre cabe la posibilidad

de que Sebastián sea el enemigo, pero en eso está la gracia: en mostrarle otro camino.

—El campo de batalla está en la red. Esta guerra no se puede ganar con armas, es una guerra de ideas, la ganará la inteligencia, no la fuerza bruta. La ganará el que sea capaz de movilizar a más gente, porque es una guerra que todos los ciudadanos tendrán que pelear, puesto que ellos son el objetivo. Y me pregunto muchas veces a qué se dedican los servicios de inteligencia de Occidente ¿no tienen ojos en la cara? Ni los tanques, ni los misiles valen ahora para nada.

—Nada se puede contra quien no tiene nada que perder —apostilla él— No se puede luchar contra los suicidas, eso es lo primero que te enseñan en la Academia.

—Ellos dicen que sus jóvenes aman la muerte tanto como los nuestros la vida. No tienen nada que perder y todo que ganar si mueren. Son un ejército baratísimo, fiel y leal hasta la muerte: igualito que los contratistas. Osama tiene reclutas en todo el mundo y ¿cómo lo consigue?: con PALABRAS. Cuelgan en la red sus arengas, sus conclusiones, sus planes, la gente lo lee y se pone en movimiento sola. No sé si entiendes por dónde voy.

—Sí. ¿Eso es lo que estás haciendo tú? —en su voz suena un respeto que me halaga.

—Sí. Estoy poniendo en contacto a toda la gente que está harta, como tú y como yo. Estoy reuniendo un ejército de buenas personas que quieran ayudar, cambiar las cosas sin violencia.

—Pero no sabemos como acabará todo esto, puede desembocar en violencia.

—Por eso es importante que los militares sepais de qué lado queréis estar.

Él está tumbado boca arriba, yo boca abajo, me apoyo sobre los codos, mi cabeza está más alta que la suya. Le beso suavemente en los labios hasta que siento que su cuerpo empieza a bullir y dejo que mis ojos hagan diana en los suyos.

—¿Qué va a hacer tu ejército: disparar a los inmigrantes que ya están aquí y minar las fronteras para que exploten los que están en camino?

—No, joder. Pero como sigamos así, es lo que acabaremos haciendo. Nosotros estamos para obedecer órdenes.

—¿Y no os da miedo que quien las da niegue la realidad? —digo burlona— Sebas, bonito, el sistema nos engaña. Meternos miedo es un negocio muy rentable, pero en manos del pueblo está el acabar con todas estas mentiras que todos sabemos y aceptamos. La integración es tan fácil y tan barata como poner en contacto a unas personas con otras para que puedan conocerse. Todo el mundo quiere ayudar, todo el mundo quiere hacer algo, pero nadie sabe por dónde empezar. Nadie se atreve a hablar al extranjero por la calle, ellos están deseando decirnos, ey, tranqui, sólo quiero una hipoteca, pero nos miran con recelo porque nos tienen miedo y nosotros tenemos miedo de ellos. Es tan fácil como saludar al vecino, preguntar qué tal van las cosas a la mujer de la limpieza, hablar, conocerse... ¿Sabes cuánto nos ahorraríamos si optimizáramos tanta burocracia absurda con la inmigración? Sólo harían falta unos cuantos ordenadores, unas cuantas redes telefónicas en los países emisores para organizar esta locura por Internet. El Estado no saca partido de las nuevas tecnologías, está obsoleto y nos cuesta demasiado ¿Sabes cuánto me va a costar a mí montar una red en la que la gente pueda conocerse? Seis mil euros. ¿Sabes a cuánta gente puedo llegar? Millones.

Mis palabras han abierto las compuertas. Sebastián es un tipo que valora la propia vida en lo que vale, un hombre que tiene presente la muerte en todo momento. Cada mañana inspecciona bajo el asiento de su coche en busca de bombas lapa.

Tiene una mirada como la mía, almacena y procesa información de la misma manera que lo hago yo. Debe llevar años dándole vueltas a la cabeza, temiendo estar volviéndose loco. Cuando comprendes demasiado, la realidad a veces se hace intolerable. Sobre todo cuando no puedes compartirla con nadie, cuando no puedes sentarte a hablar con tu mando y decirle: *¿cómo podemos estar consintiendo que roben, mientan y engañen al pueblo de esta manera?*

Los hombres, esos seres introvertidos a los que las mujeres acusan de poco comunicativos, se me abren como flores.

Conmigo hablan demasiado.

Sé lo que tengo que hacer para que cualquiera de ellos se confíe a mí. Y Sebastián se muestra muy feliz de poder aliviar su pesada carga conmigo. Lleva años viendo por donde se fuga el dinero, preguntándose para qué tanto gasto, tanta guerra, tanta muerte de inocentes... Es una inmejorable fuente de información.

Podría ser el perfecto conductor de mis ideas dentro del Ejército.

Lo único que necesitamos es aprender los unos de los otros, conocernos. La única manera de conquistar al enemigo es haciéndote amigo de él, no hay otra solución. Las guerras no sirven para nada excepto para que los pueblos mueran y unos cuantos se enriquezcan a costa de nuestra sangre.

Caminamos con la vista clavada en el suelo para no mirar alrededor. Lo único que he hecho ha sido mirar a los ojos de quienes tengo cerca, llevarles un poco de buen rollo. Y sin embargo, esto tan sencillo, puede convertirse en una tarea peligrosa.

Ningún Estado me protege, ningún guardaespaldas vigila mis pasos; soy yo solita la que se mete en Lavapiés con hombres musulmanes que han contactado conmigo por la red, soy yo quien tengo que valorar si son amigos o enemigos, soy yo quien les sigue por las callejuelas, porque alguien tiene que empezar a hacerlo.

Vallekas

Un edificio que apesta a cloaca en las dos primeras plantas, Abdellah vive en el cuarto. Una escalera demasiado estrecha y empinada que hiede, con dos puertas a los lados en cada rellano.

La del tercero B se ha entreabierto para que sus habitantes chinos pudieran espíarme sin disimulo. En cuanto han visto que seguía subiendo, han cerrado. Cuatro pisos sin ascensor, he llegado a la casa de Abdel con el corazón de fumadora desbocado.

Conocernos en la red nos ha permitido que ni la raza, la religión o la cultura, ni siquiera la posición social, hayan interferido entre nosotros. Cuando llamo al timbre de su puerta ya hemos ido de cañas, discutido sobre Mahoma y Jesucristo, sobre Bush y Osama. Ya sabemos que nos gustamos y que nos iremos juntos a la cama.

Abdellah es tan marroquí que cuando me abre, no puedo evitar pensar: dios qué moro es.

He tenido que cerrar los ojos para llegar hasta aquí. Me ha costado menos seguirle por las callejas de Lavapiés sin saber a dónde me llevaba, que verle como hombre antes que como moro. Los prejuicios culturales, incluso cuando hay deseo por medio, demuestran ser tozudos.

Pero no es el único prejuicio que nos saltamos.

Yo soy once años mayor que él.

Tengo mucha experiencia. Aunque Abdel tiene una edad a la que cualquier occidental estaría pasado de vueltas, no ha tenido oportunidad de madurar sexualmente: lleva en Europa toda su juventud. Es moro. Tiene una mirada preciosa y unos labios increíbles, una nariz inquietante y un buen pelo negro y rizado. Es alto y delgado. Pero sus dientes descolocados, su ropa de viejo que le hace parecer un palo de escoba en lugar de lo que es: un hombre joven acostumbrado al trabajo duro, es decir, muy fibroso, hace que las occidentales no se le



acerquen. Se acercan quizá como amigas del inmigrante, buen rollo y todo eso. Pero no se acuestan con él. O al menos no con tanta frecuencia como necesitaría un hombre de su edad.

El pisito limpio y ordenado de habitaciones compartidas casi cabría en mi salón. Sin embargo, las maletas, omnipresentes y opresivas en toda la casa, no entrarían en ninguno de mis armarios. Nunca las he visto tan grandes.

O quizá sí. En las carreteras españolas o francesas en verano, cuando los compatriotas del hombre que está a mi lado en la cama retornan con la sincronía de aves migratorias a la tierra materna, cargados de regalos.

La habitación es pequeña y luminosa, hay dos camas y, entre ellas una mesilla llena de libros en árabe. A los pies de la cama, sobre una minimesa, el ordenador portátil de Abdellah.

Cualquiera diría que es un cuarto de estudiantes sino fuera porque, sobre el único armario, descansan las maletas negras, siniestras, enormes. En ellas cabrían al menos diez mujeres como yo. Son caparzones de caracol vacíos, casas a la espera de partir de nuevo.

Su presencia resulta opresiva. Maletas. Frontera. Ilegal. Vete.

Siento la necesidad de envolver, proteger, cuidar a Abdellah entre mis brazos. Sólo es un hombre sin patria, Marruecos quedó lejos hace mucho, en Europa Abdel es sólo un moro más, uno de esos hombres a los que nadie mira. Lleva cuatro años sin ver a su familia, porque no tiene papeles y si se fuera a su país tendría que volver a empezar para volver a España. Las estadísticas jamás tienen en cuenta datos como las necesidades afectivas y emocionales de los inmigrantes. Cubro de besos a Abdel, lo embadurno de amor para proporcionarle buenos recuerdos, buenas sensaciones, buen rollo. Y deseo que jamás tenga que meterlos en esa maleta.

abdellah dice:

PERO LA JENTE NO ERA LIBRE ANTES EN ESPANA

inar dice:

no antes españa era muy parecida a marruecos.

abdellah dice:

LA DEMOCRACIA OS HA CAMBIADO



inar dice:

la gente puede cambiar en todas partes cuando cambian los políticos, los religiosos, el régimen el sistema las prohibiciones

Si me hubiera cruzado con él en la calle no habríamos intercambiado ninguna palabra. Pero ahora estamos aquí, hombre y mujer. Desnudos. No importa que él sea de otro país. Ni que profese alguna religión cuando yo soy atea, ni que sea más joven y más pobre que yo. Sólo somos eso, un hombre y una mujer aliviando un poco de soledad. Aprendiendo el uno del otro. Conociéndonos. Abrazándonos en Vallekas.

abdellah dice:

LOS OCCIDENTALES SOIS MUY COMODOS. NO ESTAIS ACOSTUMBRADOS AL SACRIFICIO, A SUFRIR.

inar dice:

sí, es cierto. Somos un pueblo en decadencia. El otro día cuando quedamos y te vi tan cansado y pensé que no tenías coche, que te levantabas a las seis, que estabas agotado y habías cruzado medio Madrid para verme, pensé en la excusa que cualquiera habría dado: estoy cansado estoy deprimido estoy triste. Pero tú estabas allí. Sois más fuertes

Osama dijo: conquistaremos occidente con el vientre de nuestras mujeres. No puedo evitar un escalofrío cuando pienso que se quedó corto. Conquistará occidente con nuestros vientres.

Madres soldado

A los quince años decidí que si tenía una hija, la llamaría Equis.

Cuando muchos años después me quedé embarazada, todos mis familiares rechazaron el nombre por raro.

El primero fue niño, no hubo discusión posible.

Con el segundo embarazo no quisimos saber el sexo hasta el último momento. Yo ya había claudicado y aceptaba que, si era niña, se llamaría Inés.

Pero en el octavo mes de gestación comenzaron los problemas, los médicos nos dijeron que venía con una malformación irresoluble, que ellos se prestarían a hacer todo lo posible, pero que no abrigáramos ninguna esperanza.

Era niña.

Mi hija iba a morir, pero se movía con tanta vitalidad dentro de mí que yo no podía dejar de pensar que se equivocaban, que aquellos movimientos en mi tripa no eran las patadas de la muerte. Los médicos, mi marido, todo el mundo me ofrecía ansiolíticos y antidepresivos, pero yo quería vivir con intensidad cada segundo de dolor, porque quizá aquello fuera todo lo que iba a tener con ella. Después de su muerte, la nada. Y por las noches me despertaba con una palabra en la mente: Equis.

Con ese nombre la registró su padre cuando nació.

Yo iba cada día, una hora por la mañana y otra por la tarde, a verla a la uci de neonatos. La sacaba de la incubadora con delicadeza, para no interferir entre los muchos cables que la mantenían con vida, la abrazaba contra mí y le cantaba y le hablaba sin dejar de llorar un solo segundo.

Tres meses después la trasladaron a cuidados intermedios, donde yo podía estar con ella las veinticuatro horas del día. Vivimos un año en un gran hospital. Ella en una cuna, yo en una silla. No tenía

más vida que el hospital y los cigarros que me fumaba en la puerta, el mundo exterior se me antojaba una ficción que me estaba vedada. Y había veces en las que me asaltaba la tentación de rendirme. Me sentaba en la silla, que era como una condena, y no hablaba a Equis en todo el día. Y ella empeoraba sensiblemente, su salud no me dejaba relajarme ni un minuto.

Bastaba que yo me concentrara en acariciarla, besarla, decirle que seguíamos luchando juntas, para que experimentara mejoría. La lucha no acabó cuando, un año después de su nacimiento pudimos quedarnos a vivir en casa, pero el alta hospitalaria fue el principio de nuestra victoria sobre la muerte.

Hoy es una niña sana, alegre e inteligente, que saca buenas notas y juega en un equipo de fútbol sala.

Hace unos meses estuvimos en una de las últimas revisiones médicas. Se reunieron todos los médicos que habían ayudado a salvarle la vida, y ninguno daba crédito al magnífico estado de salud de la niña. Alguno de ellos comentó que parecía un milagro, y yo me eché a reír: *Sois hombres de ciencia, alguna explicación tendréis que darme*. Uno de ellos me miró muy serio y me dijo: *si la hubieras llamado Inés, habría muerto. Le ha salvado su nombre*.

Y los demás, hombres de ciencia todos ellos, asintieron con la cabeza.

Mi límite

Esta tarde he tenido que llevar a Equis al dentista. Todos los días me toca hacer alguna tareíta de ama de casa. Me irrita sobremanera lo que antes no me costaba demasiado: ir a la compra, hacer la comida, atender el interminable parloteo de mi hija *¿sabes qué? ¿sabes qué? ¿sabes qué? ¿sabes qué?*

Mi madre, Zaida y Luz me ayudan en lo que pueden, pero las gestiones de la separación, la venta de la casa y la búsqueda de un piso más acorde con nuestra realidad, me ocupan demasiado tiempo. Y no quiero delegar en nadie las tareas que son propias de la maternidad, como es la educación de los hijos.

Hay que tener mucha sangre fría para llevar una empresa, una casa, una familia en descomposición, y además, preparar una guerra. Hablo con más de cien personas al día, *¿sabes qué?* no paro de organizar reuniones, *¿sabes qué?*, de contestar a mensajes, *¿sabes qué?*, de analizar datos, *¿sabes qué?*, de calibrar riesgos, *¿sabes qué?* de pensar en algún chico guapo para relajar la mente *¿sabes qué?*

Fingía que me interesaba lo que me ha contado Equis en la hora de espera que hemos estado en el dentista. Pero me decía a mí misma, *dios, tengo que huir de aquí cuanto antes.*

No es agradable pensar eso cuando eres madre.

No mola nada.

Generaciones de prejuicios se vienen encima.

Pero mi caballo de guerrero se movía inquieto entre mis piernas, mis botas militares chirriaban impacientes como las de un general al que una bonita camarera intentara distraer de su destino: *¿sabes qué? ¿sabes qué? ¿sabes qué?*

Después fuimos a comprar donuts, me obligué a parar la máquina para interesarme de verdad en su conversación. Quiero a mi hija con locura, es mi orgullo. Los médicos dicen que ha paseado por el túnel

dos veces y ha vuelto a la vida porque a ella le ha dado la gana, que hará algo grande.

La historia se repite.

De nuevo una madre mete la ambición en el cuerpo de una niña: *lee, estudia, eres muy inteligente.*

Cuando hemos llegado a casa parecíamos una familia bien avenida: madre, hijo, hija y ordenador. Ellos se han quedado en sus cuartos pintando o leyendo, haciendo tiempo hasta la hora de jugar a la consola, yo me he subido al despacho.

Mi hijo Eloy ataca de manera constante a su hermana, como si fuera un tic nervioso que no pudiera reprimir. Mi vida es una lucha desde que me levanto hasta que me acuesto. Eloy necesitaría que su padre le hubiera dado un par de hostias. Ya sé que suena incorrecto, pero la pedagogía blanda está convirtiendo a nuestros hijos en pequeños hombrecitos desnortados. El mío ha estado dos días respondiendo a todo con una frase que imita al ministro de Defensa:

—¿Qué tal en el insti, Eloy?

—Ej, que, ej, que, me están agrediendo

—Eloy pon la mesa

—Ej, que, ej, que, me están agrediendo

—Eloy, hijo ¿qué hora es?

—Ej, que, ej, que, me están agrediendo

—Eloy...

—Ej, que, ej, que, me están agrediendo

Está todo el día poniendo caras de mono y dando alaridos que impiden cualquier tipo de conversación. Monta el pollo a la hora del desayuno, a la hora de la comida, a la hora de la cena, si le preguntas algo te manda a la mierda, si le mandas sacar lo del lavavajillas, lo hace, porque le aterran mis miradas casi tanto como mis palabras, pero por lo bajo no deja de decir: pesada, imbécil, gilipollas... Llamadas de atención, diría cualquier psicólogo. Pero estoy hasta los huevos de sus llamadas de atención, vivo pendiente de ellas desde que nació su hermana y yo tuve que irme con ella al hospital. Estoy hasta los cojones de que la niña y yo paguemos porque vencimos a la muerte y estamos aquí. Harta de la debilidad y la cobardía de los hombres.

Por eso me voy a la guerra.

Cuando Eloy empieza a insultarme por lo bajo, sé, como madre, que tengo que pararle.

Como soldado, tengo ganas de reventarle el culo a patadas.

Como yo, sé que tengo poder para destrozar toda su vida.

Cualquier madre lo tiene sobre sus hijos. Esas mujeres, que convierten la vida en un lugar irrespirable.

Todos los días les explico, por activa y por pasiva, que tienen que respetar mi trabajo. Tengo que analizar una inmensa cantidad de información: no sólo la que necesito para el libro, también la que tengo que utilizar para hacer los informes. Si su padre colaborara con algo de dinero, yo podría delegar, pero necesito todo lo que pueda sacar. Es asombrosa la capacidad que tienen los hombres para olvidarse de cumplir sus responsabilidades. Ahí te las den todas: las deudas, los hijos, la casa, yo sólo puedo pensar en mí mismo.

Eres una mujer muy fuerte, me dicen.

No me queda otra, mi hombre es muy débil.

Estoy tratando de redactar un informe que tengo que entregar sin falta mañana. La luz se ha ido ¡ocho veces! Equis ha entrado otras tantas para contar tonterías que podían esperar. Nadie entiende lo de la concentración, el silencio y la soledad, al menos nadie lo entiende en esta puta casa.

Jesucristo no iba a la compra.


Napoleón no tenía que freír huevos.

Hitler no llevaba a sus hijos al dentista.

Ghandi nunca habló con el entrenador de fútbol de sus hijos.

Osama no sabe ni cuántas hijas tiene.

Estaba hablando con Pablo por teléfono, que por fin se ha dignado contestar a mis mensajes. Todo parecía tranquilo. De repente los niños han empezado a discutir en la planta de abajo. Equis ha comenzado dar patadas en la puerta de su hermano, tan fuerte y tantas, que su padre, al teléfono conmigo un piso más arriba, podía oír los golpes y sus gritos: *¡hijo de puta, cabrón!*. El padre ha comenzado a gritar a la madre. Parece ser que yo tengo la culpa por trabajar demasiado, no se le ha ocurrido pensar que si él pagara algo, o se encargara de los niños, yo no tendría que trabajar tanto y podría dedicarles más tiempo. Pero esta separación ha terminado



de robarme el poco espacio vital que me quedaba. Tras una serie de gritos histéricos, Pablo me ha colgado.

Y he bajado las escaleras volada de ira con mis botas militares. Los niños han cerrado las puertas de sus cuartos al unísono, como almejas cobardes. Las he abierto de una patada. Les he cogido, les he gritado como en mi vida, les hecho hablar, he sacudido al culpable —la niña— cuatro bofetadas. Cuatro. Salvajes. Me he parado porque me he dado cuenta de que podía matarles.

He llamado a Pablo llorando, pero ya lo había apagado. Como siempre. No puedo ser por más tiempo rehén de las necesidades de mis hijos, de mi ex marido, ni de nadie.

Tengo una guerra por delante.

inar dice:

Hoy he sacudido a mi hija

Amorcito dice:

Vaya, lo siento

inar dice:

No sé si yo lo siento
estaba dando patadas a una puerta
como una descosida.

Tenemos un serio problema de disciplina

Amorcito dice:

¿demasiados videojuegos?

inar dice:

Los raciono, hora y media al día.

amorcito dice:

**es poco,
los chicos que yo entreno
juegan tres horas o más**

inar dice:

están histéricos por la separación
su padre pasa de todo, les llama cuando le viene en gana,
les da plantón, no nos da un duro...

amorcito dice:

**sí, las patadas en la puerta
son llamadas de atención**

inar dice:

ya lo sé pero
no puedo dejar
que sus llamadas de atención acaparen toda nuestra vida
no me dejan ni trabajar

amoricito dice:

**por lo que me has contado
tus hijos no son los peores
tú estás siempre cerca,
hasta dejas de trabajar para poner orden.
Los niños que yo entreno
están criados en la ultraviolencia**

cuando llegan a casa están solos
pasan horas y horas
matando gente en las pantallas.

inar dice:

ya ¿y leen?

Amorcito dice:

Nada

inar dice:

El mundo está loco
algunos niños desayunan en el colegio
comen allí y meriendan en el coche camino de las clases
extraescolares
y cuando llegan por la noche tienen que hacer los deberes

amorcito dice:

**a los padres les remuerde tanto la conciencia
que les compran todo lo que piden
y jamás les regañan.**

**Las nuevas generaciones
no tienen ninguna tolerancia a la frustración
son débiles. El hombre blanco está en extinción**

inar dice:


es por culpa del sistema:
las mujeres tienen que trabajar demasiadas horas
pero el estado pone a los niños en la calle muy pronto
no hay tiempo ni ganas de educar.
Todo el mundo está muy cansado.

Amorcito dice:

**sí, cuando están todos juntos está cada uno en su
pantalla los padres en la tele los chavales en la
consola
Y cómo les explicas a tus hijoslo que pasa con su
padre?**

inar dice:

Hago lo que puedo. Les digo la verdad.
que no quiere verles porque le da vergüenza mirarles a la cara.
Es un cobarde.



Trato de darles a mis hijos armas para defenderse
les digo que han de convertir toda esa rabia que sienten
en sabiduría y algo creativo,
que el sufrimiento forma parte de la vida y ayuda a crecer.



Paraíso

Abdellah tiene unos labios inverosímiles.

Pero nunca se han abierto para recibir mi lengua. Me besa como un niño que todavía sintiera reparo ante la humedad de la boca del otro.

Se ha acostado con varias mujeres, pero no sabe nada de sexo. ¿Qué puede saber él? ¿Quién se ha preocupado de enseñarle? Sus padres, desde luego, no. La vida suele ser la mejor profesora cuando naces a la sexualidad en tu territorio, pero Abdel se ha hecho hombre en una tierra en la que las mujeres despreciamos a los hombres de su raza, y las mujeres de su raza no suelen dar sexo si no hay matrimonio por medio. Tampoco sus amigos pueden ayudarle mucho, están en la misma situación que él.

Abdel es cariñoso, tierno, entrañable como un cervatillo perdido en la espesura del primer mundo. Veo por sus ojos, acaricio sus manos callosas, su musculatura de hombre que se gana la vida como mulo de carga: brazos fuertes, tórax duro y culo blando.

Hablamos y hablamos.

Nos sentamos frente a los ordenadores, le enseño lo que sé, me enseña lo que sabe, que no es poco. El podría navegar por las páginas árabes a las que yo no llego, él podría traducir las arengas de Inar, reclutar entre los suyos. Le doy libros. Le doy direcciones de Internet. Beso esos labios que se sienten culpables. Sé que está luchando contra siglos de represión, y por eso le abrazo y le cobijo y le prometo que cualquiera de estos días cocinaré para él.

Él es un hombre joven, desarraigado y tan necesitado de amor como cualquier ser humano.

Le falta el cariño de una mujer.

A mí me falta el cariño de un hombre.

Yo he nacido aquí. Parecía que lo tenía todo. Pero ahora estoy tan sola como Abdel.



Somos la misma cosa, dice Abdellah: soledad

Pasamos horas y horas abrazados, acariciándonos, cobijándonos, palpándonos, como si tuviéramos que cerciorarnos de que el otro es real. Ya no es un marroquí, es un hombre. Un hombre moro, sí, el moro que me abraza para darme un poco de calor. Y al que yo abrigo con mi cariño.

Ando con él como con un niño pequeño: enseñándole a usar la servilleta, prohibiéndole sorber de la taza... Me obedece como un hijo dilecto para luego reírse de mí: *¿sólo hablas español e inglés?* Él, que no ha tenido acceso a las mismas facilidades que yo, habla cinco idiomas y podría ganarse la vida en cualquier lugar del mundo. Yo, habitante del primer mundo que tira comida, debería aprender mucho de él. Cuando nos sentamos frente al ordenador, sus dedos de currante me demuestran una inteligencia superior.

Pero nadie le contrataría en una oficina.

Es moro.

Tengo que enseñar a Abdellah todo lo que sé.

Tengo que aprender todo lo que él sabe.

inar dice:

Empleando nuestro lenguaje la rima es un barril
un barril de dinamita
la estrofa es la mecha
se consume la estrofa, estalla la rima
y la ciudad vuela como un verso
(Mayakowski 1926)

abdellah dice:

QE BUENO ESTE POEMA.
TU Y YO HABLANDO CAMBIAMOS EL MUNDO.
LAS PALABRAS SON UNA BOMBA



El sacrificio

Cualquier mesías sabe que ha de estar dispuesto al sacrificio, que su vida carece de importancia, excepto por el hecho de que es el vehículo de su mensaje.

Pablo creía en mí cuando nos casamos, pero hace tiempo que ha perdido la fe, quizá tenga miedo de la inmensidad de mi tarea. Yo no le había contado que que tendría que escribir un libro sagrado y poner en peligro todo lo que teníamos. Porque no lo sabía. Había creído que podría tener éxito desde mi castillo, desde la seguridad de mi hombre que me amaba y mis hijos, que crecían tan guapos; desde la confianza que da un buen trabajo que te permite vivir bien, y el amor de los demás, que es mi fuerza.

Pero siempre había sabido, aunque no quisiera pensar en ello, que tarde o temprano tendría que desenfundar mis armas y cruzar el puente levadizo. Una no se ha pasado la única vida reuniendo a un ejército para quedarse en la cocina, en la casa, en la familia, en el castillo, en la aldea.

Aunque ya hemos iniciado los trámites de separación, a todos los efectos sigue siendo el amo y señor, todavía no hay papeles que digan lo contrario, ni yo quiero que ningún otro hombre ocupe su puesto. Él debería quedarse al cargo de todo a mi partida. Pero presenta un aspecto de fragilidad descuidada y lamentable, despierta mi compasión y mi rabia al mismo tiempo. Dudo de su capacidad para relevarme en la familia. Tengo ojos y oídos en todas partes, sé que pasa los noches bebiendo y metiéndose en la cama de cualquier mujer dispuesta a aguantar a un borracho sufriente.

Él sabe que mis hombres descargan armas en el patio.

No hace preguntas.

Pero su mirada barruntaba mi marcha desde hacía tiempo y el dolor se manifestaba en sus ojeras, en sus canas, que se multiplicaban

como piojos, en el alcohol que bebía a todas horas, en la cocaína que no admitía estar consumiendo, en la furia de su sexo. Ahora parece un hombre acabado.

Yo no le ofrezco explicaciones y sigo dando órdenes, indiferente y ambiciosa. Doy por hecho que él entiende. Pero si me pongo en su piel, me duele todo. El olor de su sufrimiento llega hasta mí en mitad del éxtasis encendido de una arenga.

Me entregué en cada polvo para resultar inolvidable. Para hacerme omnipresente en su mente. Pero llegó un día en el que no pude evitar asomarme a la ventana y mirar el horizonte que me aguardaba.

Tienes una misión, cúmplela de una puta vez, me dijo apretando los dientes. No podría contener el muro por mucho más tiempo.

He estado toda mi vida olfateando la sangre en el aire, esperando el momento de dar la orden a mis huestes y partir hacia el campo de batalla con ruido de metal y muerte. Ahora que ha llegado el momento, sé lo que me espera antes de cruzar el puente: el sufrimiento de mi marido, de mi hombre, de las manos que me han forjado durante los últimos trece años de mi vida, de mi sostén, que quisiera recibirme victoriosa entre sus brazos, pero no se permite creerme real. La alegría histérica de mis hijos, que me aman pero ven que me voy haciendo más chiquita en el horizonte. Y mi madre, que deseará morir.

Necesitaré mis ojos de hombre para cruzar el foso sin lágrimas, tendré que dejar a la mujer, a la esposa, a la madre, a la hija en el castillo, porque es el macho alfa y no la mujer complaciente quien va a la guerra.

A la gloria.

O a la vergüenza empapada en alcohol, sangre y barro.

Soy una mujer que se dirige a su destino.

abdellah dice:

QANDO TENGA MUCHO DINERO AHORRADO,
COMPRARE UN COCHE

inar dice:

No hace falta tener todo el dinero junto, puedes pagar a plazos
Yo te enseñaré como funcionan los plazos
y los bancos. Y tú me enseñarás como os las apañáis vosotros sin
usura. Tenemos mucho que aprender el uno del otro.

Palabras como ántrax

Soy un soldado

Tengo tetas y botas militares.

Los hombres se estremecen cuando les miro a los ojos. Los pobrecitos creen que la guerra es cosa suya. Como si las mujeres no hubiéramos planeado todas y cada una de ellas.

Creen que no llevamos un guerrero dentro, que no nos excitan los sueños de gloria ni el olor a sangre, que estamos hechas sólo para el amor y las buenas nuevas. Que las Amazonas y las Valquirias son fantasías sexuales, cuentos de vieja. Ellos pueden coger los fusiles y disparar al aire. A nosotras nos basta una mirada para que un hombre olvide en qué enemigo estaba pensando.

Todas las mujeres disponen de al menos un arma: sexo. Todas las madres que conozco son estrategas. Miden cada movimiento: tendré esa reunión/limpiaré esa casa a las cinco si el dentista del niño me cambia la hora y el canguro/la prima está libre; imparten disciplina: *te lo comes porque te lo digo yo y se acabó*, preparan a los hijos, sus soldados, para la guerra que es la vida *castigado*. Una madre ha de estar demostrando quién manda a todas horas: si la tropa descubre que es un ser humano, estará perdida. Algunas han de trabajar muy duro para sacar sus familias adelante, pero muy pocas consiguen librarse del remordimiento de conciencia que todas las madres trabajadoras sufren.

La vida está llena de culpabilidades absurdas, de remordimientos estúpidos, de gente que nunca ha hecho lo que quería para no hacer sufrir a mamá, y de mamás frustradas porque lo sacrificaron todo por sus hijos, y de hijos que se inmolan y de madres que no tienen miedo. Quizá la primera guerra que deberíamos librar sería la que concediera la libertad entre las madres y los hijos, los hombres y las mujeres.



Una madre que quiera ir al frente habrá de pasar antes por un infierno familiar y social. Si los hombres tuvieran que enfrentarse a eso, ninguno de ellos iría a la guerra, son cobardes y perezosos a la hora de enfrentarse a la intemperie afectiva.

Muy pronto las mujeres dejaremos a los niños al cuidado de los hombres y marcharemos a la guerra. Están tan entretenidos con sus juguetitos bélicos que no se han dado cuenta de que la guerra es la palabra, y que nosotras somos quienes tenemos el monopolio del verbo.

Somos nosotras quienes podemos preparar la comida para veinte y dar la teta a la vez. La red es nuestro campo de batalla.



inar dice:

hola baby

Luz dice:

how

vaya dia

inar dice:

toda la lista enviada

Luz dice:

estoy saturada

inar dice:

qué pasa

Luz dice:

Nada

Curramos demasiado toda la lista?

Madre mía ¿a cuántas personas en total?

inar dice:

unas diez mil

Luz dice:

No has utilizado todas las direcciones

entonces

inar dice:

no, sólo es una prueba

Luz dice:

Podríamos hacernos

con millones de direcciones

en semanas

inar dice:

yesssss.

Pero eso sólo lo sabemos tú y yo.

De momento ahí van 10.000 personas

que han recibido las primeras páginas del libro.

Luz dice:

mañana te tocaran la puerta

y te meteran en el truyo

primer delito: traficar con bases de datos:

dos años de cárcel

inar dice:

perfecto tal y como estaba planeado

jasjaja

publicidad para la causa

Luz dice:

mis amigos dicen que te meterán dos años

inar dice:

tus amigos son cuarentones cobardes

nadie va a meterme en la cárcel

lo único que hago es escribir a mis lectores.

Luz envía icono de bin laden. La cabeza explota. Del cuello asoma una victoriosa banderita americana

inar dice:

me van a meter en la cárcel por tu culpa

no juegues

que luego nos regañan

Luz dice:

Juas

inar dice:

tus amigos ancianos

Luz dice:

Jajajaja

inar dice:

pobrecitos

Luz dice:

Cabrona

inar dice:

no tienen ni puta idea

Luz dice:

cad uno se coloca donde quiere estar

inar dice:

sí eso es cierto

Luz dice:

que se queden si quieren

inar dice:

y yo estoy ahora en el lado de los valientes
a ellos no los necesito ahora
me harán falta después
cuando estén convencidos oye llaman al timbre

luz dice:

la policía

inar dice:

no la policía no llama quinientas veces
es mi hijo

Sin novedad

Hace cuatro meses que tuve que despegarme a Simón con espátula.

En ese tiempo he vendido la casa, he firmado los acuerdos de separación y me he mudado a un piso, mucho más manejable, de dimensiones más humanas.

He llamado a Simón en un par de ocasiones, pero nunca podemos ponernos de acuerdo para quedar. No paro de beber, de fumar, de escribir, y de corregir el libro. Por miedo a volverme loca, me reúno con Manuel a menudo y Luz vive pendiente de mí. En estos momentos los mesías precisan de todo el apoyo que sea necesario.

Las armas en el patio, mis salidas a deshoras, las llamadas de mis hombres, que están al cabo de la calle y lo contemplan todo como si esto no fuera una metáfora militar... Manuel y yo retocamos el libro hasta el virtuosismo, Cris y yo nos quedamos hablando hasta las tantas.

Cuando me habla gente que no sabe nada de lo que estamos haciendo, no puedo prestarles atención. Mi cerebro está concentrado en la tarea de contactar con gente que a su vez conecten con más gente, en hablar, hablar, hablar, hablar, explicar lo que estoy descubriendo. Cuando mi familia me habla, no me entero de lo que me dicen. Me encierro en el despacho y trabajo con una furia que aleja a mis hijos de mí. A diario me llega una información que hay que añadir en el último momento. Montar el libro está siendo más estresante de lo que nunca hubiera imaginado.

Toda mi vida he estado esperando esto.

Todos, de niños, hemos soñado con ser alguien.

Casi todo el mundo renuncia a sus sueños por el miedo al que dirán. Al fracaso.

Las mujeres de mi evolución no renunciamos a nada.

El vértigo de la creación provoca esta mirada perdida y la sonrisa ausente, jugar a dios dispara la adrenalina antes de entrar en batalla.

Este libro, el que tienes tú ahora entre las manos, está casi acabado. Esta aleación de ficción y realidad podría volver loco al más pintado. Mi familia está empezando a pensar que no estoy en mis cabales, es lógico, no puedo explicarles que llevo años investigando, leyendo y escribiendo y que sin comerlo ni beberlo, de repente he dado con la clave.

Me piden explicaciones que no puedo dar, pues Inar está empezando a cobrar vida virtual y no sé dónde acabará esto. Necesitaría silencio y respeto y la gran mayoría de las veces sólo consigo ruido y miedo. El miedo de quienes me quieren a que la locura me haya arrastrado a una realidad que no existe.

Pero no tengo tiempo de dar explicaciones.

Estoy llegando donde quizá pocos escritores alcancen imaginar, ando en plena comunión con mis lectores, mi personaje virtual habla en la red y ellos actúan en la vida real.

Hoy le he dicho a mi madre que voy a dejar de estudiar esta mierda.

Me he apuntado a una oenegé.

Voy a enseñar a leer y escribir al tipo que barre el almacén.

Voy a hablar con mi padre.

No puedo dar explicaciones porque ahora estoy en el camino, no sé dónde me llevará la abrumadora cantidad de información que me envían mis reclutas a diario, todos los días aprendo cosas nuevas. Mi cerebro es cada vez más preciso, pero estoy perdiendo vista y oído. Tengo demasiadas cosas que interpretar y, hasta que no tenga una conclusión clara, no podré hablar con criterio. El vértigo que me produce el haber comprendido de repente todas las metáforas de la Biblia me lleva hasta el llanto.

No.

No.

No.

No puede ser que mi mensaje sea el mismo.

No puedo decir eso sin que la gente crea que estoy loca.

Estoy muerto, me dicen el chat.

Lázaro, levántate y anda.



Amaos los unos a los otros como yo os he amado.

Esas dos frases retumban en mi cabeza, cualquier suceso me provoca una cita del Nuevo Testamento que hacer reír a Luz y me consigue una mirada preocupada de Manuel. De repente todas las parábolas de Jesús, todas las metáforas de su vida se materializan ante nuestros ojos. Siempre fui una alumna desaplicada en religión, y sin embargo, ahora me asaltan todas las lecturas que hice en mi infancia, incluso las ilustraciones. Como si mi Mesías fuera su directa heredera. Pero Manuel me tiene prohibido darle vueltas al asunto y yo lo voy dejando estar.



inar dice:

hablo con muchos hombres de cuarenta
que tienen miedo de las mujeres jóvenes
se quejan de que ellas sólo quieren follar
hacer tríos con el novio y similares, alucino

amorcito dice:

**las chicas jóvenes son máquinas de follar pero son
tontas**

inar dice:

alguna lista habrá

amorcito dice:

si la hubiera no estaríamos aquí contigo

inar dice:

no sé si tomármelo como un halago o como un insulto

amorcito dice:

yo tampoco lo sé

inar dice:

es alucinante que tíos que andan buscando sexo con jóvenes
acaben hablando conmigo

amorcito dice:

**Las chicas de hoy no tienen inquietudes sólo quieren
una hipoteca, una casa y un marido. Y además, la
gente que busca sexo de verdad está en la calle**

inar dice:

tienes razón
quizá sólo busquen hablar

amorcito dice:

**que les escuchen
que les contesten
y tú eso lo haces muy bien**

Revelaciones

Inar no será independiente de mí hasta que esté en la calle. Mi comprensión ha alcanzado el punto que he perseguido todo el camino. He de enseñaros todo lo que sé. Cada vez hay más gente que quiere hablar con Inar *cuéntame más, ¿cuándo sale el libro a la calle? Necesito leer más ¿de verdad no me puedes mandar más páginas?* Inar es un personaje virtual muy atractivo, tiene cada día más seguidores.

Sin embargo Candelas ha de refugiarse en Luz y en Manuel. Sus más leales discípulos, que entienden que hasta que Inar no acabe de dar el salto virtual, yo tendré que mirar por sus ojos y hablar por su boca. Aunque eso mate, aisle y deseque a Candelas.

Ellos no me preguntan si estoy loca, Manuel siempre creyó que yo tenía talento y lleva años creyendo en lo que escribo. Luz ha visto nacer a Inar del dolor de mis trances. Explica a tus amigos de toda la vida que eres atea y sufres trances, que tienes revelaciones, una voz que te marca el camino, una fe en la que dios no existe.

La vista se nubla, los dedos vuelan rápidos como ráfagas de ametralladora sobre el teclado, la sangre deja de fluir a la velocidad normal, el cuerpo se queda frío, no sé si se me ponen los ojos en blanco. Sólo sé que no veo. Y que, cuando el trance acaba, hay unas milésimas de segundo en las que el cuerpo quiere dejarse morir. Es como un orgasmo de muchos megatones. Entonces me levanto de la silla y paseo arriba y abajo hasta que la sangre vuelve a estar licuada y a circular a la velocidad normal. Es en ese momento en el que empieza la tiritona y tengo que buscar algo de abrigo. Me duelen todos y cada uno de los huesos, músculos y articulaciones de mi cuerpo. Después de cada trance, siento que he perdido visión, oído. Vida. Cualquier día me quedaré seca en uno de ellos.

Luz y yo pasamos muchas horas reclutando, logrando direcciones de correo electrónico entre las que promocionar el libro y extender el

mensaje. Si dios nos aboca a matarnos, reinventemos a dios. También tenemos que analizar la información, estamos tanto tiempo juntas que nuestras reglas han sincronizado. Cada día aprendemos muchas cosas nuevas, por ejemplo, hace unas semanas yo creía que necesitaría muchas mujeres para poder reunir millones de direcciones. Pero he descubierto que sólo necesito dos o tres líneas en cada idioma para almacenar miles todos los días. Ya sea en páginas de contactos, de amigos de los castillos europeos, o de amas de casa deseosas de compartir con el mundo entero sus recetas más secretas.

El dinero de la venta de la casa me ha permitido delegar todo el trabajo de mi empresa en mis colaboradores y puedo dedicar más tiempo a escribir y reclutar. Luz me ayuda a ir filtrando la información.

Reclutar es divertido, en el despacho suele haber un ambiente festivo. Resulta difícil no sonreír cuando muchos hombres buscan tu compañía virtual, tus palabras, tu opinión. Los menos, tu sexo.

Cuando las miradas de Luz y y la mía se cruzan, es inevitable: jejeje. Esa risita cómplice parece nuestra marca de fábrica.

Zaida entra a limpiar, a barrer, a hablar con mucha frecuencia, a contagiarse de nuestro entusiasmo. Nos hace reír, nos anima. Vamos a enseñarle a manejar los ordenadores en cuanto esté un poco más suelta en leer y escribir.

—No perdáis el ja ja ja —suele decirnos cuando se marcha.

Las pocas veces que no me queda más remedio que ver a Pablo por algún asunto pendiente, como cancelar cuentas bancarias, la más tonta e inocente de mis palabras basta para provocar una escena. Ni da ni quiere explicaciones. No me queda más remedio que tratarle sin compasión. En sus ojos tan pronto brilla un amor desmedido como un odio acuartelado. Me duele todo por él.

Pero tengo un destino.

Y él lo sabe desde el primer día. Ha luchado codo a codo conmigo para que llegara este momento. Me amó como las demás mujeres desearían ser amadas, pero se enamoró de mí por mi cualidad de mesías.

Los caballos relinchan y restallan sus cascos contra el suelo del patio de armas, esperándome. Él debería quedarse cuidando del

castillo y de los hijos, pero no debió resultar fácil escuchar las voces de mis hombres, deseosos de batalla. No debió ser fácil ser el único que se quedaba al cuidado de los hijos. Ni saber que la mujer que iría al frente no regresaría nunca, porque aunque lo hiciera, no sería la misma. No debió ser fácil, Pablo se ha convertido en un bufón malo-liente que paga con el dinero que ha robado a sus hijos la compañía de una mujer insignificante.

No ha sido suficiente hombre.

Pero no puedo odiarle.

No debe ser fácil soportar las miradas de lástima que le dirigen las otras mujeres, que no comprenden por qué me motiva la preparación de la partida, el ruido de espadas, mirarme en los ojos de mis hombres, excitados por la proximidad de la batalla, intercambiar sonrisas cómplices con Luz y Zaida, que se quedan aquí a seguir con su labor, y a ayudar a mi madre a que mis hijos estén atendidos. Abdellah ha aprendido rápido a manejar sus armas y está impaciente por salir. Muchas mujeres de la aldea cuchichean a mi paso, pero un mesías no puede perder el tiempo con cotilleos intrascendentes. Yo no hablaré de ellas cuando mueran.

Cuando miro a Pablo a los ojos, me asomo a un sufrimiento devastador. Pero no puedo hacer nada por él, sólo soy un mesías de tercera división con un plan audaz, no soy el Padre de Todo Cuanto Existe.

Pequeñas cobardías

Simón y yo nos habíamos citado para hoy, pero desde que me he levantado he sabido que no íbamos a vernos, que tarde o temprano llamaría para anular la cita. Estaba rebuscando en el armario algo que ponerme para ir a verle, dándome cuenta de cómo he engordado desde que dejé de ir compras tres veces al año, cuando uno de esos pensamientos incontestables ha venido a importunarme: *Te has depilado para nada*. No me he molestado en ponerlo sobre una mesa ni en analizarlo. Y me he puesto una ropa de andar por casa esperando la mentira inexorable.

Cuando he encendido el móvil, tenía una llamada perdida de un número que no conocía. Ese mismo número ha vuelto a llamarme un par de horas después, cuando ya estaba trabajando en mi despacho.

—¿Sí?

—Hola, soy Laura de La Casa —ahí estaba—, quería preguntarte una cosa sobre la última factura que nos pasaste, me lo han pedido en contabilidad —todavía no me permití un suspiro de alivio—. Y Simón quiere hablar contigo.

Ahí estaba.

Le di a Laura los datos que me pedía y aguardé con la respiración contenida a que Simón se pusiera al teléfono. Pero no hizo falta que le pasaran la llamada, él estaba junto a la secretaria. No iba a dar lugar a que hablásemos, a que hubiera un reproche o, quién sabe, algún sarcasmo cruel.

—Oye nena, que no me acordaba —su voz sonaba nerviosa, como quien miente descaradamente o está a punto de salir corriendo— que tenía una cita con una gente que ha venido de América.

—Ah.

—Y bueno, pues eso, que no va a poder ser. Tenemos que dejarlo para otro día ¿vale?



—Bueno. Yo espero a que tú me llames.

Lo malo de adivinar el futuro es que no te reconforta nada saber que tenías razón, que lo que creías que iba a pasar ha pasado. He encendido un cigarro y me he asomado a la ventana del despacho. Necesito hablar con alguien y Luz está de viaje.

Cojo el teléfono y marco el número de mi salvador.

—Manolo, hijo. Necesito verte.



Contrataque

Manuel me mira con los ojos semicerrados.

—¿Sabes que estoy empezando a pensar que tiene miedo?

—¿De qué?

Yo estoy sentada en el sofá y él está de pie, coge una silla y se sienta del revés en ella, frente a mí, como le gusta hacer cada vez que tratamos de llegar al meollo de las cosas.

—De cagarla.

—¿En la cama?

—Claro, para él no hay otro lugar peor para cagarla. Si la caga contigo en la cama, sufrirá mucho. Y se está defendiendo, por eso no quiere quedar contigo, porque le tienes acojonado.

—¿No será que tiene miedo de enamorarse?

—No, Candelas. Un tipo como él no se enamora, de sobra lo sabes, sólo se quiere a sí mismo ¿No le llamas tú el Gran Narciso? Y, para más datos, el otro día, haciendo gala de tu habitual desparpajo madrileño, le dijiste que te daba miedo que te recordara a tu padre. Verde y con asas.

—Sí. Pero ¿y si estuviera buscando alguien que viviera con él, o por lo menos le tuviera la cama caliente?

—No, no. Él no se enamora. Quizá un porrito nos ayudaría —dice levantándose a por la cajita del hachís.

—Hay otra opción.

—¿Cuál?

—Que me haya visto demasiado interesada. Tal vez esperaba que tardara más en llamarle, le he llamado demasiado pronto y ha tenido miedo de que quiera convertirme en su consorte. Cree que quiero vivir con él, no sabe que sólo quiero que se una a mi ejército.

Manuel medita lo que acabo de decirle mientras quema el hachís.

—Tampoco.

—¿Por qué no? Es una hipótesis plausible. Él no tiene ganas de complicarse la vida.

—Que no, que esa no es la explicación —lía el porro y me lo pasa para que lo encienda— Que cuando el cuerpo te pide acción, no piensas en lo que va a pasar después, que cuando alguien te la pone dura, tan cachondo como tú le pusiste a él el otro día, no miras ni pros ni contras, la metes y luego ya harás balance. Además, a estas alturas de la vida, él ya debe tener mucha experiencia dando esquinazo a las mujeres.

—¿Y no será que me ve como una loca en busca de editor?

Manuel se queda mirándome y frunce el ceño.

—Pero ¿qué te pasa con Simón? ¿Es que ese tipo puede hacerte dudar? Tú no eres ninguna idiota, llevas siglos trabajando y estás un poco loca sí, pero es necesario que lo estés para el trabajo que tienes. Y él es, entre otras cosas editor, Candelas, y lleva toda su vida creando corrientes de opinión. Hay mucha gente que cree en tu trabajo, ¿tanto poder tiene ese tipo sobre ti, que puede hacer que dudes de ti misma? —su mirada me recrimina mi inseguridad

—Él todavía no ha visto el libro.

—El primer interesado es él, tú no le necesitas —acerca la silla más al sofá—. Vamos a ver. Simón te conoce cuando eres una cría, y no contento con acostarse contigo, cuando descubre que tienes inquietudes, te las fomenta, te anima. Joder, Candelas ¿es que no lo ves? Él confiaba en que tarde o temprano esto pasaría.

—Vale, puede ser. Pero entonces ¿por qué me está dando esquinazo?

—Porque tiene miedo. Ahora eres tú quien mandas, y está acojonado. Tiene miedo de no estar a tu altura en la cama. ¿Acaso no te quejas de que todos los hombres tienen miedo de ti? Pues él es uno más. Tú le idealizas, pero es como todos —se levanta de la silla y se sienta a mi lado—. Está bien claro, Candelas. Él tiene sesenta y tres años, y todo el dinero, y todo el poder que quieras. Pero tú tienes un talento y un empuje de la hostia, tienes mucho por hacer. Y además, cariño, tienes cuarenta años y estás buenísima, aunque no te parezcas a ninguna modelo. Tú eres tú. Y al que le gustan las mujeres como tú, le gustas mucho.

—¿Y qué hago? ¿Vuelvo a llamarle?
—Ni hablar. Mírate, por dios, ¿cómo vas a humillarte tú para echar un polvo con un viejo? Tú puedes tener al hombre que quieras. Ni de coña. Mándale el libro.

Amorcito y la castidad

Amorcito y yo estamos en un café.

Hoy toca no tocarnos, comportarnos como profesora y alumno. Es uno de sus jueguecitos predilectos: mirarme con deseo para despertar el mío, vencer la tentación. Ni siquiera ha querido venir conduciendo mi coche para que mis manos no le tocan. Me bastaría acariciar con habilidad su muslo para que renunciara a sus castos propósitos.

Siempre nos reunimos a eso de las diez o diez y media de la mañana. A esas horas, el megacentro de ocio en el que solemos quedar está vacío, como la cuenta corriente de cualquier ciudadano a mediados de mes.

Yo suelo llegar primero, me gusta ir con tiempo a los sitios. Es importante anticiparse a los movimientos del rival. Doy una vuelta alrededor del aparcamiento para cerciorarme de que Amorcito no ha llegado todavía y rodeo el complejo de ocio.

Los fines de semana estos centros de ocio están atestados de gente. Los padres de los niños de quince años están encantados de que salgan por aquí, *hay mucha seguridad*, me dicen aliviados. Y yo me pregunto ¿son idiotas?

La droga está donde está el dinero y los delincuentes donde hay gente a la que robar. No robarán a sus niños en ese centro, ni violarán a sus niñas, (tal vez lo hagan en las rutas de los autobuses que les llevan hasta allí) pero ¿qué va a hacer esta generación de invernadero cuando llegue el momento de ganarse la vida y salgan al mundo real? En ningún suburbio del mundo, todavía —el que crea, que rece para que no suceda— hay música ambiental por la calle. La generación de los molls sentirá que el mundo, sin esa musiquita que anima a seguir consumiendo, no merece la pena. Educados bajo la campana protectora, no serán capaces de hacer frente a la vitalidad de los hijos de inmigrantes nacidos aquí.

Debilidad de espíritu, eso es lo que proporcionan estos centros de ocio. Y un agujero en el bolsillo. Nadie vendría aquí sin dinero ¿Que el camello no va a estar pasando *bombitas* en la puerta de la bolera porque hay un guarda jurado? Da igual, esperará tranquilamente en una de las calles de al lado, todo son edificios de oficinas, los fines de semana nadie molesta.

Hoy mi buga y yo hemos dado un par de vueltas alrededor del centro comercial, para que los guardas jurados admiraran la buena pareja que hacemos.

Después, me he metido en el aparcamiento cubierto, que no subterráneo, y he aprovechado para salir del coche y fumarme un cigarro. Todos los días que quedo aquí con Amorcito, coincido con un hombre muy negro que barre el suelo con aire sumiso.

Sé que ve algo sospechoso en mí, y eso me gusta. Siempre le miro y le digo *¡Hola!* con la mejor de mis sonrisas. Él me devuelve un saludo muy agradecido y vuelve a su quehacer. Yo fumo mi cigarro y lo tiro al suelo cuando veo que el coche de Amorcito: gris, aburrido y familiar, abandona la carretera. Es el antiguo Nissan de su padre, bueno para cargar con la compra del hiper y para follar con chavalas jóvenes poco exigentes. Cuando él entra al aparcamiento, yo me subo al buga en el asiento del copiloto, espero a que Amorcito aparque junto a mí, abro la puerta del piloto y espero a que él salga de su coche. Amorcito, sin mediar palabra, se sube, cierra, ajusta el asiento, arranca, da marcha atrás para desaparcar y, cuando enfilamos hacia la salida, dice:

—Hola. Dirás lo que quieras, pero yo creo que el negro es de la CÍA. Lleva pinganillo.

Pero hoy no ha querido conducir, me ha obligado a volver al asiento del piloto, es decir: hoy nada de sexo, por eso estamos en este café, perdiendo el tiempo.

Hoy sólo quiere disfrutar de mi verbo.

Agrégame

Todas las mañanas llevo a mi hija al colegio en mi cochecito rojo. Cuando me da un beso y vuela hacia la entrada, yo doy la vuelta y hago siempre el mismo camino: atravieso una enorme urbanización de chalets de lujo con la música a todo volumen, OffSpring o similar, y llego a otro pueblo. Allí cojo una preciosa carretera secundaria de curvas y recurvas, encinas y campo a los lados. A esa hora, y en esta época del año, las hojas de las encinas peinan el sol y se tiene la sensación de estar atravesando una melena de rayos, es un terreno neblinoso, todo parece mágico.

Suele haber poco tráfico, lo que me permite disfrutar de la potencia de mi buga, que responde en las curvas como si supiera lo que voy pensando, es mi pequeña dosis de adrenalina para empezar el día.

El cochecito ruge de felicidad, yo conduzco con la precisión de un piloto de pruebas y disfruto de cada viraje, los árboles pasan muy rápido a nuestro lado. A mi izquierda comienza una valla que se extiende kilómetros y kilómetros. El Ejército es dueño de todo el terreno que queda tras ella. Hacen prácticas de tiro y cosas por el estilo.

El cuartel está en una hondonada. Frente a la entrada, las garitas y las cámaras; en medio de la nada, en un descampado rodeado de campo, hay una parada de autobús para los soldados.

Cuando llego a lo alto de la cuesta que baja hasta el cuartel, me acerco a la entrada a toda velocidad, me meto en el descampado, derrapo dibujando un círculo en la tierra alrededor de la parada y vuelvo a coger la carretera para regresar por donde he venido.

Soy la sensación del comedor. Algunas mañanas uno de los soldados asoma medio cuerpo por la garita y le veo agitar los brazos desde

mi retrovisor mientras me alejo de allí a toda velocidad. Ellos están de guardia, aburridos y seguramente ya conocen mis horarios, ya saben que no deben esperarme un sábado, ni por la tarde. Saben que de lunes a viernes, siempre que sea laborable, derraparé frente a ellos a las nueve y veinte de la mañana.

Otros días juego al despiste. Paso de largo la parada del autobús, me alejo de su vista y, cuando no me ven, cuando creen que iba de verdad a algún sitio, doy la vuelta y vuelvo a pasar por la puerta del cuartel.

Algunas veces, en mi camino hacia el cuartel, coincido con militares que vienen o van a hacer maniobras en camiones y todoterrenos verde oscuro, verde caqui, verde Ejército de Tierra. Los hombres viajan con cara de cansancio y aburrimiento bajo las lonas.

Sus cuerpos responden a los accidentes del terreno como esos perritos de ventanilla trasera que tienen el cuello de muelle.

Yo voy tras ellos en mi buga. Los demás coches hacen lo que pueden por adelantarles.

Yo no.

Supongo que al principio, si se han fijado en mí, creerán que no les adelanto porque soy mujer y no me atrevo en esta carretera para hombres.

Voy conduciendo con mis grandes e impenetrables gafas de sol plateadas, que resaltan la feminidad de mi nariz y la sexualidad de mi boca. Los soldados están sentados más altos que yo, por lo que no les debe pasar desapercibido mi buen par de peras.

Me miran con aire distraído por mirar algo.

Y, entonces, yo comienzo a sonreír.

Los dos que están más cerca de mí reparan en ello intentando adivinar si les estoy sonriendo o si es una mueca provocada por el sol. Entonces les dedico una sonrisa inequívoca: *vosotros sois hombres, yo mujer*. Ellos comprenden mi mensaje: **sexo**. Y se van pasando la voz unos a otros y al final todos me sonríen, algunos me tiran besos, todos parecen felices.

Me encanta alegrarle el día a la gente.

Les sigo, a su paso de tortuga, hasta que llegamos a la entrada de su cuartel. Antes de que ellos giren a la izquierda, les digo adiós con

la mano, entro en el descampado, derrapo y regreso por donde he venido.

*Hola, soy la del cochecito rojo, agrégame.
inardesolange@hotmail.com*

La hora de la verdad

Simón ha tardado un mes y medio en llamar.

Manuel dice que ha debido estar todo este tiempo haciendo pesas para tener un aspecto presentable.

El pescador de almas ni siquiera se ha molestado en marcar mi número, me ha citado su secretaria. Me invita a cenar en su casa. Le gusta mantener a sus mujeres en la incertidumbre ¿querrá promocionar mi libro o echar un polvo?

Todas y cada una de las veces que hemos vuelto a coincidir desde el pleistoceno en el que éramos amantes, me ha preguntado si me apetecía retozar. Todas y cada una de las veces, yo he vuelto a revivir aquella sensación de los días del espejo retrovisor, de la mano en el muslo y la virtud acechante, del no con la boca pequeña. Años antes habría bastado aquella mirada depredadora para tenerme comiendo en su mano. Pero yo nunca fui un conejito blanco. La cachorrita se ha convertido en una loba con mirada de macho alfa.

Para él, nada tan placentero como conquistar la misma plaza una segunda vez. Para mí, nada como conquistar al antiguo conquistador. El viejo lobo reclama sus antiguos privilegios. Estoy aquí para encelarlo, para despertar su admiración, para someterle. Tendré que mantener el control de la situación en todo momento, aprovechar los errores que pueda cometer. Pero la loba joven y fuerte siente tanto respeto por el viejo y sabio macho, que no sabe si será capaz de saltar sobre su cuello. Debo superar la admiración que siento por él, esta sensación de ser poca cosa entre sus manos.

Él me dominó hace más de veinte años para entrenarme. Ha llegado mi turno.

Tal vez yo parezca un buen trozo de carne en su paraíso de esteta vegetariano, tal vez todavía sea capaz de hacerle salivar.

Está escrito.
No me queda más remedio que seguir la voz de mi instinto: se me
ha concedido un cuerpo que no está dotado para el disimulo.

Una palabra tuya bastará para matarme

Llevamos un cuarto de hora juntos y no ha hecho ninguna alusión a mi libro. He probado antes su estrategia de araña paciente, que no se mueve hasta sentir en las patas la vibración de la agonía de su víctima.

Y me digo que no puedo acochinarme en tablas, que debo ser la primera en exponerme, vencer el respeto e incluso miedo, que siento por su opinión. Es un círculo vicioso: la gente cree en mis palabras por mi entusiasmo y yo les contagio entusiasmo porque ellos creen en mí. Pero una palabra de Simón bastará para matarme. Él no hablará de mi libro hasta que yo haga lo que al final hago: cruzar la cucharilla sobre el plato de postre, coger la servilleta, que estaba en mi regazo, y dejarla sobre la mesa, humillarme y preguntar:

—¿Has leído lo que te envié?

—Sí, de cabo a rabo.

El muy cabrón sonrío como quien se sabe a salvo. Ha reducido su habitual oratoria a una frase inquietante, no va a allanarme el camino. Esa es su misión. Aguarda con una sonrisa sardónica, hija de la mejor flema británica, a que yo reviente.

—Bueno ¿y qué te ha parecido? —pregunto sin disimular ya mi ansiedad.

Se mira las manos para pensar lo que va a contestarme, sabe cómo hacer que los demás pierdan el control de sus nervios.

—Que estás loca.

De todas las respuestas posibles, esa es la que más he temido oír. *Estás loca, tienes delirios de grandeza, la cabeza a pájaros.* Si él emite el veredicto que habrían emitido mis ancestros, todo está perdido. Todos mis músculos se ponen firmes como un solo hombre, dispuestos a no dejar que me desmorone, esconda la cabeza entre las manos y comience a llorar. Las mujeres de la nueva evolución no solucionan



los problemas llorando, pero en ocasiones, llorar es el único consuelo que le queda a una mujer. Ya sea palestina, australiana, congoleña, rusa, peruana o francesa. La comandante en jefe del Ejército del Futuro no puede derrumbarse así como así. Pero supongo que, a pesar de mis esfuerzos por mantenerme digna, Simón sabe lo que me está pasando. Una de mis armas —que en ocasiones se convierte en un arma suicida— es la transparencia. No se me ha concedido el don del disimulo y cualquiera puede leer en mí. El maestro tiene un gesto de piedad y se apresura a añadir.

—Vas a hacer que te maten. Todas las religiones necesitan sus mártires.

Cojo sus manos y me las llevo a los labios. Es un beso largo, humilde, reverencial, de alumna que brinda su éxito al maestro. Por primera vez desde hace mucho, he podido relajarme. Mis músculos suspiran aliviados y me abandono a una extraña laxitud que me pide movimiento. Me levanto y doy unos pasos con la intención de asomarme al ventanal. Simón, desde la mesa, pulsa un mando a distancia y la cristalera comienza a deslizarse en silencio. Hasta nosotros llega el sonido del agua de las pequeñas cascadas del estanque.

Le he enviado el libro, necesitaba que alguien con más horizontes conquistados que yo me dijera que no estaba siendo víctima de fantasías paranoides, que todo el trabajo que he estado desarrollando no es el producto de una mente enferma, de una megalomanía fuera de control. Cuando se tiene a Alá, a Dios, a Yahvé, a Buda, al lobby judío, homosexual o fundamentalista cristiano, debe resultar muy fácil convencerse de que estamos en manos de un ser superior, responsable último de nuestros desvaríos.

Pero detrás de mí no hay ningún dios verdadero impartiendo instrucciones claras, no hay nadie mostrándome el camino. He sido elegida para escribir un libro que devuelva la vista a los ciegos y resucite a los muertos, sí, pero estoy sola con un puñado de leales: Manuel y Luz y Zaida. Y todos los que llegaron a la novela cuando ya estaba terminada: Alba, bailarina de la danza del vientre, Socri, percusionista egipcio, Ahmed, pianista marroquí y albañil, Hermenegildo, ecuatoriano temporero en lo que salga, Tarik, camarero iraquí, mis colaboradores habituales, cuyo nombre no pronuncio porque me lo



prohíben mis propias reglas. Y los reclutas, ese ente virtual que conforma mi ejército.

No he podido compartir mis temores con ninguno de mis seres queridos. Me habrían tomado por loca. Hace tiempo los compartía con Pablo, pero después de tantos años hablando con metáforas que no llevaban a ninguna parte, él volvió a la realidad de todos los días. Se me había pasado por la cabeza llamar al psicólogo al que acudo en los momentos de crisis, pero he desechado la idea porque es el presidente de mi club de fans, otro que cree a pies juntillas que yo sólo necesito proponérmelo para andar sobre las aguas. Me resulta tan fácil fascinar a los demás...

El único implacable criterio con el que puedo contar es el de Simón. Que no me quiere ni la décima parte de lo que me quieren quienes de verdad lo hacen.

Jesucristo tenía un dios Padre, Osama a Alá, y el Coyote a un dibujante. Yo no tengo a nadie. Ni siquiera a este hombre que comete el error de dejar expuestas sus defensas. Ni a mi madre, que me ama incondicionalmente. Ni a mi exmarido, que nunca pensó que si te enamoras de alguien por su destino, tarde o temprano tendrá que reunirse con él. Ni a Luz, que es mujer. Ni a Manuel, que es homosexual. Ni a mis hijos, que son libres. Estoy sola.

Solos nacemos.

Solos morimos.

—El libro es revolucionario —dice mirándome con orgullo— y llevará un montón de gente a tu ejército, a tu red. Por cierto, me gusta el retrato que has hecho de mí, me magnifica, y eso está bien. Pero, ¿estás segura de que quieres seguir adelante con esto? —me pregunta al fin invitándome a que dejemos la mesa y pasemos al sofá.

necesitocreerenalgo dice:

mándame más!!

no me dejes así

inar dice:

no puedo

necesitocreerenalgo dice:

prometeme q me avisaras cuando la publiqs

inar dice:

lo prometo.



italianoenbcn dice:

¿no puedes mandarme más páginas de tu libro?

inar dice:

no, lo siento.

cuéntame algo de ti

estoy hasta los huevos de hablar de mí

italianoenbcn dice:

1.-que me dirás cuando se publica

2.-iré directo a comprarlo

3.-lo leeré lo más rápidamente posible

4.-como lo acabo nos encontramos por una copa,
una cena y una charla

inar dice:

1.-todavía no lo sé. Por supuesto que te avisaré

2.-compra para regalar. Con las ventas del libro
financiaremos un montón de cosas.

3.-si vienes a Madrid, dejaré que me invites a cenar.



La caribeña entra en el salón a recoger la mesa y envidia la simplicidad de su misión. No, no mientas. No la envidias La compadeces. Compadeces su vida pequeña, porque tú, demasiado ambiciosa, quieres hacer oír tu voz por encima de la de los demás.

La ambición es un pecado que no está permitido a las mujeres, porque hace pequeños a los hombres.

Que en realidad lo único que quieren es que alguien les cuide y les folle cuando vuelven de las guerras a las que su dios les manda.

Me pregunto qué pasaría por la cabeza de Abdel si estuviera en esta sala que parece flotar.

La mujer trae una bandeja con whisky y demás útiles y Simón le dice que puede retirarse. Nos quedamos solos en este salón en el que, a poco frágil que seas, desearás ser abrazado. Sirvo unas copas para nosotros, la suya, corta. La mía, larga. Cómo pueden llegar a cambiar las tornas en veintidós años. Él ha dejado de fumar y de beber para preservarse joven y sano, yo me estoy matando a conciencia.



—Tendrás que salir del anonimato —continúa Simón— dar ruedas de prensa, viajar, tu vida cambiará completamente. Perderás tu libertad.

La libertad.

Una palabra que en boca de los hombres suena a grandes gestas, a nobles luchas, a enemigos tangibles. Cuando los hombres luchan por su libertad se alistan en el ejército o se unen a la resistencia, cogen su arma y marchan hacia el frente. Sin embargo, las mujeres han de librar su batalla entre las paredes de la casa familiar, y el enemigo a batir son sus ancestros, sus tradiciones, sus padres, sus familiares, su entorno. Su dios. Los hombres no saben nada sobre la libertad de las mujeres, no saben que, por regla general, una mujer libre es una mujer sola, que sufre en silencio el ostracismo al que su sexo la condena.

Echo de menos mi casa y me pregunto qué hago aquí, lejos de mis hijos, hablando de mis delirios de grandeza con uno de los mayores hijos de puta que he conocido. Por qué no sigo su sugerencia, me marcho y me olvido de toda esta locura.

Por culpa de la voz.

Haz algo.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras veo como el problema crece y crece y crece, y nadie toma medidas inteligentes. No puedo seguir acumulando información y callándome mis conclusiones. No puedo hacerme la sorda.

Vivir en una casa como ésta, te aleja de la realidad. Y a Simón no le importa, porque poco puede preocuparle ya la sociedad futura. Sin embargo, yo tengo hijos demasiado pequeños, ellos sí sufrirán las consecuencias. Simón cena con ministros, come con jueces, toma café con abogados del Estado, pasa fines de semana con los empresarios más poderosos del país... Pero yo me siento en la calle Miguel Servet, o en cualquier bar de Campamento, Fuenlabrada, Lavapiés, Tetuán. Y veo las miradas que dirigen a mi cerveza, a mi paquete de tabaco, a mi pelo descubierto.

Y mi camarero sirio me guiña un ojo y me pone otra cañita.

Él reconoce a un mesías en cuanto lo ve.

No sé si he comentado antes que es uno de los últimos camareros eficientes que quedan en Madrid.



Quizá alguna vez nos hayamos sentido semejantes. Superiores a los demás.

Pero hemos venido a librar guerras diferentes.

Simón luchó políticamente durante años. Fue un engranaje importante en el proceso de democratización de España, ayudó a amigos que no tenían medios produciendo documentales y películas de bajo presupuesto, publicaba revistas con artículos que de otra manera no habrían podido ver la luz: Aupó a sus amigos para que llegaran al poder. Fue en cierta medida responsable de que la cultura dejara de ser un patrimonio exclusivo de los ricos. Sus medios de comunicación, semiclandestinos en la dictadura, fueron vehículo de cambios importantes en la transición. Simón ha sido y es asesor diferentes gobiernos. El poder es necesario para cambiar las cosas.

Las dimensiones de la casa en la que estamos, veintidós años después de que nos conociéramos, hablan de un hombre que ha dejado la revolución para regodearse en el éxito personal. A pesar de que le quiero, no puedo evitar pensar que merecería que una banda de bielorrusos entrara en su casa, le atara de pies y manos, robara sus obras de arte, y le dieran por el culo.

No, no hemos venido a luchar en la misma guerra.

Él ya tiene sesenta y tres años.

Y yo he de morir joven.

Cada centímetro de la casa rezuma amor por sí mismo. Tanto espacio, tanta distancia entre él y el mundo. A él le asfixia la existencia de los demás. Este salón, frío y hermoso como una nevada en un entierro ¿Voy yo a arriesgar todo por algo así?

Este lugar, diseñado por gente que sólo come espinacas hervidas y pescado crudo, es el muro defensivo de quien ha sido amado hasta el exceso.

El amor de los demás.

No hay otra droga más adictiva.

Ser necesario.

Sembrar la ilusión.





Ser amado.

Por miles, millones de personas.

Como Jesucristo, como Osama, como el Coyote.

Simón no ha querido ser el amado. Me corresponde a mí acabar el trabajo que él comenzó.

Me acaricia el pelo con dedos delicados, que pueden ser de viejo confidente o de hombre con ganas de follar. Yo me dejo hacer.

—Una mujer sola no puede cambiar el mundo, nena.

—Por eso estoy aquí —digo volviéndome a mirarle.

—Ya lo sé. No estoy tan viejo como para no saber lo que has venido a buscar.

—Tú sabías que tarde o temprano llegaría este momento.

Me palmea el muslo y sonrío con triste experiencia.

—Yo no tenía ninguna certeza, he ido plantando semillas por donde he ido pasando. Alguna vez he fantaseado con la posibilidad de que algún día volverías a estar tan cerca de mí como lo estás ahora. Pero jamás se me pasó por la cabeza que pudieras meterte en semejantes líos.

Una vez más Simón me obliga a coger mis actos y mis decisiones y aceptarlos como míos, pero no voy a dejar que se escurra tan fácilmente.

—No me lo creo —contesto riéndome, él me mira sorprendido— Vamos, Simón. Yo todavía no tengo la edad que tú tenías cuando nos conocimos, y te aseguro que sabría cómo modelar a un jovencito a mi imagen y semejanza; sabría muy bien qué hacer con un chaval inteligente e inquieto.

Creo que es la primera vez en la vida que le veo sonrojarse, me mira sonriente y mueve la cabeza de un lado a otro.

—¿Cómo puedes decir que no se te pasó nunca por la cabeza? ¿Quién me enseñó a mí todo sobre la libertad de las mujeres? —continuo risueña—¿Con qué fin me aleccionaste? Tú eras muy consciente de que me estabas enseñando a utilizar mis armas ¿verdad?

—Sí —admite divertido

—Y, cuando me preparabas, ¿sabías en qué guerra iba a tener que combatir? Ya no soy una niña, Simón, hiciste todo lo posible por resultar inolvidable, por marcar un antes y un después en mi vida.



Seducir era demasiado fácil para ti y yo supuse un reto diferente: educar seduciendo. ¿Qué era lo que esperabas de mí? ¿En qué te habría gustado convertirme?

Me mira enarcando las cejas, se lo está pasando en grande.

—Yo creo en el libre albedrío, nena. Pensaba que podrías conseguir todo lo que te propusieras, que tenías un futuro prometedor y brillante, a mi lado o lejos de mí. Cualquiera podría ver que eras una triunfadora. Yo me limité a pulirte un poco, a engrasar tus armas, como dirías tú. Pero fue por el placer de trabajar con una mente tan inquieta como la tuya, no esperando que crearas una nueva religión —remata burlón dándome un beso en la frente.— Pero parte de razón no te falta. Me habría gustado que llegaras a ser lo que estás a punto de ser. No puedo negar que yo fui quien te inició, que de alguna manera he sido tu maestro. Y tampoco puedo negar que tu trabajo me ha halagado.

—¿Cómo no va a halagarte? —pregunto abriendo las manos— Es la continuación de tu obra.

—No, no es la misma obra. Tú eres todavía más ambiciosa que yo —me pasa el brazo por los hombros—. Quieres cambiar el mundo, fundar una nueva religión.

Pero yo no estoy segura de eso, y me suelto de su abrazo.

—La palabra religión me produce náuseas. Supongo que las cosas se ven muy diferentes desde aquí. Tú has conseguido todas tus ambiciones, a mí la mía sigue royéndome las entrañas.

—A tu edad ya deberías saber que nunca es suficiente.

—Lo sé. Sé que nunca será bastante, pero todavía no he logrado casi nada.

—Cuando te conocí, tenías tanta inquietud, tanta ambición que resultabas entrañable —dice nostálgico avanzando por el camino de la seducción

—Lo que a ti te resulta entrañable, a otros les puede parecer monstruoso, a las mujeres ambiciosas se las mira con otros ojos. No sé si quiero cambiar el mundo, no sé si quiero fundar una nueva religión o la misma de siempre: amaos los unos a los otros, lo único que sé es que necesito quitarme de encima está sensación de asfixia, de parálisis, de nadador experto que no se atreve a tirarse a la piscina para salvar a

quien se ahoga. Necesito enseñar todo lo que sé, sólo quiero mostrar un camino, eso es todo.

—Harás cualquier cosa por darle a tu ambición lo que te pide

—Si no le doy lo que me pide, me matará. —sentencio sosteniéndole la mirada.

En semejantes circunstancias resulta difícil interpretar esta mano con sus cinco dedos sobre mi desgastado pantalón de pintor, de modo que los paso por alto y sigo hablando.

—Las mujeres somos las que más tenemos que perder. Somos nosotras quienes tenemos que librar la batalla principal —divago dando un trago a mi whisky. La mano sigue sobre mi rodilla, ha llegado la hora de tomar la contraofensiva, y pongo la mía sobre la suya sin dejar de mirarle a los ojos— Me siento como si tuviera una misión ineludible. Llevo toda mi vida escribiendo las historias de los otros, poniendo la cámara ante otras realidades, aprendiendo a sobrevivir a la culpabilidad que arrastro desde pequeña.

—¿La culpabilidad? ¿De qué puedes ser tú culpable? —pregunta con cariño de viejo amigo, entrelazando sus dedos con los míos. Me gusta el tacto suave de sus manos.

Cómo explicarlo sin caer en la arrogancia, sin parecer una loca de atar. Otros no tuvieron ningún empacho en decir que eran hijos del Gran Hacedor, o enviados del Ser Supremo. Enciende un cigarro mientras busco las palabras, las armas que tengo para convencerle, me paso la mano por mi pelo de soldado y le miro con la franqueza que tanto le gustaba hace años.

—De tener más oportunidades, más inteligencia, más dinero e incluso, en su momento, más belleza que los demás. Me siento como si todos estuviéramos en un laberinto y yo tuviera el plano que indica la salida, como si yo hubiera comprendido las claves. Muchas veces la vida no tiene secretos para mí, no sé como explicarlo. A veces tengo la sensación de que lo he comprendido todo demasiado. Quizá demasiado pronto. Me siento culpable de tener tanta suerte.

Cojo su mano entre mis manos y las pongo ante nuestros ojos como prueba

—Pero te falta algo. Si no, no estarías aquí.

—Me falta llevar a cabo la misión que he venido a cumplir —suspiro soltando su mano y mirándole como lo haría un macho alfa—
Soy obra tuya.

Se acerca a mí,

susurrante,

todo manos y labios.

Una comandante del EDF no rehuye la batalla.

Libre

Por fin nos hemos quitado de encima este polvo pendiente que tan nerviosa me ponía. Estamos en la cama, satisfechos, abrazados.

—Me siento como un hombre que se va a la guerra: estoy todo el día bebiendo, fumando y follando.

—Ya sólo te falta la última cosa: morir. Quienes van a la guerra están dispuestos a morir —dice recorriendo mis curvas con dedos cariñosos—. Pero lo estás haciendo tan bien que probablemente te salves.

—Desaparecé cuando salga el libro. Después habrá miles, quizá cientos de miles de inardesolanges reclutando por la red. No podrán localizarme.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres que haga yo?

Soy el primer mesías mujer de la historia. Por algo será. Y no he venido a morir en la cruz, ni a morir matando, ni a morir de hambre. Queda mucho camino por recorrer. Y Simón no puede contar con verlo acabar. Por mucho que folle, tarde o temprano habrá de morir.

Tengo un cuerpo de mujer. Pequeño, acogedor, protector. Como el de mi madre. También tengo su instinto de conservación, aunque más atenuado que en su evolución. Una no ha pasado la única vida reuniendo un ejército para quedarse en la cocina, en el castillo, en la aldea.

Pero mis ojos de hombre no se han desgastado ante la pantalla del ordenador, no he arriesgado todo lo que tengo, incluida mi familia, ni he hablado con cientos, miles de personas, ni he ideado la mayor amenaza global del mundo libre para hacer lo que cualquier mesías hombre haría: clavar su espada sobre la mesa y exigir que los juglares cantaran sus hazañas.

Por algo soy mujer y tengo el instinto de supervivencia más desarrollado.



Si lo de la crucifixión hubiera servido de algo, yo no estaría aquí.

—¿Puedes poner la tele?

—Sí —me responde sorprendido— ¿Por?

—Ahora lo verás

Se sienta expectante y enciende el mando a distancia.

En la pantalla de plasma de cincuenta pulgadas sale mi rostro, o mis ojos, que es lo único que se ve con el pasamontañas que llevo puesto. La voz, de Zaida habla en árabe, los subtítulos están en inglés.

Mujeres y hombres del mundo.

¿Hasta cuándo vais a aguantar que sean unos pocos quienes decidan el futuro de nuestros hijos?

Imágenes de las Torres Gemelas, de Bush, Osama, Irak, la pateras, las vallas en las que mueren los inmigrantes, las manifestaciones contra la guerra.

De nuevo, el rostro de inardesolange cubierto por el pasamontañas

Soy Inar de Solange, comandante del Ejército del Futuro, y estoy aquí para reclutaros uno a uno.

En la pantalla aparece de nuevo el locutor del avance informativo, y Simón apaga.


Si lucho contra un enemigo invisible, yo no puedo ser visible. Candelas e Inar de Solange se convertirán en personajes de novela, en seres virtuales. El Ejército del Futuro, y no yo, será quien firme el libro. Este comunicado es nuestra campaña de publicidad. Mientras Simón y yo estábamos juntos, todas las televisiones del mundo lo estaban retransmitiendo.

Ha sido fácil y barato, sólo me ha hecho falta una cámara, colgarlo en la red y dejar que mis leales colaboradores, repartidos por todo el mundo, lo reenviaran a los medios.

Simón me mira con ojos alucinados y le beso en los labios.

—No he venido a cobrarte ninguna factura. Tú perteneces a otra generación, ni siquiera sabrías llegar al campo de batalla. No he venido a pedirte nada.





Por primera vez le veo como lo que es. Un hombre. Viejo. Que necesita una mujer que le cuide.

—Pero podrías llevar la edición del libro en secreto, y ayudarme a organizar la red de distribución física. Y por supuesto, poner tus medios a mi disposición.

Por qué me das a beber de este cáliz

De regreso a casa, lloro.

Con la música a todo volumen, para poder gritar a gusto.

Por qué yo

por qué comprendo demasiado,

por qué la gente me escucha,

por qué se confían a mí.

Lloro y grito, y subo a eminem y me cago en todos los dioses y en su puta madre. Si no hago lo que tengo que hacer convertiré las vidas de mis hijos en un lugar irrespirable.

Por culpa de las putas palabras.

Todos los dioses acaban haciéndose verbo.

Lo he comprendido todo demasiado pronto y ahora habré de pagar por ello. Si he llegado hasta aquí ha sido por mi habilidad para sortear el peligro, por lo que me enseñó Simón, por lo que crecí al lado de Pablo, por la enseñanza que he ido recogiendo en cada rincón de la vida. Si he llegado hasta aquí es por mi facultad para adentrarme en el peligro y salir indemne. Porque he sobrevivido, y sólo los más fuertes sobreviven. Llevo treinta años preparándome para la batalla. Ahora no puedo rehuirla.

No quiero.

En el puente levadizo

Las mujeres de mi aldea sonríen a los hombres y acarician sus brillantes armaduras, les atan pañuelos alrededor del brazo, cuelgan amuletos, rezan por ellos al dios que las condena cada mañana. Mientras, yo me preparo para luchar por una libertad que ellas desprecian.

Zaida y Luz han de quedarse aquí, en mi cuartel general. Me sonríen cómplices. Abdel, objeto de las miradas de las mujeres, hermoso sobre su caballo, está impaciente por partir. Ellas, a mi paso, escupen sus ojos al suelo, como si yo avergonzara a su sexo. No pueden ver la mirada de respeto con la que mis hombres me saludan en silencio. Si en el patio de armas mis hijos intentan acercarse hasta mí, ellas les cierran el paso y se los llevan de allí. Les protegen de su madre, como si fueran sus cuidados y no los míos los que han hecho que retoñen en arbolitos flexibles y fuertes. Ellos son mi orgullo. Mi madre, que será su madre ahora, les coge de la mano y les acerca para que se despidan de mí.

Ha llegado la hora.

Mi hijo me mira con recelo. Desearía que fuera una madre como las demás, pero se debate entre el odio y la fascinación. *Si te vas, no vuelvas*. Aunque él y yo sabemos que cada mañana, al levantarse, subirá a la torre de homenaje para ser el primero en dar la voz de mi regreso. Le estrecho entre mis brazos sabiendo que lo añoraré hasta las lágrimas, pero él escapa. Los hombres intentan detenerle, pero yo lo impido.

La niña de mis ojos también tiene mirada de hombre. Es la evolución de mi evolución, de ella emana una luz ante la que dan ganas de postrarse. Espero tanto de mi hija que quizá sería mejor para ambas que yo muriera pronto. Me gustaría estar junto a ella cuando se enamore por primera vez, pero no necesita que le enseñe a manejar sus armas.

Las dos sabemos que tengo que salir a pelear por todos nosotros. Y que haré cuanto esté en mi mano por regresar sana y salva.

Mi madre me estrecha entre sus brazos.

Me presta la coraza de su amor incondicional para salir a la batalla.

Pablo ha aparecido en el último momento, cuando estaba a punto de montar. Huele mal, sus ojos brillan por el alcohol y la falta de sueño, sus labios tiemblan. Su aspecto es lamentable. Mi instinto me pide que me quede a cuidarlo.

Mi hombre.

Al que abandono para cumplir con mi destino. Ojala pudiera refugiarme en sus brazos, ojala nuestra pasión siguiera ensordeciendo la voz, ojala pudiera acompañarme.

Sacrifico el corazón del mejor hombre que he conocido, entrego al único que he amado en brazos de otra que ocupará mi lugar en mi cama y en su vida.

Le abrazo con fuerza y le beso larga y apasionadamente en la boca, hasta que siento su erección. Con mi último beso le devuelvo una libertad que me duele como un alambre de espino enrollado en el corazón.

No puedo pedirle que me aguarde. Tiene los ojos arrasados por las lágrimas. Hoy. Y mañana. Dentro de un mes, mi ausencia será un alivio para él.

La mujer que soy desearía arrojarse a sus pies y pedir perdón y refugio. Pero mis ojos de hombre ya están en el horizonte. Y me subo al caballo. Cruzamos el puente con ruido de metal y muerte.

El mesías cabalga.

Resurrección

Todos los dioses acaban dando razones para que nuestros hijos mueran.

La puta vanidad masculina.

Te van a dar por culo, voz.

Te daré lo que me pides,

Pero no cometeré los mismos pecado de vanidad que los anteriores.

Diluirme en una idea.

Convertirme en una inspiración sin nombre, sin seguidores tangibles, sin admiradores, sin baños de masas.

No, mi destino no es morir en la cruz, ni morir matando o de hambre.

Mi prueba es renunciar a la vanidad, a las entrevistas, al éxito, a los halagos, a las palmaditas en la espalda.

Quizá pueda ver los resultados de mi obra.

Pero no podré llamarla mía.

Yo sólo debo mostraros el camino.

El anonimato es necesario para que el Ejército del Futuro no acabe convirtiéndose en una religión con sus dioses y profetas, para que sea sólo una idea.

¿Cómo la de Dios?





